

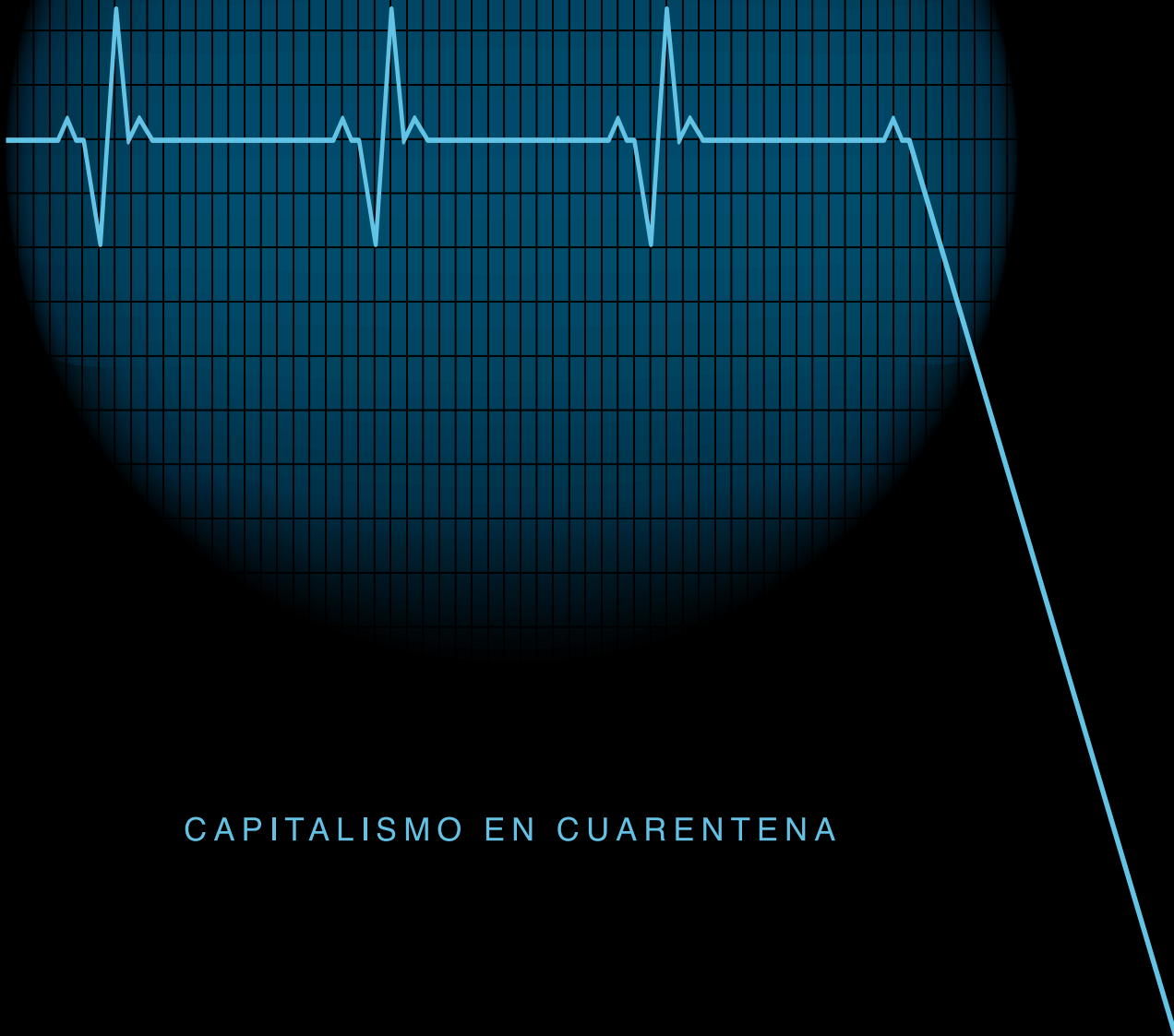
Nº1 . PRIMAVERA AUSTRAL 2020

REVUELTA DE LA RAZÓN

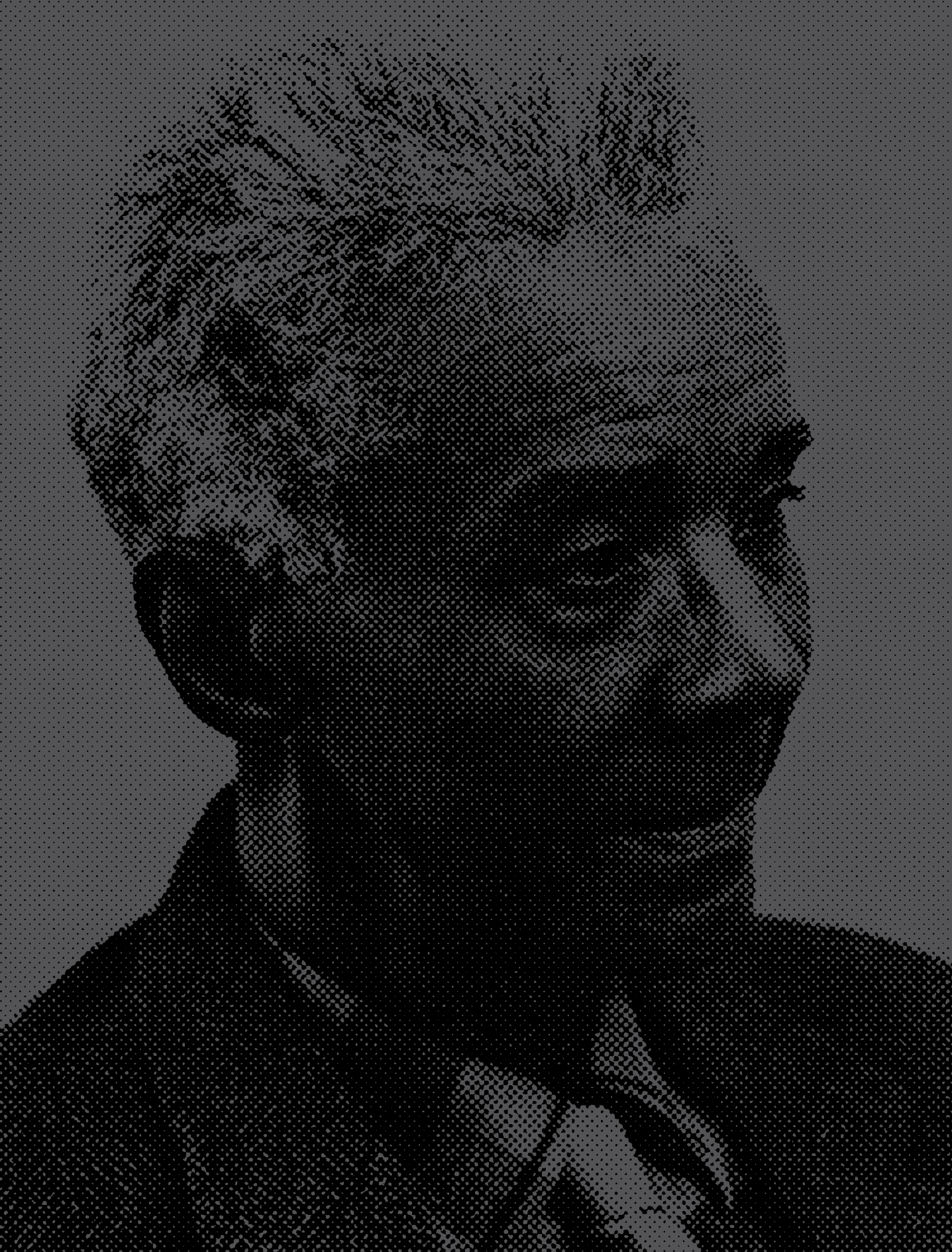
JACOBINLAT.COM

# JACOBIN

AMÉRICA LATINA



CAPITALISMO EN CUARENTENA



Cuando la historia es escrita como debe ser escrita, es la moderación y la prolongada paciencia de las masas, y no su ferocidad, lo que ha de provocar el asombro de la humanidad.

**C. L. R. James,**  
*Los jacobinos negros*

# Colectivo editorial

## EDITOR PRINCIPAL

Martín Mosquera

## EDITORA ASOCIADA

Florencia Oroz

## COORDINADOR DE REDACCIÓN

Nicolas Allen

## EDITOR INTERNACIONAL

Denis Rogatyuk

## TRADUCTOR PRINCIPAL

Valentín Huarte

## COLABORAN

Pablo Abufom Silva  
Anahí Durand Guevara  
Hilary Goodfriend  
Karina Nohales

## RESPONSABLE DE CIRCULACIÓN

Cecilia Cowper

## TAPA & DIRECCIÓN GRÁFICA

Alejandro Ros

## ASISTENCIA DISEÑO

Silvia Canosa

## DISEÑO WEB

dosRíos - Diseño & Comunicación  
Florencia Croccia  
Gastón Mato

## CONSEJO ASESOR

Marilena Chaui  
Verónica Gago  
Álvaro García Linera  
Enrique Dussel  
Claudio Katz  
Claudia Korol  
Michael Löwy  
Massimo Modonesi  
María Elena Tijoux

## PUBLICADO POR

Jacobin Foundation

## DISTRIBUYEN

 siglo veintiuno editores

 FONDO DE CULTURA ECONOMICA

 EDUCAL la experiencia de leer

## CON EL APOYO DE

 FUNDACIÓN ROSA LUXEMBURGO

con fondos del Ministerio Federal para la Cooperación Económica de Alemania (BMZ)

# Escriben

**Martín Arboleda** es profesor de sociología en la Universidad Diego Portales y autor de *Planetary Mines. Territories of Extraction under Late Capitalism* (Verso, 2020).

**Valerio Arcary** es historiador, militante del PSOL (Resistencia) y autor de *O Martelo da História. Ensaios sobre a urgência da revolução contemporânea* (Sundermann, 2016).

**Martín Bergel** es historiador, profesor en la Universidad de Buenos Aires y coordinador de *Antología José Carlos Mariátegui* (Siglo XXI, 2020).

**Phoebe Braithwaite** es doctoranda en literatura inglesa en la Universidad de Harvard.

**Laura Carvalho** es economista, profesora de la Universidad de San Pablo y autora de *Curto-circuito: O vírus e a volta do Estado* (Todavía, 2020).

**Meagan Day** es redactora de Jacobin Magazine y coautora de *Bigger than Bernie. How We Go from the Sanders Campaign to Democratic Socialism* (Verso, 2020).

**Susan Ferguson** es militante, profesora y escritora feminista marxista. Su último libro es *Women and Work: Feminism, Labour and Social Reproduction* (Pluto Press, 2020).

**Daniel Finn** es editor de Jacobin Magazine y autor de *One Man's Terrorist: A Political History of the IRA* (Verso, 2019).

**Michel Husson** es economista, miembro del consejo científico de la ATTAC-France y autor de *El capitalismo en 10 lecciones* (Viento Sur / La Oveja Roja, 2013).

**Claudio Katz** es economista, profesor de la Universidad de Buenos Aires y autor, entre otros, de *La teoría de la dependencia cincuenta años después* (Batalla de Ideas, 2018).

**Au Loong-Yu** es escritor, activista marxista y autor, entre otros, de *Hong Kong in Revolt. The Protest Movement and the Future of China* (Pluto Press, 2020).

**Branko Marcetic** es redactor de Jacobin Magazine y autor de *Yesterday's Man: The Case Against Joe Biden* (Verso, 2020).

**Santiago Mayor** es periodista e integrante del Sindicato de Prensa de Buenos Aires.

**Massimo Modonesi** es profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y coordinador de *Rivoluzione passiva. Una antologia di studi gramsciani* (Unicopli, 2020).

**Adrián Piva** es sociólogo, profesor de la Universidad de Buenos Aires y autor de *Economía y política en la Argentina kirchnerista* (Batalla de Ideas, 2015).

**Pierre Salama** es un economista especializado en América Latina, profesor emérito de la Universidad París-XIII y autor, entre otros, de *El desafío de las desigualdades* (Siglo XXI, 2008).

**Martín Schorr** es sociólogo, profesor de la Universidad Nacional de San Martín y coordinador de *Entre la década ganada y la década perdida* (Batalla de Ideas, 2017).

**Marco Teruggi** es sociólogo y corresponsal en Venezuela de Página/12, TeleSur y Sputnik.

**Enzo Traverso** es historiador, profesor de la Universidad de Cornell y autor, entre otros, de *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria* (Fondo de Cultura Económica, 2018).

**Andrés Wainer** es sociólogo, profesor de la Universidad de Buenos Aires y coautor de *Economía política de la convertibilidad* (Capital Intelectual, 2013).

**J** N° 1 • PRIMAVERA  
AUSTRAL 2020

## Capitalismo en cuarentena

**22** MICHEL HUSSON

## Una economía mundial difractada

**30** AU LOONG-YU

## No es nuestra lucha

**38** SUSAN FERGUSON

## ¿Hacer vivir o hacer morir? Capitalismo, reproducción social y COVID-19

**76** ENZO TRAVERSO

## No hay futuro sin elaboración del pasado

*Jacobin* es una voz destacada de la izquierda que ofrece un punto de vista socialista sobre política, economía y cultura. La revista impresa se publica trimestralmente.

**SUSCRIPCIÓN**  
Estándar Argentina  
1250 ARS (impresa+digital)  
Estándar internacional  
12 USD (digital)  
Solidaria Argentina  
2500 ARS (impresa+digital)  
Solidaria Internacional  
36 USD (digital)

Montevideo 31, dpto. 3,  
C1019ABA, Argentina  
jacobinlat.com  
redaccion@jacobinlat.com  
©2020 **Jacobin América Latina**  
ISSN: 2718- 6466  
Primavera austral 2020

Se imprimió en Latingráfica  
en septiembre de 2020



# Secciones

## F DE FRENTE

06

GAMBITO DE REY

Revuelta  
de la razón

08

BATALLA CAMPAL

Los costos  
de la crisis

16

LÍNEAS DE SUMINISTRO

No es un  
acto de Dios

## M MEDIOS DE DEDUCCIÓN

46

EMPIRISMO VULGAR

Eso que  
llaman  
amor

48

TENDENCIAS

Planificar  
para recuperar  
el futuro

54

MISERIA DE LA TEORÍA

Crisis del neoliberalismo  
y nueva ofensiva de las  
clases dominantes

## C CAPITAL CULTURAL

62

VUELTA A LAS  
FUENTES

Modernidad  
versus  
capitalismo

67

LAS ARMAS DE  
LA CRÍTICA

Hacia un  
reencuentro  
con Mariátegui

70

TELÉFONO ROJO

Cine lado B

74

PUNTO DE FUGA

El modernismo  
popular de  
Mark Fisher

## G LA GUILLOTINA

86

L'ÉTAT C'EST MOI

A qué nos  
enfrentamos

90

THERMIDOR

Bolsonarismo:  
¿fascismo del  
siglo XXI?

96

GIRONDINS

¿El Nowhere Man  
al poder?

## E EXCEDENTE

102

LABORATORIO

¿Crisis de  
hegemonía?

106

EL BASURERO  
DE LA HISTORIA

La peste que  
abrió paso al  
mundo moderno

# De Frente

---

PERO CON DISTANCIA

# Revuelta de la razón

En sus escritos periodísticos de 1842 y 1843, el joven Marx se ocupó fundamentalmente de dos cuestiones: las leyes de censura y los debates en torno a la prohibición de recoger las ramas caídas para utilizarlas como leña, que afectaba a las familias campesinas. En el primer caso, Marx defendió con intransigencia el derecho a la libertad de prensa. El debate sobre el “robo de leña”, por su parte, lo puso en contacto por primera vez con los conflictos sociales que implicaba la propiedad capitalista. Afrontó estos problemas con la sensibilidad de un demócrata radical influenciado por las tradiciones igualitarias que inauguró la Revolución Francesa, es decir, como un jacobino.

La trayectoria intelectual de Marx puede ser comprendida, en cierta forma, como la articulación de dos componentes: la fidelidad al ideario ilustrado de las revoluciones del siglo XVIII y la búsqueda de un agente social capaz de reemprender el camino iniciado en 1789. Por un lado, la denuncia de la distancia entre los ideales igualitarios proclamados por las revoluciones clásicas y los privilegios de la naciente burguesía. Por el otro, la indagación acerca del sujeto social capaz de encabezar un segundo ciclo democratizador y concretar aquellas promesas incumplidas.

Ya en la década de 1870, Engels intuía la presencia de un terreno de lucha abierto por el imaginario democrático moderno: “Los proletarios toman la palabra a la burguesía: la igualdad no debe ser sólo aparente, no debe limitarse al ámbito del Estado, sino que tiene que realizarse también realmente, en el terreno social y económico”. *Tomarle la palabra* a la burguesía para radicalizar el legado igualitario moderno más allá del poder del capital.

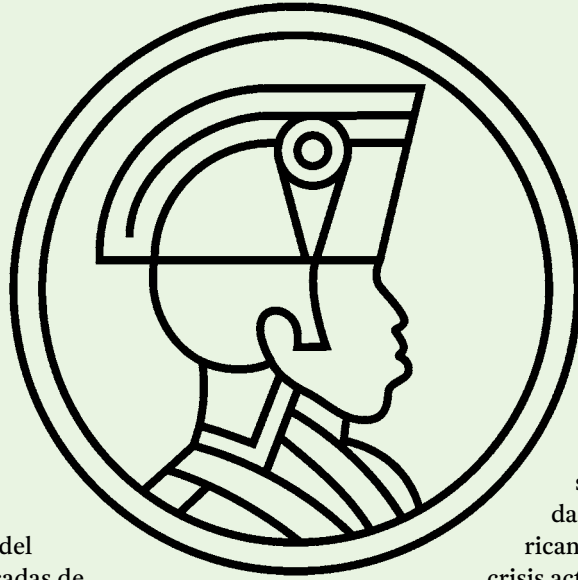
Antes que Marx y Engels, sin embargo, los primeros en tomarle la palabra a la gran revolución habían sido los esclavos haitianos encabezados por Toussaint

Louverture. Aquellos “jacobinos negros”, como los llamó el historiador trotskista CLR James, recogieron los valores de libertad e igualdad ciudadana para empuñarlos como un arma contra las aspiraciones coloniales de la flamante República Francesa. No se trata únicamente de una contingencia en la biografía intelectual de Marx, ni de un mero rasgo ideológico de una de las guerras independentistas latinoamericanas: *la modernidad es un campo estratégico de disputa*. Como lo entendió tempranamente aquel lúcido aristócrata que fue Alexis de Tocqueville, una vez que las personas asienten a la legitimidad de una lógica igualitaria en una dimensión de las relaciones sociales, tenderán a extenderla hacia otros ámbitos. Esa es la dinámica expansiva de la “revolución democrática” moderna. El socialismo surge, entonces, como la convergencia entre aquella tradición y las luchas de un incipiente movimiento obrero, agente social capaz de volver a levantar el ideario ilustrado que la burguesía en el poder había abandonado.

Una de las virtudes que destacó a Marx por sobre el socialismo utópico y las críticas románticas al capitalismo (abundantes en el siglo XIX) fue la construcción de un proyecto de superación de la sociedad burguesa que asimilaba el cambio generado por las grandes transformaciones capitalistas, en lugar de oponerse a ellas. Marx las llamaría, sin ambigüedad, “conquistas de la era capitalista”, según una expresión de *El Capital*. Se refería fundamentalmente a los grandes cambios que implicaba la industria moderna respecto del trabajo artesanal, al gran desarrollo de la técnica y las fuerzas productivas.

La experiencia histórica del siglo XX invita a pensar con un enfoque equivalente las grandes “conquistas políticas” modernas: la democracia representativa, el sufragio universal, la igualdad jurídica y la ciudadanía política no deben reducirse, tal como





propone una tradición persistente al interior de la izquierda marxista, a meras superestructuras del capitalismo. Luego de décadas de hegemonía de corrientes intelectuales que reniegan de la modernidad, recuperar *este* Marx, que se propuso una apropiación crítica del legado moderno, constituye un elemento fundamental en la reconstrucción de un proyecto socialista para el nuevo siglo.

...

Vivimos en una época signada por el fin del ciclo inaugurado por la Revolución de Octubre de 1917, al que Eric Hobsbawm se refirió como el “corto siglo XX”. La emergencia de nuevas disputas y sujetos sociales, paradigmáticamente las luchas feministas y ecologistas, se desarrollan en un contexto todavía definido por la onda de choque negativa producida por la derrota histórica del siglo XX y la pérdida de confianza social en una alternativa al capitalismo. Estamos, por ello, todavía en las etapas iniciales de un trabajo de reelaboración teórica y política de largo aliento para volver a situar la perspectiva socialista como el horizonte de las luchas actuales.

*Jacobin América Latina* surge con la aspiración de aportar a este objetivo. Pero surge, al mismo tiempo, en momentos en que la ausencia de un proyecto alternativo se evidencia en todo su dramatismo. El desastre sanitario del COVID-19 disparó una crisis capitalista de carácter histórico como no se veía desde la Gran Depresión de 1930. No se trata de una crisis más, de aquellas que regeneran el equilibrio capitalista sin mayores dificultades, sino de una crisis integral –económica, social, política, ambiental– que pone en tensión al mundo entero, a sus instituciones y sus

valores. Si la crisis de 1930 sentó las bases para la consolidación del predominio norteamericano en la segunda posguerra, ¿la crisis actual precede al ascenso chino?

¿Tendremos por delante otro New Deal o un nuevo Bretton Woods? ¿Nos dirigimos, por el contrario, hacia un neoliberalismo autoritario o hacia un capitalismo “con valores asiáticos”?

Esta crisis capitalista cuenta con otra particularidad: se desarrolla luego de una serie de explosiones sociales que recorrió el mundo (Chile, Ecuador, Francia, Sudán, Líbano, Puerto Rico, Haití, Argelia, Hong Kong, entre otros países), una ola de radicalización internacional que superó todo lo acontecido en las últimas décadas. Sin embargo, la magnitud del desastre capitalista y de las explosiones de masas contrastan, una vez más, con la debilidad de la izquierda socialista. Las grandes derrotas del siglo XX pesan todavía como una losa sobre las aspiraciones emancipatorias. Tenemos por delante la tarea colectiva de reconstruir una cultura socialista amplia que pueda emerger como referencia alternativa al desastre económico, social y climático al que nos conduce el capitalismo contemporáneo.

Con ese objetivo inauguramos estas páginas. Nos consideramos “una fuerza beligerante, polémica”, como escribió Mariátegui con motivo de la fundación de *Amauta*, al tiempo que apostamos al pluralismo y al debate abierto y libre de dogmatismos. El compromiso con la renovación conceptual del socialismo significa dejar de lado toda “veneración supersticiosa del pasado”. Sólo así, es posible abordar con honestidad los problemas teóricos y políticos de nuestro tiempo y aportar a la construcción de una política emancipatoria para el siglo XXI. “He aquí una misión digna de una generación nueva”. ●

A dark, textured sphere is centered in the frame, surrounded by a bright, glowing ring of orange and yellow light. The background is a dark, starry space with wisps of orange and yellow light. The text "Los costos de la crisis" is written in white, serif font across the center of the sphere.

# Los costos de la crisis

## La pandemia de coronavirus desató una crisis económica con pocos precedentes en la historia del capitalismo. Conversamos con Laura Carvalho, Claudio Katz, Pierre Salama, Martín Schorr y Andrés Wainer sobre el impacto del COVID-19, la caracterización de la crisis y las perspectivas que abre la pospandemia.

En 2018, la OMS advirtió que se habían reunido las condiciones para el surgimiento de una misteriosa «enfermedad X». Un patógeno originado en un animal pasaría a los humanos para propagarse por el planeta de forma ágil y silenciosa. Si bien esta incógnita todavía puede tomar nuevos valores, lo cierto es que el COVID-19 vino a despejar la ecuación para dar con una de sus definiciones posibles.

Como todo el mundo, una vez que las crisis se desatan, sentimos la necesidad de recurrir a la economía en busca de respuestas.

### ¿Según la naturaleza o según la convención?

No siempre es fácil distinguir aquello que obedece a las leyes de la naturaleza de aquello que resulta de las decisiones humanas. En muchas ocasiones, el COVID-19 es presentado como un factor exógeno que vino a perturbar un organismo social que gozaba de buena salud. Pero, ¿es esta una imagen adecuada de la situación?

Claudio Katz es un economista argentino, docente de la Universidad de Buenos Aires. Los análisis que publica regularmente en su blog son un material de referencia para la izquierda latinoamericana.

**¿Cuáles son las causas de la crisis actual?  
¿Qué fue primero, el virus o la economía?**

CLAUDIO KATZ | El punto de partida es definir la crisis actual. El coronavirus es una calamidad natural potenciada por el capitalismo. Combina desventuras de la naturaleza con desequilibrios del sistema económico imperante. Es evidente que la globalización aceleró la tradicional transmisión de enfermedades a través de las rutas comerciales. La expansión de la aviación incrementó en forma exponencial el número de personas que viajan y la consiguiente multiplicación de contagios. También la urbanización ha potenciado la diseminación de infecciones, a través de aglomeraciones y hacinamientos de la fuerza de trabajo, que deprimen las respuestas inmunitarias. Quienes se especializan en estudios epidemiológicos atribuyen mayor incidencia en la generación de la pandemia actual a la destrucción del hábitat de las especies silvestres. Esto es resultado de la engegueda industrialización de las actividades agropecuarias, que multiplica la irradiación de bacterias y la expansión de enfermedades derivadas del quebranto de la biodiversidad. La deforestación ha incrementado en forma exponencial la transmisión de virus por el creciente contacto que las personas mantienen con los animales encerrados. Desde hace muchos años se esperaba un cataclismo semejante como consecuencia del cambio climático, el calentamiento global, las inundaciones o las sequías. La catástrofe irrumpió a través de una pandemia, en un sistema socioeconómico que deteriora la naturaleza, corroe la salud y desprotege a los sectores más vulnerables de la población.

**En los países que cuentan con una moneda “débil”, el riesgo es que aquellos sectores que tienen la capacidad para absorber excedentes los canalicen hacia la compra de divisas (fuga de capitales), ejerciendo presión sobre el tipo de cambio.**

### ¿Cuál es la contradicción principal en esta situación?

CLAUDIO KATZ | El cataclismo actual tiene determinantes inmediatos (financiarización y sobreproducción) y estructurales. Pero su causa subyacente es la ausencia de un correlato sanitario para el avance registrado en la globalización de la producción y el consumo. Se fabrica y consume con patrones mundiales en el marco de estructuras de salud invariablemente nacionales. Esa contradicción salta a la vista en la monumental expansión —sin resguardo sanitario— que tuvieron la aviación, los hoteles o el turismo. Se internacionalizaron actividades lucrativas preservando las fronteras en un ámbito como la salud, que involucra mayores riesgos e inciertas ganancias. Esa desconexión expresa la principal contradicción del período. Un segmento estratégico de la economía se ha globalizado en el viejo marco de los estados nacionales. Por esa razón el capitalismo no pudo anticipar, evitar o manejar el torbellino del coronavirus.

...

Cada vez que algo viene a perturbar nuestra vida, suele imponerse la misma conclusión: éramos felices y no lo sabíamos. ¿El negocio marchaba sobre ruedas hasta que el virus vino a enturbiar el horizonte?

Pierre Salama es doctor en economía. Profesor emérito de la Universidad París XIII, se especializa en el estudio de las economías semiindustrializadas, más

específicamente en el caso de América Latina. Contradice inmediatamente aquella dudosa inferencia para afirmar que la pandemia llegó en un mal momento.

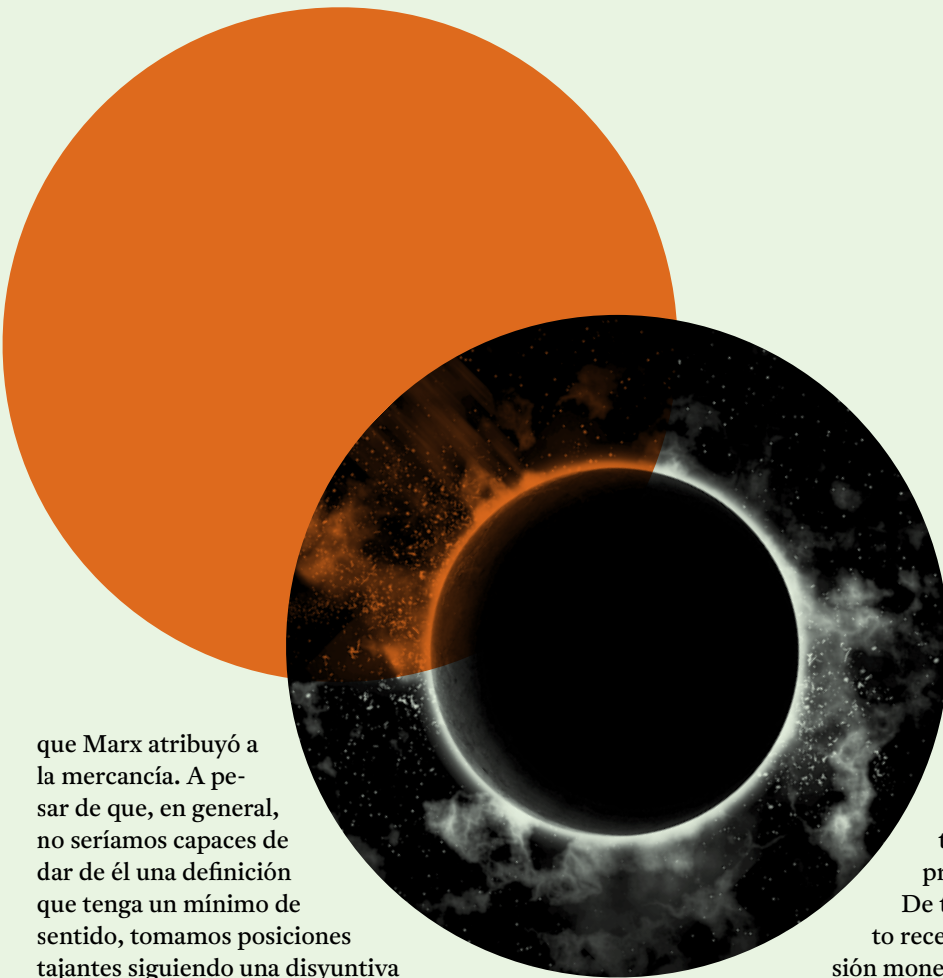
### ¿La pandemia pone a América Latina sobre una nueva vía o agudiza tendencias previas?

PIERRE SALAMA | Si se tiene en cuenta el largo plazo, tomando como punto de partida los años ochenta, puede observarse que los países latinoamericanos no han sido economías emergentes. Su tasa de crecimiento per cápita ha sido, cuando menos, modesta, y en la mayoría de los casos se mantuvo por debajo de la de los países avanzados. A pesar de que las políticas de redistribución desplegadas durante la década 2003-2013 disminuyeron la pobreza, esta se mantuvo en niveles relativamente elevados. No hubo política industrial. Se apostó a la reprimarización de las economías. China necesitaba materias primas, América Latina se las proveyó. Los precios y los volúmenes aumentaron. Fue un regalo del cielo, como suele decirse. La redistribución moderada que esto posibilitó es preferible a llevarse el dinero a Miami, como hacía la derecha. Pero la izquierda no aprovechó el momento para construir las bases de una potencia futura en estos países. Para decirlo rápidamente, la pandemia se abatió sobre economías enfermas, un poco como si a alguien que está ahogándose se le hundiera la cabeza bajo el agua. La crisis económica empezó a golpear a América Latina a comienzos de 2020. La pandemia la ha precipitado. En algunos países ya había una crisis más o menos abierta: Venezuela, Argentina y —en menor medida— México. En otros países se observaba una desaceleración de la actividad económica. Pero todos se caracterizan por una tendencia de largo plazo al estancamiento económico. A diferencia de las economías asiáticas, el SARS-CoV-2 despliega sus efectos sobre países debilitados por décadas de crecimiento lento, con la consecuente desigualdad de los ingresos y la pobreza que esto implica y con infraestructuras sanitarias que en la mayoría de los casos no son suficientes para hacer frente a la situación. La pandemia es un factor exógeno que actúa, en el caso de América Latina, sobre un tejido económico y social debilitado.

### Máquina de imprimir

Sobre todo para quienes carecemos de conocimientos específicos en la materia, el dinero sigue siendo un ente endemoniado. La relación inmediata que mantenemos con este objeto cotidianamente concentra todas las sutilezas metafísicas y las reticencias teológicas





que Marx atribuyó a la mercancía. A pesar de que, en general, no seríamos capaces de dar de él una definición que tenga un mínimo de sentido, tomamos posiciones tajantes siguiendo una disyuntiva que polariza la opinión pública. Como suele suceder con la economía, no sabemos con certeza si hablamos de una cuestión técnica o de una estrategia política. ¿La inyección de liquidez producirá una catástrofe inflacionaria? ¿Todo esto se soluciona poniendo a funcionar unas imaginarias máquinas de imprimir dinero?

A pesar de sus credenciales de sociólogos, Martín Schorr y Andrés Wainer escriben sobre economía política. Coautores de numerosos libros y artículos en los que analizan el capitalismo argentino, se juntaron también para responder a nuestras preguntas.

### ¿Cuáles son los límites que enfrenta la política monetaria en este contexto?

MARTÍN SCHORR / ANDRÉS WAINER | Hasta ahora, en buena parte del mundo las medidas paliativas adoptadas por los distintos gobiernos se han financiado con endeudamiento o bien con emisión monetaria. Los límites de la política monetaria en una situación como la actual varían de país en país, especialmente si se trata de países centrales o periféricos. Está claro

que los costos de “imprimir” billetes para algunos Estados son casi nulos en tanto el dólar mantenga su predominio a nivel mundial.

De todos modos, en un contexto recesivo como el actual, la emisión monetaria no debería tener un impacto significativo en los precios, dado que hay un notable excedente de capacidad productiva ante un deprimido nivel de demanda. Sin embargo, en los países que cuentan con una moneda “débil”, el riesgo es que aquellos sectores que tienen la capacidad para absorber excedentes los canalicen hacia la compra de divisas (fuga de capitales), ejerciendo presión sobre el tipo de cambio. En ese caso, una devaluación de la moneda sí tendría efectos inflacionarios por el impacto que tendría en el costo de los bienes importados y los que se exportan.

### Y cuando llega el momento de pagar la cuenta, ¿cómo se reparten los costos?

MARTÍN SCHORR / ANDRÉS WAINER | En distintos países se está discutiendo la implementación de una contribución por parte de quienes acumulan más riqueza. La necesidad de avanzar en esa dirección es indudable por múltiples razones, pero también es pertinente señalar la insuficiencia de este tipo de medidas dada la magnitud de las necesidades sociales a las que hay que hacer frente (ello, básicamente, a raíz de las muy regresivas “herencias” del último

**Una distribución más justa de los costos de la crisis debe pasar por cambios en el sistema tributario, sobre todo en los países de América Latina en los que hay un enorme espacio para aumentar la progresividad de los impuestos sobre los altos ingresos y los patrimonios.**

ciclo neoliberal y la situación generada por la propia pandemia). Es por ello que sería importante avanzar con una reforma impositiva integral de carácter progresivo, ya que, en muchos países, la estructura impositiva actual se basa fundamentalmente en tributos al consumo y, en menor medida, a los ingresos corrientes –con un tope-, lo cual castiga proporcionalmente más a quienes menos tienen. En cambio, son muy bajos o inexistentes los gravámenes a los patrimonios, a la herencia, a las rentas, a las ganancias de las sociedades y a los abultadísimos recursos fugados al exterior por los sectores de mayor poder adquisitivo de la sociedad.

En esto está de acuerdo Laura Carvalho, economista brasileña especializada en macroeconomía, profesora de Economía en la Universidad de San Pablo y autora del premiado libro *Valsa Brasileira: Do boom ao caos econômico*.

**¿Cuáles son las medidas políticas necesarias para repartir de manera justa los costos de la crisis?**

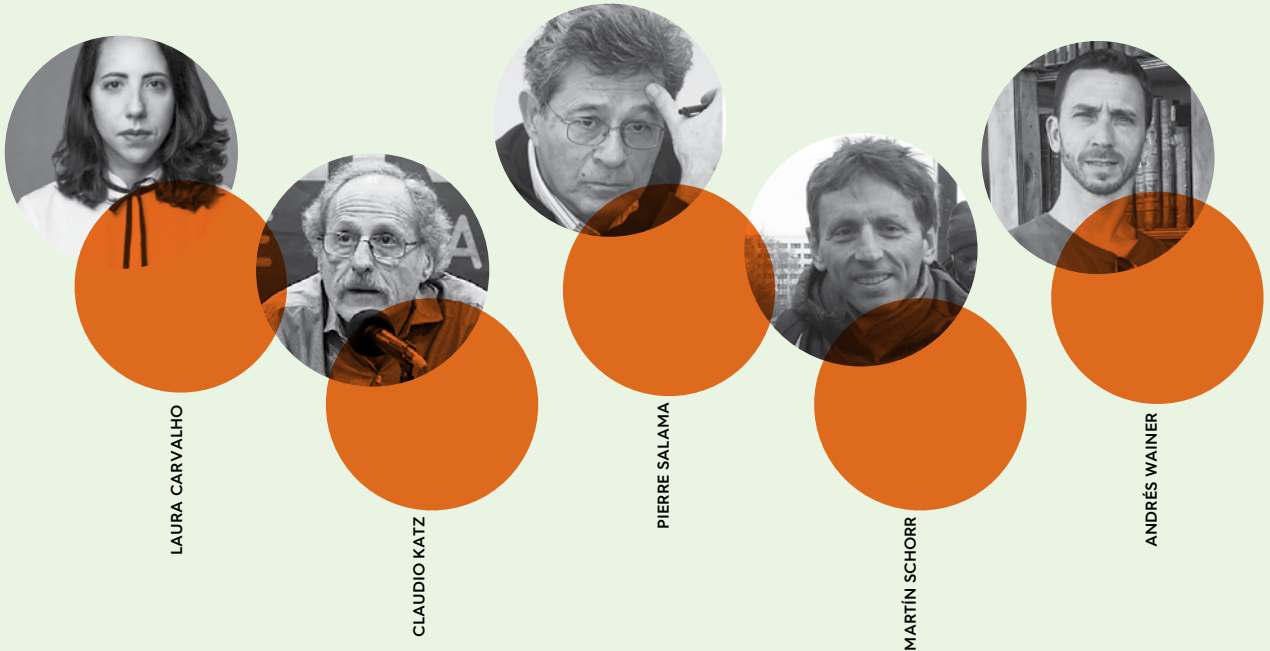
LAURA CARVALHO | Hay diferencias entre los distintos países en relación con la capacidad de endeudamiento y sus efectos. Los países del hemisferio sur que no se endeudan en su propia moneda y acumulan deudas con el FMI o con bancos extranjeros son más vulnerables a los choques externos y los mercados financieros globales restringen su capacidad de enfren-

tar la crisis. Los gobiernos con acceso al financiamiento externo deben usar la deuda pública para enfrentar las necesidades inmediatas que trae la pandemia. Pero una distribución más justa de los costos de la crisis debe pasar, en un segundo momento, por cambios en el sistema tributario, sobre todo en los países de América Latina en los que hay un enorme espacio para aumentar la progresividad de los impuestos sobre los altos ingresos y los patrimonios. Evitando que la crisis recaiga todavía más fuertemente sobre la base de la pirámide, una reforma tributaria progresiva, una expansión de las redes de protección social y una mayor asignación de recursos a los servicios públicos de salud y educación servirían para atenuar los efectos ya visibles de la pandemia sobre las desigualdades. Por supuesto, eso no quiere decir que estas reformas bastarían para eliminar la concentración de los ingresos y de la riqueza que genera el sistema capitalista.

**¿Un ingreso básico universal podría ser útil en la situación actual?**

PIERRE SALAMA | Sabemos que son los sectores conservadores quienes propusieron esta medida para evitar la tendencia al estancamiento producida por la utilización de nuevas tecnologías. El pago de un ingreso mínimo debería servir para mitigar la desigualdad y permitir que se mantenga el crecimiento. Sabemos también que los sindicatos se oponen en general a esta medida: podría tratarse de un negocio redituable para las empresas, dado que les permitiría reducir costos salariales. Y efectivamente pueden observarse muchas conductas de este tipo. Pero más allá de las actitudes hostiles hacia la medida, debe decirse que un ingreso básico universal ayudaría sobre todo a quienes tienen empleos informales, con remuneraciones muy bajas, en los sectores en los que se concentra la pobreza y donde los sindicatos... están ausentes. Una medida de este tipo estaría ampliamente justificada en el caso de América Latina aunque, en lugar de ser universal, podría concentrarse sobre los sectores más afectados por la pobreza.

En el mismo sentido argumentan Schorr y Wainer cuando afirman que es importante discutir cómo y quiénes financiarían una erogación de este tipo, “porque si el costo recae sobre el conjunto de la sociedad por igual, va a terminar siendo una especie de subsidio a las empresas, las cuales van a contar dicho ingreso como una parte del salario necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo”.



## El gran nivelador

El virus no es sensible a las diferencias sociales. En principio, es capaz de infectar a cualquier cuerpo. De aquí la sensación de que actuaría como una cuchilla capaz de cortar cualquier desigualdad al ras de una condición humana universal. Pero poco puede decirse del mundo tal como es a partir de consideraciones a priori.

Una primera diferencia salta a la vista entre los países centrales y los de la periferia. Martín Schorr y Andrés Wainer indican que el caso de Suecia es una excepción notable entre los países que han construido importantes capacidades estatales y que se han visto relativamente menos afectados por el neoliberalismo.

### ¿Comparten los países de América Latina condiciones específicas que los hacen particularmente vulnerables frente a la pandemia?

**LAURA CARVALHO** | Los países de América Latina ciertamente tienen trazos en común que hacen que sea más difícil combatir la crisis pandémica: las desigualdades abismales, el alto grado de informalidad en el mercado de trabajo, el peso elevado del sector de servicios en el empleo, la vulnerabilidad a los choques externos, la dependencia de productos manufacturados importados, entre otros. Más allá de eso, al contrario de la mayoría de los países ricos, la región fue afectada por la crisis en un contexto que ya era de bajo crecimiento desde el fin del superciclo de las

*commodities*: las proyecciones del FMI sobre el crecimiento del PIB latinoamericano en 2020 era de apenas un 1,6% antes de que llegara la pandemia. Pero algunas diferencias estructurales y coyunturales también fueron fundamentales en la eficacia de las respuestas aplicadas por los gobiernos de la región. Por un lado, países con mayor capacidad fiscal —como Chile, Brasil y Perú— gastaron una proporción mucho mayor del PIB en programas de emergencia en el área de salud, transferencia de ingresos, preservación de empleos y/o socorro a empresas. Por otro lado, países con niveles de desigualdad mucho menores, como Uruguay, o en los cuales los gobiernos adoptaron medidas de confinamiento más restrictivas, parecen haber tenido un mejor desempeño en el combate contra el virus. En Brasil, por ejemplo, las medidas económicas aprobadas por el Congreso suman más del 8% del PIB, pero la postura criminal del gobierno federal en el área de salud pública convirtió al país en uno de los epicentros globales en términos de muertes diarias.

### ¿El nivel de desarrollo es determinante a la hora de juzgar los efectos de la pandemia?

**PIERRE SALAMA** | No está claro que el nivel de desarrollo de los distintos países baste para dar cuenta de la situación. En los Estados Unidos, país avanzado cuyo nivel de ingreso per capita es de los más altos del mundo, se observa una de las tasas de mortalidad por millón de habitantes más elevadas. Lo mismo sucede en Suecia, Gran Bretaña, Italia, España y Francia.

## Se puede imaginar un escenario de superación efectiva del neoliberalismo y sus cimientos capitalistas, pero esto depende del fortalecimiento de todos los movimientos, partidos y gobiernos que bregan para que esta vez la crisis no recaiga sobre el trabajo.

**Además del equipamiento en salud y las capacidades estatales, ¿qué otros factores deben tenerse en cuenta para analizar la situación?**

PIERRE SALAMA | La obesidad, por ejemplo. Es una enfermedad moderna, causada por la mala alimentación, que afecta sobre todo a quienes más sufren la pobreza. La obesidad es cada vez más común en los sectores más pobres de México y, aunque en menor medida, también lo es en Brasil. A la obesidad le están asociadas la diabetes, la hipertensión arterial y los problemas cardiovasculares. El conjunto de estas comorbilidades debilita a quienes padecen el COVID-19, elevando la tasa de letalidad de la enfermedad. Esto hace que quienes viven en la pobreza sean más vulnerables a la pandemia. Por supuesto, hay otros factores que tienen que ver con las condiciones de vida más en general: el acceso al agua, la cantidad de personas que habitan en una misma vivienda, etc. El hecho de que algunas personas se vean obligadas a trabajar y a utilizar el transporte público acentúa los riesgos de contagio. Las muertes se concentran en ciertos lugares, mientras que en otros, aun al interior del mismo país, la importancia de las muertes es menor. Si los gobiernos no toman medidas de asistencia suficientes, morir por el virus o morir de hambre se convertirá en muchos casos en una decisión entre Caribdis y Escila.

### Conspiraciones en todos lados

Si bien Claudio Katz afirma que la extensión y la peligrosidad del virus (que impacta en todos los países y afecta a las élites) debería servir para refutar, aunque sea intuitivamente, cualquier “tontería conspirativa”, lo cierto es que el buen sentido —muy a pesar de Descartes— no parece ser la cosa mejor repartida entre

las personas. Apelando a su saber sociológico, Martín Schorr y Andrés Wainer nos recuerdan que “las teorías conspirativas tienen la virtud de brindar respuestas sencillas y atractivas a fenómenos complejos”. Pero también es cierto que, en un sistema irracional, en el cual una catástrofe sanitaria no deja de representar una buena oportunidad para algunas empresas, la suposición de que alguien está beneficiándose de la situación —sobre la cual se apoyan las teorías más alocadas— no es del todo injustificada.

### ¿La crisis afecta solo a quienes viven de sus salarios?

LAURA CARVALHO | No hay dudas de que la crisis, como de costumbre, está recayendo sobre los sectores más vulnerables. Pero esto también vale para las empresas. En Brasil, el número de pequeños negocios cerrados superaba los 716 mil hacia la primera quincena de junio, de los cuales el 99,8% son empresas con menos de 49 puestos laborales. En un contexto como este, no hay dudas de que muchas empresas pequeñas, sin capacidad de seguir pagando alquileres, cuentas de luz o salarios, serán adquiridas a precios bajos por empresas mayores e inversores con mucho capital acumulado.

### ¿Quiénes se benefician de la crisis actual?

MARTÍN SCHORR / ANDRÉS WAINER | Situaciones semejantes a la que vivimos dieron lugar, a veces, al fenómeno de la centralización de capital, proceso mediante el cual un capital se expande a costa de otro (Marx decía que se trataba de una “expropiación entre capitalistas”). En este caso, dada la magnitud y simultaneidad de la crisis, son pocos los capitales que realmente ganan, pero existen. Basta con mencionar los casos de plataformas como Amazon, Netflix o Mercado Libre, lo mismo que algunos actores clave del sector financiero. En definitiva, es imposible pensar que alguien haya planificado esta crisis, pero lo cierto es que los sectores dominantes la aprovechan en su propio beneficio.

### ¿El lado positivo de la pospandemia?

Hay un acuerdo generalizado en que la crisis ha puesto sobre la mesa la necesidad de la intervención estatal sobre la economía y sobre la gestión de algunos bienes comunes. Claudio Katz considera que, a pesar de todo, hay que registrar los elementos positivos de la situación. El más importante es la revalorización de la salud pública.



### ¿Hay margen político para imaginar una salida progresiva a la crisis?

CLAUDIO KATZ | Yo me arriesgaría a considerar tres escenarios posibles. La derecha podría mantener la iniciativa y renovar sus agresiones con modalidades más reaccionarias de retroliberalismo, militarización y vigilancia informática. Pero estos proyectos han sufrido cierto desgaste y pérdida de legitimidad. Los gobiernos neoliberales encabezan todas las gestiones negacionistas de la pandemia que en tantos países potenciaron la infección generando el dantesco escenario de muertes, fosas comunes y agonías por falta de respiradores. Un segundo escenario sería la concreción de un proyecto de capitalismo posliberal, con cierta regulación de las finanzas, remozco de la globalización y algunas normas de protección del medio ambiente. Pero, en un marco global que exige soluciones mundiales, es tan difícil disciplinar a bancos y empresas transnacionales como gestar capitalismo nacionales prósperos. Finalmente, se puede imaginar un tercer escenario de proyectos radicales de superación efectiva del neoliberalismo y también de sus cimientos capitalistas. Ese contexto depende del fortalecimiento de todos los movimientos, partidos y gobiernos que bregan para que esta vez la crisis no recaiga sobre el trabajo.

### Sin limitar el pesimismo de la razón, ¿qué cabe esperar de la pospandemia?

PIERRE SALAMA | La pandemia podría permitir la llegada de gobiernos autoritarios. La tentación de los



gobiernos de restringir las libertades públicas apelando a medidas de excepción es grande: confinamiento, definición de sectores económicos que deben cesar de producir, posibilidad de controlar con métodos de *tracing* (rastreo) a las personas que tienen el virus, llamados a la “responsabilidad” de la oposición para que dejen de lado sus críticas, etc. Una vez superada la pandemia, el impulso de continuar con este espíritu puede ser legitimado por la necesidad de reconstruir lo antes posible una economía fuertemente afectada por la crisis. Sin consentir a las tesis de la conspiración, que definen a esta crisis como una tentativa de instrumentalizar la pandemia para ejercer un mayor control sobre la población —como lo ha hecho Agamben—, debe advertirse que el riesgo de que los contrapoderes salgan debilitados es grande. En América Latina, esto podría abrir la vía para nuevas formas de populismos. La amplitud de la crisis económica parece propicia para el desarrollo de nuevas formas de dominación estatal. Si la crisis perdura y se desarrolla, si aumenta la pobreza (como es probable que suceda en América Latina), el Estado parecerá ser cada vez más incapaz de dar soluciones. La pérdida de credibilidad en los gobiernos puede dar nacimiento a nuevas formas de democracia “iliberales”. La búsqueda de un Estado fuerte, personalizada alrededor de un líder carismático, favorecería entonces la emergencia de nuevas formas de populismo. De qué tipo de populismo se tratará, es un interrogante que continúa en suspenso. ¿Será un populismo progresista y redistributivo, o uno de extrema derecha y con intención de revitalizar la nación sobre valores identitarios y/o religiosos? ●

# No es un acto de Dios

Los huracanes, las pandemias y las sequías pueden ser “actos de Dios”. Pero no sucede lo mismo con los mercados, la privatización de la vivienda, la salud y la alimentación, ni con las muertes que todo esto genera.

Hacia el final de mi último semestre en la universidad, un grupo de estudiantes más grandes y radicales, a quienes yo admiraba, me contaron que iban a viajar a Nueva Orleans. Dos años y medio después del huracán Katrina, iban a protestar contra la demolición de las viviendas sociales. Cuando aceptaron que me sume al grupo me puse muy contenta. Yo no estaba muy al tanto de la coyuntura política, pero confiaba en esta gente.

Llegamos desde Ohio a Luisiana por la noche, y dormimos en los sillones de un grupo de activistas locales que nos recibió amablemente. Por la mañana, participamos de una reunión preparada por militantes y residentes de las viviendas sociales. Desde ahí nos movilizamos hacia unos edificios abandonados de Nueva Orleans, conocidos como “los Ladrillos” (the Bricks).

Fue solo después de contemplar los edificios cuando entendí la naturaleza de la injusticia que nos había traído hasta Nueva Orleans. Había visto *When the Levees Broke*, el emblemático documental de Spike Lee, que muestra cómo grandes estructuras de madera son reducidas hasta convertirse en astillas. Pero los Ladrillos no se parecían en nada a aquellas estructuras. El gobierno de la ciudad, que planeaba tirarlos abajo, había declarado que los edificios eran inhabitables. Pero hasta donde yo alcanzaba a ver, estaban prácticamente intactos.

El gobierno de Nueva Orleans planeaba reemplazar los Ladrillos con proyectos de menor escala, de participación público-privada, y financiados con ingresos mixtos, que serían complementados con un programa de bonos para facilitar el acceso a la vivienda privada. Las autoridades a cargo de las políticas de vivienda y los grupos inversores del sector inmobiliario habían discutido este proyecto durante años. Ahora que los Ladrillos estaban por fin vacíos – y mientras sus residentes se desperdigaban como polvo en el aire– había llegado el momento perfecto para ponerlo en marcha.

Quienes impulsaban este proyecto dijeron que las nuevas viviendas serían más agradables. Pero, estructuralmente hablando, las viviendas sociales de Nueva Orleans –construidas durante el New Deal por reformadores muy diligentes– eran difíciles de igualar. Nicolai Ouroussoff, crítico de arquitectura del *New York Times*, escribió en 2006:

Los proyectos de vivienda social de la ciudad tienen poco en común con las supermanzanas deshumanizantes y con las plazoletas grises que han sido durante mucho tiempo los emblemas de la pobreza urbana. A pesar de su escala modesta, estos proyectos incluyen algunas de las mejores viviendas sociales construidas en Estados Unidos... Sólidamente construidas, con un



detallado trabajo de albañilería, sus techos de tejas y sus balaustradas de hierro forjado tienen un nivel de diseño que se asemeja más al campus de Ivy League que a los complejos de viviendas sociales contemporáneos.

solo dos mil unidades. El huracán Katrina forzó a un gran número de residentes a abandonar

Nueva Orleans, y sus hogares

fueron arrasados durante su ausencia. Solo un puñado logró mudarse a las unidades nuevas.

Décadas de desinversión y negligencia habían logrado que los Ladrillos estén un poco desgastados y deteriorados, pero esos problemas podrían haberse solucionado con algo de dinero y mantenimiento. En cambio, el gobierno de la ciudad optó por la austeridad. Bill Quigley, un abogado que representaba a algunas comunidades de residentes que intentaban detener la demolición, dijo: “Esto es una diáspora promovida por el gobierno, que afecta principalmente a la población afronorteamericana pobre de Nueva Orleans. Están destruyendo departamentos perfectamente habitables en un momento en que se han vuelto más raros que nunca desde la Guerra de Secesión”.

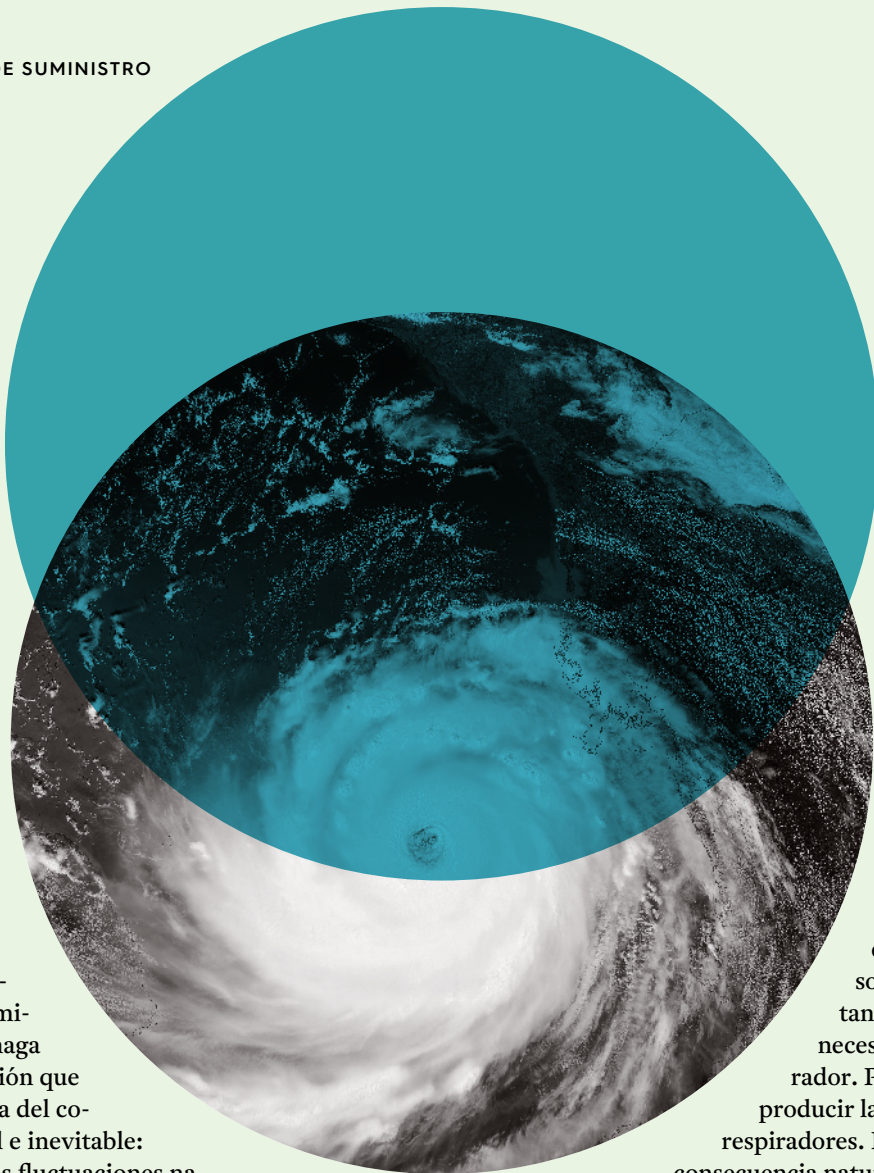
Los juicios fracasaron. Las protestas también. Los Ladrillos fueron demolidos. Se construyeron nuevas viviendas en su lugar.

Antes de la tormenta, la ciudad tenía siete mil unidades de viviendas sociales. Diez años después, tenía

Todo marchó de acuerdo con los planes. Días después de la tormenta, el *Wall Street Journal* informó que alguien había escuchado al diputado republicano Richard Baker anunciar a un grupo de lobistas en Washington D.C.: “Por fin nos deshicimos de la vivienda social en Nueva Orleans. No pudimos hacerlo por nuestra cuenta. Fue Dios quien lo hizo”.

### El virus neoliberal

Fui testigo de cómo, en tiempos de desastre, quienes tienen el poder aplican rápidamente programas preexistentes a expensas de quienes han sufrido las mayores pérdidas. Ese invierno en Nueva Orleans aprendí también otra lección valiosa: las fuerzas del lucro no tardan en descargar sus responsabilidades sobre las fuerzas de la naturaleza.



Cuando el mundo empieza a desmoronarse, la situación habilita a la clase dominante para que haga creer a la población que la principal causa del colapso fue natural e inevitable: Dios, el clima, las fluctuaciones naturales del mercado, la singular ferocidad de un virus, la perversidad incomprensible de alguna cultura extranjera. Desplazar la responsabilidad hacia estas abstracciones permite que la gente que tiene el poder evada las críticas que le caben por crear y mantener un estado de cosas tan inestable.

La forma en que la pandemia de coronavirus ha sido presentada en Estados Unidos es un claro ejemplo de esto. El COVID-19 es una enfermedad producida por un nuevo coronavirus que causa fiebre, fatiga y tos seca. En casos más graves, causa dificultades respiratorias. En algunos casos, puede causar la muerte. Pero en ningún caso puede culparse al coronavirus de haber causado la gran convulsión que vivimos en este momento.

Un virus puede hacer que una persona se enferme tanto como para necesitar un respirador. Pero no puede producir la escasez de respiradores. Eso no es una consecuencia natural: es el resultado

de que las compañías de insumos

médicos prometan construir respiradores —llegando incluso a firmar contratos con el gobierno y a utilizar fondos públicos— y luego no los distribuyan, sin que esto tenga ninguna consecuencia. De esta manera, quienes dirigen las empresas y tienen derechos de propiedad sobre ellas acrecientan sus riquezas, mientras se conduce a la población hacia una posición cada vez más vulnerable.

El coronavirus no causó la escasez de personal y de recursos en nuestros hospitales. Lo que causó esto fue la aplicación de los métodos de producción ajustada (*lean production*) a la gestión de los hospitales. El coronavirus tampoco causó una tasa de desempleo que compite con la de la Gran Depresión. Lo que causó esto fue la falta de voluntad del gobierno de Estados Unidos



---

**Alguien escuchó al diputado  
republicano Richard Baker anunciar:  
“Por fin nos deshicimos de la vivienda  
social en Nueva Orleans. No pudimos  
hacerlo por nuestra cuenta.  
Fue Dios quien lo hizo”.**

---

para proteger los puestos de trabajo. El coronavirus no fue la causa de que millones de personas desocupadas pierdan sus seguros de salud privados en medio de una crisis de la salud pública. La causa de esto fue la obstinada negativa del gobierno de Estados Unidos a implementar un sistema sanitario de pagador único.

Lo que permitió que estos sistemas se atrofiaran, tanto que podrían haber sido derrumbados por el rozamiento de una pluma, fue la disposición proempresarial descarada de los gobiernos norteamericanos y la supresión exitosa de un movimiento obrero de masas capaz de revertirla.

Los medios hegemónicos han demostrado hasta ahora poca curiosidad por los procesos sociales y económicos que facilitaron la propagación del virus. De la misma forma, ninguno de los partidos hegemónicos está dispuesto a reconocer los problemas más profundos que nos hicieron llegar a este punto (ni hablar de las crisis prolongadas que presagiaron esta crisis en particular, que parece ser todavía más aguda). En la medida en que está dispuesto a admitir que hay en juego alguna causa humana, el Partido Demócrata atribuye toda la responsabilidad a un fenómeno aberrante e inexplicable que denomina Donald Trump. Por su parte, Trump tira el fardo al pueblo chino, cada vez más demonizado.

Pero en cualquier caso, quienes nos gobiernan adoptan el mismo tono reverencial para hablar de los poderes impresionantes del virus en sí mismo y de la fortaleza del espíritu norteamericano para enfrentar las desventuras y las calamidades. El neoliberalismo es el camino que nos trajo hasta aquí, pero quienes lo pavimentaron quieren hacernos creer que llegamos a este punto por medio de la teletransportación.

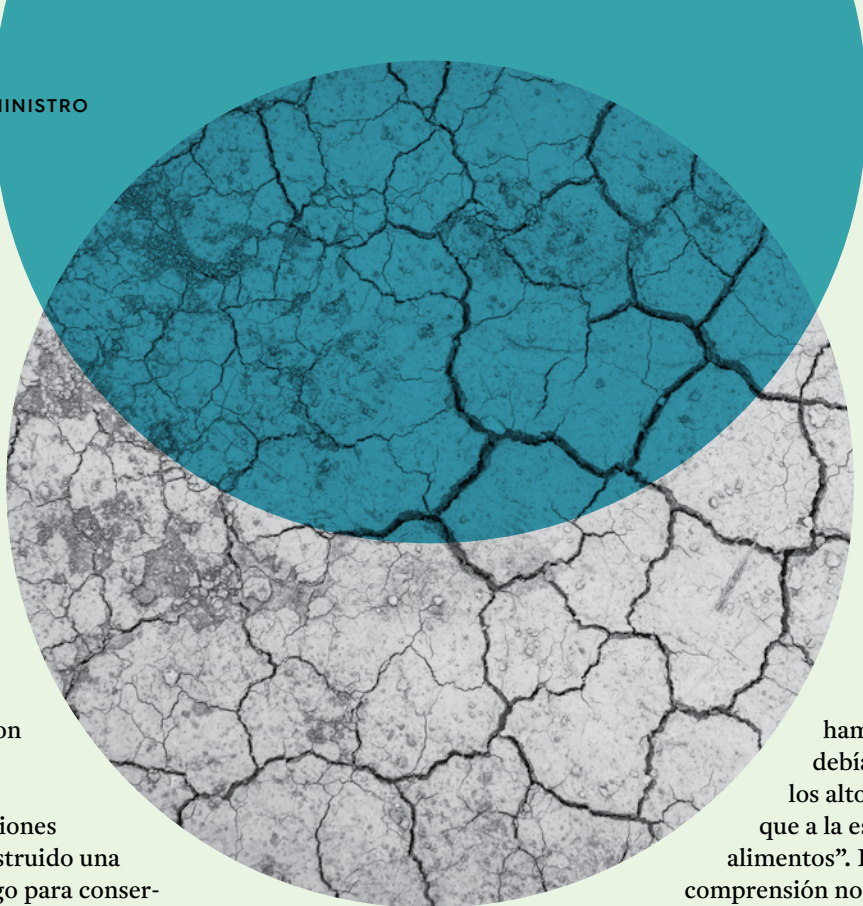
### **El libro negro del capitalismo**

La primera vez que vi algo parecido fue en 2007, en Nueva Orleans, cuando se culpó a las aguas por las acciones de la gente rica. Pero este discurso es mucho más antiguo.

En *Los Holocaustos de la era Victoriana tardía*, Mike Davis analiza las hambrunas de fines del siglo diecinueve, que mataron a decenas de millones de personas a lo largo y ancho del mundo colonizado. Dos oleadas de hambre, durante los periodos 1876-9 y 1896-1902, dejaron entre 20 y 50 millones de muertos en India y en China. Dada su magnitud, es impresionante lo poco que se habla de estas hambrunas. Sin dudas, su oscuridad se debe en parte a la noción de que las hambrunas son inevitables, dado que usualmente son el resultado de eventos naturales que están más allá del control humano (una trágica nota al pie en la historia, sin culpables ni lecciones para el futuro).

Pero en países como India, los orígenes de la hambruna de fines del siglo diecinueve pueden ser atribuidos directamente a la política imperial británica. Por supuesto, las alteraciones naturales vinieron primero: el fenómeno del Niño produjo una falla en el régimen monzónico. Pero hasta ahí llegan las causas inevitables.

Los seres humanos habían practicado la agricultura en India por más de diez mil años y habían desarrollado sistemas para responder a la variación de las precipitaciones. Estos métodos no eran perfectos, pero servían como importantes dispositivos de protección. Fueron violentamente interrumpidos por la integración de India al orden capitalista mundial impuesta por el Imperio británico, cuando —como escribe Davis— “un campesinado reticente fue obligado a participar de un



matrimonio forzado con el mercado mundial”.

Allí donde las generaciones anteriores habían construido una infraestructura de riego para conservar el agua, el imperio británico dejó que se deteriorara. Allí donde previamente se habían cultivado granos para el consumo, se cultivaba ahora algodón y añil para exportar. Incluso los granos comenzaron a ser cultivados cada vez más para ser vendidos y exportados, principalmente a Inglaterra, agotando los depósitos de India (reservas sobre las cuales la población se había apoyado tradicionalmente para lidiar con las hambrunas en tiempos de mala cosecha).

Cuando el Imperio británico comenzó a construir ferrocarriles en India, sus gobernantes se jactaban de que las hambrunas se convertirían en cosa del pasado: los granos podrían importarse de manera sencilla utilizando los trenes. Pero no fue esto lo que sucedió cuando comenzó la hambruna. De hecho, los ferrocarriles fueron utilizados para llevarse los granos de las regiones afectadas por la sequía. Los granos se habían convertido en una *commodity*, sujeta al acaparamiento y la especulación, y quedaban en última instancia a disposición de quien hiciera la mejor oferta. Muchas veces esta persona se encontraba en una región menos hambreada de India, o incluso en un lugar tan lejano como Londres.

Tal como escribe Davis, quienes representaban al Imperio británico reconocían puertas adentro que “la

hambruna se debía más a los altos precios que a la escasez de alimentos”. Pero la comprensión no movilizaba ninguna intervención sobre

la especulación ni sobre la exportación de granos. Por el contrario, mantenían su reticencia a la idea del control de precios y a cualquier intervención económica de este tipo. La devoción por el libre mercado era absoluta, como lo era también el respeto por su mayor predicador, Adam Smith. Fue él quien escribió en *La riqueza de las naciones* que “la única causa de las hambrunas es la violencia que ejercen los gobiernos al intentar, por medios inadecuados, remediar los inconvenientes de la escasez”.

Durante algún tiempo, las autoridades británicas no hicieron nada. Las personas morían como moscas y los perros salvajes devoraban los cadáveres de los niños y las niñas en las calles. En efecto, tan fuerte era la oposición al control de precios o a cualquier tipo de regulación, tan inquebrantable la fe en que los mercados se corregirían a sí mismos a su debido tiempo, y tan persistente la creencia de que cualquier interferencia solo empeoraría las cosas, que el gobierno colonial terminó por disciplinar a quienes, entre sus propias filas, intentaron instrumentar algún tipo de alivio.

Un funcionario hizo lo impensable e importó granos, para garantizar inmediatamente la subsistencia de

la población. Fue acusado de “despilfarro”, de “fourierismo” —palabra derivada del apellido de Charles Fourier, fundador del socialismo utópico— y, lo peor de todo, de alentar a la gente de India a que creyera que “mantenerla con vida era un deber del gobierno”.

Este funcionario fue tan humillado que, para intentar recuperar su reputación, construyó campos de trabajo en donde se esperaba que la población hambreada trabajara a cambio de comida, en parte siguiendo el modelo de los hospicios dickensianos ingleses. Pero las personas que sufren de un proceso denominado “esqueletización” no pueden realizar ningún trabajo físico. Los campos de socorro se convirtieron inevitablemente en campos de exterminio.

Todo esto —escribe Davis— era un sacrificio británico ofrecido “a su dios salvaje, la mano invisible”. La población india fue aniquilada “por la aplicación teológica de los principios sagrados de Smith” y de un conjunto de profetas del capitalismo de libre mercado.

Las autoridades británicas y la prensa preferían pensar que las hambrunas eran catástrofes maltusianas. Pero, por el contrario, eran el fruto de las acciones humanas (y estas acciones eran bárbaras).

## Culpables

Las poderosas clases capitalistas y quienes justifican su accionar y aplauden su dominación apelando a la ideología del libre mercado, junto a los partidos políticos que satisfacen sus caprichos, siempre unirán fuerzas para sacar provecho de las situaciones de emergencia. Desde el momento en que la palabra “crisis” ingresa en el discurso, se empeñarán en implementar la agenda de sus sueños, racionalizándola mediante la apelación a circunstancias que están más allá del control humano. Solo pasaron unas pocas semanas desde el momento en que Estados Unidos comprendió la gravedad de la pandemia del coronavirus, hasta que el Congreso aprobó en beneficio de las empresas un rescate incondicional de miles de millones de dólares, el más grande que jamás se haya visto en la historia norteamericana.

Y la rapiña no se termina junto con la crisis. Luego viene el período de la así denominada recuperación, en la cual un conjunto de personajes influyentes —que

## Las autoridades británicas y la prensa preferían pensar que las hambrunas eran catástrofes maltusianas. Pero, por el contrario, eran el fruto de las acciones humanas.

son usualmente quienes crearon la crisis y se enriquecieron a medida que se desplegaba— se empeñan en doblegar todavía más a la sociedad según su voluntad y en nombre de la reconstrucción. Los partidos políticos gobernantes eliminarán cualquier traba burocrática en beneficio de las empresas y llamarán a una alianza público-privada para devolverle a la sociedad su antigua gloria (obviamente exagerada). Pero tal como señaló Naomi Klein en *La doctrina del shock*, “al capitalismo del desastre no le interesa en absoluto reconstruir el pasado”. En cambio, se limita a “terminar la labor del desastre original”. Eso es lo que sucedió en Nueva Orleans luego del huracán Katrina y, si no se articula una oposición seria, es precisamente lo que sucederá luego de que pase esta pandemia.

La capacidad de la clase dominante para explotar las consecuencias del desastre depende, en parte, de que se mantenga la voluntad de la población de tolerar la permanencia de aquella en el poder. Pero aun si la población perdiera confianza, o si se agotara su paciencia, derrocar a la élite económica y política existente seguiría siendo una tarea ardua. En cualquier caso, nada parecido puede ni siquiera intentarse mientras la gente siga pensando que sus líderes están tratando de conducir con buena fe a la sociedad para que lidie con las consecuencias de una tragedia inevitable, sobre la cual la clase dominante no tiene ninguna responsabilidad.

Un virus puede infectar al cuerpo humano y provocarle la muerte, tal como ha demostrado suficientemente que es capaz de hacer este virus en particular. Pero no puede causar el nivel de caos social del que somos testigos en la actualidad. Un colapso sistemático de esta magnitud es un veredicto sobre la viabilidad de este sistema. Y a fin de cuentas, sin importar cuán convincentemente aleguen su inocencia, también es una acusación que pesa sobre quienes lo sostienen diligentemente. ●



# Una economía mundial difractada

TEXTO  
MICHEL HUSSON

ILUSTRACIÓN  
DANIEL ROLDAN

TRADUCCIÓN  
VALENTÍN HUARTE





**La pandemia ha desorganizado profundamente la economía mundial. La lógica de esta crisis es inédita, y la forma en que saldremos de ella dependerá no solo de factores económicos, sino también de factores sanitarios y sociopolíticos.**

*Cada niño sabe que cualquier nación moriría de hambre, y no digo en un año, sino en unas semanas, si dejara de trabajar.*  
(Marx, *Carta a Ludwig Kugelmann*,  
1 de julio de 1868)

## **Una economía desarticulada**

El coronavirus no vino a contaminar un organismo sano. Infectó un organismo atestado de enfermedades crónicas. A pesar de esto, el impacto de la crisis no puede explicarse solamente por las debilidades del capitalismo realmente existente. La crisis no nació en el sector financiero. Surgió directamente de lo que suele denominarse “economía real”. Por lo tanto, no puede ser analizada en los mismos términos en los que fue analizada la crisis de 2008. En efecto, en el caso actual son las relaciones productivas las que han sido bloqueadas, de tal manera que los canales de transmisión de la crisis son completamente diferentes.

Los economistas distinguen de buen grado los “*shocks* de oferta” y los “*shocks* de demanda”, pero esta distinción, que en realidad nunca fue muy útil, carece completamente de sentido en el caso de la crisis actual. Es el conjunto de los esquemas de reproducción —para usar una noción marxista— lo que ha sido desarticulado. Lo importante en el análisis

de Marx es que las condiciones de la reproducción remiten tanto a la producción de mercancías y de plusvalor (“la oferta”), como a la demanda social capaz de “realizar” dicho plusvalor. Ahora bien, en las circunstancias actuales, las condiciones de esta reproducción no están garantizadas.

Para comprender por qué, basta considerar los diferentes componentes de la oferta y de la demanda. El confinamiento tiene como efecto inmediato la caída del consumo y de la producción: las empresas están paralizadas y, por lo tanto, no están produciendo nada; los comercios están cerrados y los consumidores están confinados. Las inversiones se encuentran evidentemente en un punto muerto a causa de la caída que registran las carteras de pedidos, pero también a causa de la incertidumbre en cuanto a las perspectivas. En fin, el comercio mundial se ha retraído. Se ve bien la interacción indisoluble que existe entre la oferta y la demanda, a pesar de que esta sea ignorada por las previsiones oficiales.

## **Desincronización de la crisis... y de la recuperación**

Una de las características esenciales de esta crisis es que “difracta” la economía o, dicho de otra forma, que golpea desigualmente sobre sus distintos sectores. En efecto, las mediciones globales de la caída

---

**Todas las previsiones de los organismos internacionales prevén una recuperación gradual, pensamos que estos pronósticos son demasiado optimistas.**

---

del PIB no son más que un promedio de evoluciones muy diferentes. Algunos sectores se ven directamente golpeados por la mera implementación de las medidas de clausura. Este es particularmente el caso del comercio minorista de artículos no esenciales. Pero hay otros sectores que, aunque sea en menor medida, también son afectados. El sector en el cual la actividad disminuye más es el de los proveedores, lo que significa que la crisis afecta principalmente a los sectores más alejados de la demanda final. Todo sucede como si el virus “remontara el circuito” desde el sector del consumo (“la demanda”) hacia el sector de los proveedores (“la oferta”).

Los daños no se infligen de manera “equitativa”. Por ejemplo, los sectores de servicios menos golpeados suelen emplear mucha mano de obra, en general con bajos salarios y contratos precarios, lo cual hace que en estos casos el trabajo a distancia sea prácticamente imposible. Según la OCDE, más de un tercio de las empresas enfrentará problemas de liquidez luego de tres meses de confinamiento. De aquí las medidas de apoyo estatal (aplazamiento de impuestos, amortización de deudas, responsabilidad sobre una parte de la masa salarial). Sin embargo, de a poco empieza a oírse otra música: ¿no será la crisis una buena ocasión para eliminar a las empresas “zombis” que no merecen sobrevivir?

Entre los distintos países existe la misma heterogeneidad que puede observarse entre los sectores de la economía. En este caso debe considerarse cómo se transmite la crisis a través de las cadenas de valor. Un estudio afirma que los shocks transmitidos por las cadenas de aprovisionamiento mundial serán responsables de aproximadamente un tercio de la caída del

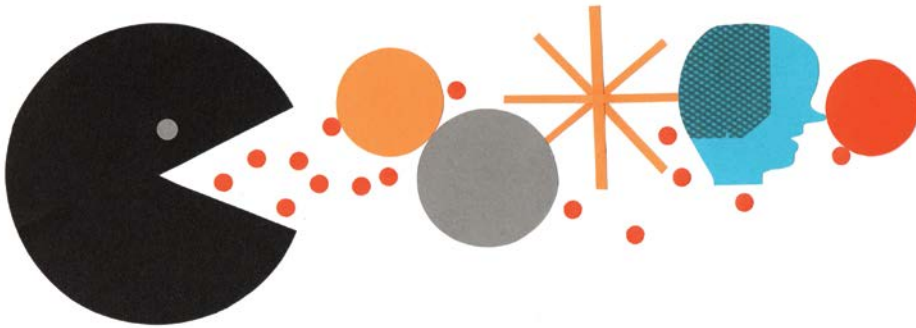
PIB. La interrupción en un punto de la cadena paraliza al resto de la producción, tanto más rápido en los casos en los que la industria funciona con niveles de stock muy débiles, que no permiten absorber la menor desaceleración de la producción.

Todas las previsiones de los organismos internacionales prevén una recuperación gradual. Este es el caso, por ejemplo, de la proyección que hizo el FMI en su informe sobre las “Perspectivas de la economía mundial” (junio de 2020). Allí se muestra que China subsanaría la caída producida por la pandemia y recuperaría la tendencia observada antes de la crisis. Es lo que los economistas denominan una recuperación “en V”. Pero este no es el caso del resto de los países. Los otros países emergentes y en vías de desarrollo solo recuperarían los niveles del PIB del primer trimestre de 2019 en el primer trimestre de 2021, y los países avanzados (son las categorías del FMI) alcanzarían esos niveles recién a fines de 2021.

Pensamos que estos pronósticos son demasiado optimistas y que la recuperación será todavía más “incierta” de lo que piensa el FMI. Es verdad que puede observarse, particularmente en el caso de Europa, una reanudación veloz de la actividad económica. Pero debe verse en ello solo un efecto instantáneo de la salida del confinamiento.

En efecto, las previsiones más optimistas ignoran la característica esencial de esta crisis, que es la combinación de dos mecanismos: la paralización de la economía —una recesión que, si se dejara de lado su excepcional violencia, podría calificarse de “normal”— y una crisis sanitaria que induce un ciclo específico. Basta considerar la situación en Estados Unidos y en Brasil, como así también los efectos posibles que se seguirían de un nuevo confinamiento.

Las proyecciones oficiales olvidan otro factor clave: el temor a la enfermedad. Para explicar la combinación de los efectos de la enfermedad en sí misma con los efectos que genera el temor a la enfermedad, el epidemiólogo Joshua Epstein acuñó el concepto “contagio acoplado”. Según este modelo, el temor a la enfermedad conduce en un primer momento a que se tomen medidas para limitar la propagación de la epidemia. Los individuos susceptibles al patógeno y al miedo se aíslan, mientras el número de infectados



crece. Cuando el temor desaparece, las medidas de protección empiezan a relajarse progresivamente o son directamente abandonadas. Es entonces cuando, “envalentonados por la disminución de la incidencia de la enfermedad, estos susceptibles vuelven (prematamente) a circular [...]. Pero esto es combustible arrojado a las brasas que dejó la infección [...], y tiene como resultado el surgimiento de una segunda ola”.

Una encuesta realizada en Estados Unidos preguntó a las personas que participaron de ella cuál sería su comportamiento “si se levantaran todas las medidas de restricción por recomendación de las autoridades de la salud pública”. Un gran número de personas respondió que evitaría (con total certeza o probablemente) ir al cine o asistir a eventos deportivos (61%), viajar en avión (60%), ingresar en un centro comercial (59%) y usar el transporte público (56%). Se ve entonces que las actividades más afectadas por la crisis son aquellas susceptibles de generar un impacto económico importante. El artículo del *New York Times* que cita esta encuesta advierte además que la gente adoptó comportamientos de distanciamiento social con anterioridad a la implementación de las medidas oficiales de confinamiento. Por lo tanto, el abandono de estas últimas podría no ser suficiente para que desaparezcan los primeros.

Y este temor será evidentemente alimentado por la propagación de la pandemia o por eventuales rebrotes, que conllevarán confinamientos parciales. Estos factores, que están ligados a la crisis sanitaria, se combinan con las características de largo plazo que esta tendrá en el terreno económico. Estos son algunos de los obstáculos que se oponen a una recuperación rápida.

## Un confinamiento mundial

La desarticulación de las cadenas de valor mundiales frenará a largo plazo el intercambio de mercancías. La crisis anterior ya había hecho retroceder el comercio: a partir de 2011, la tendencia es inferior a la que se observa entre 1990 y 2008. La crisis actual tendrá el mismo efecto. Este escenario pesimista que anticipa la OMC (Organización Mundial del Comercio) parece ser el más realista: no se recuperará la tendencia anterior.

A esto hay que agregar las repercusiones que tendrá la crisis en el Sur global. Dijimos que el FMI preveía una recuperación un poco más rápida en el caso de los países emergentes y en vías de desarrollo. Este relativo optimismo en el pronóstico disimula las fuertes disparidades que existen entre América Latina, en donde el impacto será similar al de Europa, y ciertos países de Asia, como India, Indonesia y, evidentemente, China.

Pero también en este caso el optimismo debe ser relativizado. Es cierto que, contrariamente a lo que se temía, por ahora la pandemia parece estar poco extendida en África. Esto es algo bueno. Pero no impide que la crisis disminuya la actividad económica y los recursos disponibles, de manera que en muchos países del Sur global preocupa más el hambre que el virus. Por otro lado, las cadenas de suministro de alimentos, fuertemente globalizadas, se encuentran tan desorganizadas como los otros sectores de la economía.

En realidad, como señala la Conferencia de la Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD, por sus siglas en inglés), “el impacto del COVID-19 [...] transformará lo que ya era una situación terrible en los países en vías de desarrollo en una sucesión

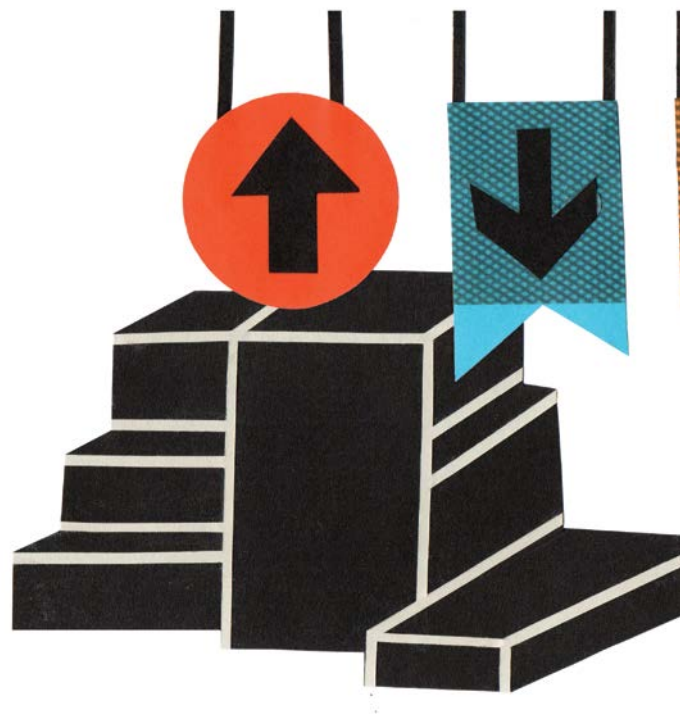
de *defaults* soberanos”. Estos países estaban siendo aplastados por el peso de la deuda con anterioridad al surgimiento de la pandemia. Por ejemplo, los países africanos gastan más en el servicio de la deuda que en salud. La crisis los fuerza a confrontarse, además, con el deterioro del comercio exterior, la caída de los precios (¡el petróleo!) y el reflujo de los capitales internacionales. Es cierto que el FMI ha decidido suspender tanto los pagos como los intereses de la deuda por este año y por el próximo. El Club de París, que reúne a los acreedores principales, ha tomado la misma resolución por este año sobre la deuda de los países africanos. Pero la UNCTAD tiene razón cuando señala que esta mera suspensión “parte del supuesto heroico de que el impacto del COVID-19 sobre las economías de los países en vías de desarrollo será corto y veloz, y que para 2021 se habrá recuperado la normalidad de los negocios”.

La caída de los precios de las materias primas y la reducción de las remesas afectarán principalmente a los países más pobres. Se prevé que la pandemia arrastre a 49 millones de personas a la extrema pobreza en 2020, provocando el aumento más alto de la tasa de pobreza mundial desde la crisis financiera de 1998. Probablemente la región más afectada sea la de África subsahariana.

En términos más generales, la reconstitución de las cadenas de valor globales también se verá limitada por la voluntad de muchos gobiernos de ayudar específicamente a sus empresas y de impulsar la relocalización de sus producciones. Sin dudas, estas tentativas serán en vano, pero sirven para ilustrar nuevamente la imbricación de la dimensión sanitaria de la crisis con su dimensión económica.

### Las cicatrices económicas de la crisis

El impacto inmediato de la crisis es un incremento espectacular del déficit público y, por lo tanto, un aumento de las deudas públicas, como consecuencia de la pérdida de recursos ligada a la baja de la actividad y a los gastos en asistencia para hogares y empresas. Toda la cuestión consiste en saber cómo será “absorbido” este gasto. En Europa, los gobiernos han sufrido las consecuencias de sus errores pasados y han aceptado la idea, prohibida hasta ahora, de



una “mutualización” de las deudas, es decir, de una emisión de deuda común. Pero esto no puede durar y será necesario volver a la ortodoxia fiscal. Los mismos países que hacia adentro consienten en caminar juntos con el objetivo de saldar sus deudas, aun si lo hacen arrastrando los pies, se lanzarán afuera a una competencia exacerbada por la conquista de nuevas posiciones en el mercado, o por la conservación de sus posiciones actuales. Esta competencia bien podría combinarse con una tendencia al proteccionismo, que invoque la necesidad de recuperar una soberanía puesta en entredicho por la globalización.

Existe además otra deuda, la de las empresas, que ya había alcanzado antes de la pandemia un nivel superior al 110% del PIB en la zona euro, es decir, un nivel mayor que el de la deuda pública. Por otro lado, la curva crece de forma escalonada: cada aumento del endeudamiento (por ejemplo, el que se produjo durante la crisis de 2008) es seguido de un período de desendeudamiento. Luego la curva vuelve a subir, etc. Puede proyectarse fácilmente esta evolución: la crisis del coronavirus conducirá a las empresas a buscar el desendeudamiento, limitando los salarios y retrasando la inversión (aunque, sin dudas, no los dividendos, puesto que es necesario tranquilizar a los accionistas).

Se prevé que la pandemia arrastre a 49 millones de personas a la extrema pobreza en 2020, provocando el aumento más alto de la tasa de pobreza mundial desde la crisis financiera de 1998.



Entre los obstáculos que se oponen a una recuperación rápida, deberían mencionarse también la deformación de la estructura sectorial de la demanda en detrimento de los bienes industriales, los stocks que deben ser liquidados y las pérdidas de productividad del trabajo, para no hablar del riesgo de una eventual reactivación de la austeridad fiscal. Todos estos efectos no desaparecen de un día para el otro gracias a la recuperación, sino que contribuyen más bien a frenarla. Para resumir:

- las empresas, endeudadas y con perspectivas inciertas, dudarán en invertir y buscarán reducir los empleos y los salarios;
- los hogares, empobrecidos o preocupados, reducirán su consumo, privilegiarán el ahorro precautorio, o pospondrán la compra de bienes duraderos;
- los Estados terminarán buscando formas para “sanear” las finanzas públicas;
- las cadenas de valor están desorganizadas y el comercio internacional se desacelerará;
- los países emergentes, impactados por la salida de capitales y por la baja de los precios de las materias primas, contribuirán a la retracción de la economía mundial.

### Recuperación “en V”: recuperación neoliberal

Aunque pueden apreciarse diferencias considerables entre los distintos países, por el momento los poderosos parecen dispuestos a comprometerse en lo que consideran como concesiones. Asimismo, toda una serie de dogmas ha sido abandonada. Podría pensarse que se han reunido las condiciones para un cambio de trayectoria, para una bifurcación. Esto es en parte cierto, pero un nuevo modelo de desarrollo no nacerá por generación espontánea. Es necesario repetir esta obviedad: el capitalismo es un sistema económico, pero también es una relación social. Dicho de otra manera, el capitalismo funciona en beneficio de un estrato social reducido. Corregir su funcionamiento actual no solo implicaría poner en cuestión los mecanismos propiamente económicos, sino también atacar, en última instancia, los privilegios de las clases dominantes.

Es fácil prever entonces que el capitalismo ofrecerá resistencia. Resistirá a la revalorización de los salarios, a la regulación del mercado de trabajo y a las restricciones que se le impongan para proteger el medioambiente: todo sea por restablecer la tasa de ganancia. Resistirá también a las relocalizaciones, puesto que la ganancia de las multinacionales depende de la explotación de la mano de obra de los países periféricos y de la explotación de sus recursos naturales.

La cuestión del empleo será esencial y contribuirá a definir la relación de fuerzas. Los poderosos harán todo lo posible para garantizar que se vuelva rápidamente a la normalidad de los negocios y, por lo tanto, para convencer a los trabajadores de que su suerte está atada a la del sistema, de que la recuperación de la actividad es la condición para la recuperación del empleo. De esta manera, la crisis será una nueva oportunidad para hacer retroceder los derechos de los trabajadores. Y si la argumentación no basta, la extorsión laboral, que ya comenzó, hará el resto.

De manera general, puede decirse que un primer momento servirá para dejar en claro que todas las medidas excepcionales tomadas en medio de la tormenta eran provisorias. No hay que ser ingenuo: la adopción incongruente de medidas heterodoxas tendrá sus reveses. Durante algún tiempo, se hará cualquier cosa



---

## Habrá ciertamente una recuperación “en V”, pero será sobre todo la recuperación de las políticas neoliberales.

---

para colmar el agujero, y por eso mismo hay que prepararse para una reacción, cuyas medidas conllevarán un nivel de violencia equivalente a las renunciadas que el capitalismo se vio forzado a aceptar. A riesgo de atribuirle una personalidad, puede decirse que el capitalismo querrá “vengarse” de todos los males que se le obligó a sufrir. Habrá ciertamente una recuperación “en V”, pero será sobre todo la recuperación de las políticas neoliberales.

### Tres ejes de resistencia

Incluso antes de la crisis, el aumento de las deudas públicas era en buena medida una consecuencia de la autorreducción de los ingresos fiscales que se impusieron los Estados. Esta constatación es lo que hay que tener en mente para intentar revertir decenios de contrarreformas fiscales y reintroducir en su justa medida impuestos sobre el capital, sobre las ganancias y los dividendos de las grandes empresas y sobre los altos ingresos. Las circunstancias requieren una reforma fiscal duradera que permita absorber el impacto de la crisis y que contribuya a una bifurcación social y ecológica. Es un tema que se ha planteado enérgicamente en Estados Unidos con el proyecto de Green New Deal, que tiene el gran mérito de vincular la cuestión social (la *job guarantee*) y la lucha contra el cambio climático.

Es evidente que en el caso de Europa lo ideal sería realizar esta reforma a nivel regional, con el fin de evitar las fugas de capital y el *dumping* fiscal. Pero, en cualquier caso, debe afirmarse la necesidad y el derecho de que cada Estado comience a implementar reformas de este tipo, dando la batalla en simultáneo para que se extiendan a la mayor cantidad de países posible. Sin dudas, es útil promover medidas fuertes y sintéticas, como el restablecimiento del ISF (Impuesto a las grandes fortunas, por sus siglas en francés) en Francia, o la “Tasa COVID” que ha sido propuesta por un colectivo europeo.

La cuestión de la deuda tiene una importancia toda-

vía mayor para los países del Sur global: “la devastación que puede provocar [la pandemia], a menos que se adopten medidas decisivas, debería ser un motivo suficiente para que la comunidad internacional se oriente finalmente hacia un marco coherente e integral para lidiar con las deudas soberanas insostenibles”. Este solemne llamado a la anulación de las deudas insostenibles no proviene de ninguna organización altermundialista, sino que está tomado del documento de la UNCTAD que citamos antes.

Detrás de los debates técnicos sobre la deuda pública, hay cuestiones eminentemente políticas que tienen que ver con las relaciones de dominación imperialistas, con la coordinación de las políticas económicas y su imbricación con la estrategia de las empresas multinacionales. En Europa, por ejemplo, la alternativa es la siguiente: o bien cada país se las arregla solo con sus problemas, o bien se pone en marcha una mayor integración con ocasión de esta crisis. Está claro que esta última es una solución más racional frente a una pandemia que no conoce fronteras. Pero, tal como hemos dicho, corremos el riesgo de que suceda todo lo contrario, y que se produzca el repliegue sobre unos supuestos intereses nacionales, de la mano de movimientos políticos de tipo soberanista. Sin embargo, esto implicaría una divergencia creciente entre los distintos países de la Unión Europea, que tendería a someter a los países del sur a una relación de vasallaje, siguiendo el ejemplo de Grecia. A su vez, una situación de este tipo podría producir el estallido de la zona euro, lo que probablemente implicaría una catástrofe para todos.

Un segundo desafío está planteado por la relación con el “mercado”, es decir, con las potencias financieras y económicas. Toda la construcción europea se basó en la sumisión a este “mercado” al que es necesario “tranquilizar” permanentemente, sobre todo cuando se trata de la deuda pública y de cuestiones de materia fiscal. Por otra parte, la carga de la deuda priva a los Estados de unos recursos fiscales que se vuelven cada vez más necesarios para hacer frente a la crisis sanitaria. Por lo menos, esta situación tiene el mérito

de plantear en términos bien concretos una cuestión fundamental: los Estados deberían poder implementar las políticas públicas que consideren necesarias para producir “bienes comunes”, como la salud, sin tener que rendir cuentas al mercado, que no es más que el representante de intereses privados.

Por último, la condicionalidad debería ser una exigencia esencial. Mariana Mazzucato, una economista que milita a favor de la rehabilitación de la intervención pública, ha insistido con razón sobre este punto: esta vez, dice ella, “las medidas de salvataje deben estar sujetas de manera absoluta a determinadas condiciones. En la medida en que el Estado empiece a jugar nuevamente un rol importante, debe ser considerado más como un héroe que como un bobo (*patsy*). Esto implica brindar soluciones inmediatas, pero estas deben ser concebidas de manera tal que sirvan a largo plazo al interés público. Por ejemplo [...], a las empresas beneficiarias de un plan de salvataje debe exigírseles que protejan a sus trabajadores y asegurarse de que, una vez que la crisis haya pasado, invertirán en la creación de nuevos puestos de trabajo y en el mejoramiento de las condiciones laborales”. Esto no es nada fácil, sobre todo cuando se observa en Francia cómo las grandes empresas que reciben asistencia de fondos públicos se apresuran a implementar planes de despido e indemnización.

La salida de la crisis podría ser una buena oportunidad para fundar la reactivación económica sobre las inversiones (y los empleos) necesarios para luchar contra el cambio climático. Pero se corre el riesgo de que la deuda engendrada por la gestión de la crisis sanitaria sirva de excusa para posponer nuevamente el gasto que una política de este tipo implicaría.

En términos generales, el período abierto por la crisis estará caracterizado por un choque frontal entre las aspiraciones de una economía orientada hacia el bienestar de las poblaciones y los dogmas de la economía dominante. Detrás de los llamados al esfuerzo y a las restricciones, se perfilan, como siempre, los intereses de los ricos que buscarán legitimar su egoísmo y su codicia invocando el interés nacional. Esta es la razón por la cual las previsiones económicas son imposibles durante los períodos de agitación social. Esta es también la razón por la cual la forma en que se salga de la crisis dependerá del resultado de las confrontaciones sociales y políticas. ●

La forma en que se salga de la crisis dependerá del resultado de las confrontaciones sociales y políticas.

TEXTO  
AU LOONG-YU

TRADUCCIÓN  
VALENTÍN HUARTE

# No es nuestra lucha

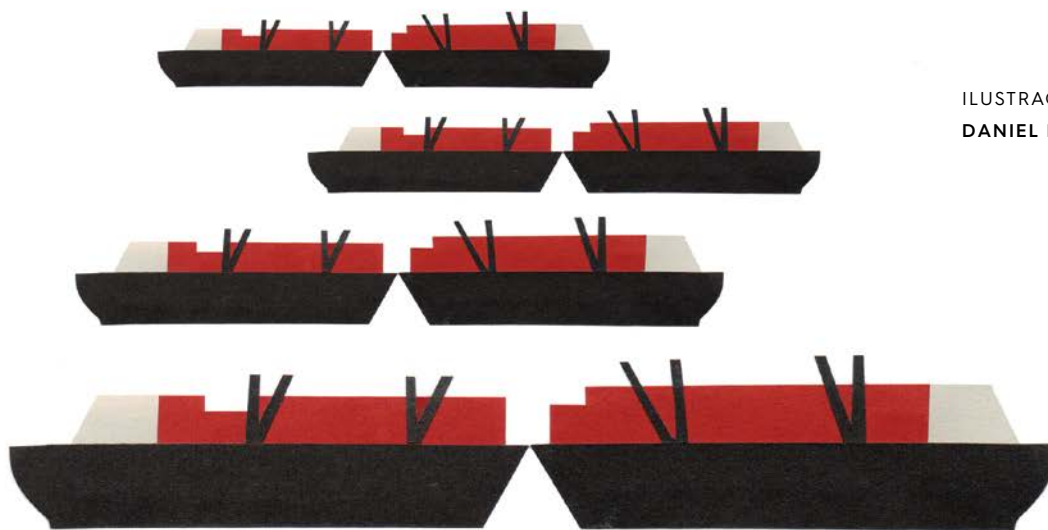


ILUSTRACIÓN  
DANIEL ROLDAN



## **En solo cuatro décadas, China ha logrado una transformación sin precedentes, al punto de convertirse en la principal contendiente de la hegemonía norteamericana. Pero esta disputa imperialista por el predominio geopolítico no es una batalla de la clase trabajadora.**

### **Un país transformado**

El hecho de que China haya sido capaz de completar su transformación en tan solo cuatro décadas –pasando de ser un país con una población mayoritariamente campesina en los años ochenta a uno altamente industrializado, donde casi el 60% de las personas vive y trabaja en las ciudades– es, cuando menos, un logro espectacular. Dada la forma que adoptó la revolución del PCCh, este ha sido capaz de mantener un control total sobre toda la sociedad desde 1949 al tiempo que se entregaba obsesivamente a la “modernización”. Esto ha tenido efectos contradictorios. Cuando las políticas de crecimiento fueron por el camino equivocado, se produjeron con frecuencia megacatóstrofes (como el Gran Salto Adelante). Por el contrario, cuando se eligió un camino más adecuado –adecuado en el sentido de servir a los intereses a largo plazo de las élites–, se logró movilizar al país de forma más eficiente.

Basta echar un vistazo a lo sucedido con las inversiones. Superando a veces el 40% del PIB, fueron estos niveles inusuales los que hicieron posible el ascenso de China como una enorme potencia manufacturera. ¿De dónde viene tal inversión? Principalmente del Estado. Aunque el sector privado también contribuye, es sin dudas el Estado el que toma la delantera al invertir en industrias clave y en infraestructura, lo que genera un efecto dominó que se expande por toda la economía. Pero la fuerza del partido-Estado chino no es algo fácilmente imitable por otros países. Esto sin mencionar el hecho de que se trata de una estructura que se ha construido a expensas del pueblo trabajador y que, por lo tanto, imitarla no sería en absoluto algo deseable.

Un segundo factor que explica el crecimiento meteórico del país es su tamaño físico, tanto en términos de

territorio como de población. Este factor, supervisado por “la dirección del partido”, permitió a Beijing completar una primera fase de industrialización entre 1949 y 1979. Desde 1980, la expansión mercantil permitió que este enorme país se convierta en un mercado doméstico gigante. A partir de 1979, empezó una segunda fase de industrialización.

Un tercer factor que está en juego es la apertura de China al capital extranjero. Atraer capital extranjero hubiese sido imposible si China no hubiese contado con los valiosos servicios que le proveyeron Hong Kong y Taiwán. Y esto empezó en 1979, cuando Deng decidió reconciliarse con el imperialismo occidental. Las regiones altamente desarrolladas de Hong Kong y Taiwán proveyeron a Beijing de capital, habilidades de gestión, vínculos con el mercado mundial y tecnología.

Sin embargo, desde 2008, las ventajas de las que goza China se están agotando. Las tasas de inversión anormalmente altas deprimen necesariamente los salarios reales y, consecuentemente, el consumo interno. Mientras que el estándar internacional de consumo interno representa alrededor del 60-70% del PIB de un país, en China siempre ha representado una porción menor, promediando el 50% entre 1952 y 2019. Lo más inquietante es que desde 2000 ha caído de forma continua, de un 47,7% a un 34,6% en 2010, y desde entonces apenas se ha elevado: en 2019 alcanzó el 38,8%. La disminución de la participación de la demanda doméstica tiene como consecuencia un proceso de sobreproducción y de sobreinversión sin fin, lo que hace que el crecimiento económico sea cada vez más improbable. El régimen ha entendido hace mucho el peligro que esto conlleva y, durante casi una década, ha estado convocando a una reforma estructural para controlar los desequilibrios. No obstante, ha fracasado miserablemente en esta tarea.

---

**Desde 2008, las ventajas de las que goza China se están agotando.**

---

Por detrás de esta dinámica debe ubicarse un problema central: la decadencia generalizada de la burocracia del partido. Para corregir los errores serían necesarios una redistribución de la riqueza y un incremento significativo de los ingresos del pueblo trabajador, que le permitiera comprar lo que se produce en la economía doméstica. Pero estas medidas son ferozmente resistidas por las autoridades del partido, dado que no representan sus intereses. El principal incentivo del PCCh para fomentar la “modernización” es el rédito propio (cuanto más invierten, más riqueza acumulan a través de salarios generosos, sobornos, etc.). Dado que no existe ningún control sobre su poderío, las autoridades del partido se embarcan con frecuencia en proyectos monumentales e inútiles —como las infames “ciudades fantasma”— y la inversión inmobiliaria del Estado excede en mucho a la demanda efectiva. El crecimiento canceroso de la sobreinversión ha alcanzado tales niveles que se ha vuelto cada vez más dañino para la economía. A su vez, condujo a las autoridades del partido a buscar una solución alternativa a la distribución de la riqueza: exportar el capital excedente. De aquí el proyecto de la Nueva Ruta de la Seda. Lo único que se logra con este proyecto es exportar el problema doméstico de China a todo el mundo, y esto ya le hizo perder el apoyo de muchos países.

En resumen, los factores básicos que posibilitaron el ascenso de China al poder se han convertido ahora en sus antítesis, o bien han agotado su utilidad.

### **Alerta de colisión**

En lo que concierne a China, los viejos debates acerca de la hegemonía mundial requieren una drástica actualización. Dos décadas atrás, cuando la izquierda occidental discutía vigorosamente los problemas de la hegemonía mundial, no era del todo consciente de que China estaba en ascenso. Recuerdo haber leído un debate entre Alex Callinicos y Leo Panitch al respecto



en 2006, año en el que la inversión extranjera directa (FDI, por sus siglas en inglés) de China se disparó hasta alcanzar niveles diez veces superiores a los de 1996. El impacto que tiene la economía China a nivel mundial es cada vez mayor. Hace cinco años que China conquistó las siguientes posiciones:

- Es la segunda economía más grande del mundo.
- Es la mayor potencia mundial en el comercio de mercancías.
- Tiene la manufactura más grande del mundo.
- Es el segundo país en la recepción de FDI a nivel mundial y la quinta economía con mayor FDI en el extranjero.
- Es el país con mayores reservas de divisa internacional.
- Es el mayor tenedor de bonos del Tesoro norteamericano.
- Es el mayor consumidor de energía total, dependiendo de las importaciones más de la mitad del consumo doméstico.
- Tiene el mayor número de personas multimillonarias.

Una presencia económica global tan poderosa ha requerido que Beijing lance campañas internacionales —políticas, diplomáticas y militares— para protegerse de sus competidores (que son muchos). Naturalmente, esto la posiciona en rumbo de colisión con los EE. UU.



Con un poder tan grande en sus manos, es difícil imaginar que esté dispuesto a ocupar por siempre un lugar secundario en el mundo.

Estados Unidos toleró el capitalismo altamente autoritario de China mientras solo era capaz de exportar productos de baja gama. Las élites norteamericanas recibieron con los brazos abiertos al capitalismo no liberal —aun luego de la masacre de Tiananmén— en tanto éste fue incapaz de acumular grandes sumas de dinero. Pero cuando el potencial chino comenzó a ser notorio, esto cambió. El éxito de China reside en la naturaleza estatal de su capitalismo. Comprometido completamente con la industrialización a toda costa, es capaz de invertir enormes cantidades de dinero para actualizar su tecnología y su capacidad de innovación tecnológica. Cuando la élite de EE. UU. entró en razón, ya era demasiado tarde. El “giro hacia el este” fue anunciado en 2011 por la entonces Secretaria de Estado Hillary Clinton. China respondió, a su vez, con una política más agresiva en el mar de la China Meridional. Fue el comienzo de un círculo vicioso de ataques y contraataques. Los discursos recientes del vicepresidente Pence y del Secretario de Estado Pompeo confirman que existe una rivalidad interimperialista. Pero esta vez, en lugar de venir de los viejos países imperialistas, el nuevo desafío a los Estados Unidos llega desde China.

## Cosecharás tu siembra

El historiador Niall Ferguson, quien es conocido por haber postulado la inevitable simbiosis económica entre EE. UU. y China (“*Chimerica*”), argumenta en un artículo reciente que la nueva Guerra Fría es “tan inevitable como deseable”. Afirma, además, que quienes argumentan en favor de una posición intermedia o de una combinación de “asociación y rivalidad” entre EE. UU. y China “pasan por alto la posibilidad de que China no tenga ningún interés en ser *amiene-migos* [*frenemies*]. Las autoridades chinas saben bien que se trata de una Guerra Fría porque fueron ellas quienes la iniciaron”.

Entre los sectores dominantes de la política exterior norteamericana existen dos tendencias principales: los “*panda huggers*” [abrazadores de pandas] y los “*dragon slayers*” [cazadores de dragones]. Detrás de esta división se encuentran las tres escuelas principales de política exterior: internacionalistas liberales, realistas y socialconstructivistas. Los “abrazadores de pandas” fueron dominantes durante las últimas décadas, tanto entre las élites políticas como en la academia. Mientras el internacionalismo liberal pensó que el comercio democratizaría China, quienes adhieren al realismo, por el contrario, argumentaron que incluso si China tenía sus propios motivos y ambiciones para desafiar a EE. UU., todavía era demasiado débil como para hacerlo. El constructivismo social cree que las relaciones internacionales son el resultado de ideas, valores e interacciones sociales y, al igual que el liberalismo, piensa que el compromiso económico y social transformará a China porque sus élites son flexibles y podrían eventualmente reconsiderar sus propios valores autocráticos.

El ascenso chino hizo entrar en crisis a todas las escuelas optimistas (sus predicciones se probaron erradas). China se ha convertido en una potencia en ascenso que no solo está alcanzando a Estados Unidos, sino que está empezando a desafiarlo. Las posiciones pesimistas ganan terreno en los círculos donde se define la política exterior norteamericana. El pesimismo liberal cree ahora que el nacionalismo chino es mucho más fuerte que la influencia positiva del comercio y de la inversión. El pesimismo realista cree que China se está fortaleciendo rápidamente y que nunca se sentará a negociar sobre Taiwán. El pesimismo socialconstructivista cree ahora que los valores de China son demasiado rígidos y que se rehusará a cambiar.

---

## Las clases empresarias temían más a la clase obrera que al partido.

---

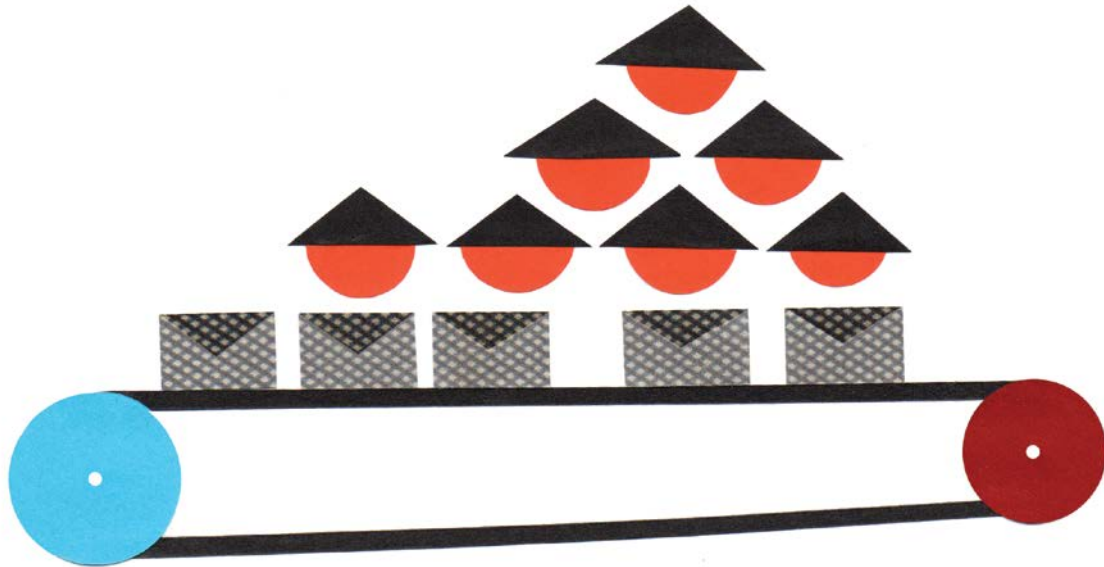
Lo que está claramente ausente en estos debates es un análisis de clase. En primer lugar, ¿por qué el crecimiento del comercio internacional sería suficiente para convencer a la élite gobernante de China de que abandone su dominio sobre el poder cultural, económico y político, que ha servido tan bien a sus intereses? Desde su punto de vista, el comercio internacional es solo una herramienta para aumentar sus privilegios, nunca para debilitarlos. Parece más razonable que la “segunda generación roja”, que ahora constituye el núcleo de la élite gobernante, apueste a aferrarse a su posición por cientos de años. ¿Por qué debería permitir elecciones competitivas, por más limitadas que sean, si estás podrían hacer peligrar su poderío?

No quedan dudas acerca de las agresivas ambiciones expansionistas de la “segunda generación roja”. Pero, ¿por qué un número tan pequeño de personas en el partido no enfrenta ningún tipo de obstáculo, ni al interior de este ni a lo largo y ancho del país? En la actualidad, el sector privado da cuenta de la mitad del PIB de China. Las clases empresarias del sector privado y las capas más altas de las clases medias están compuestas por cientos de millones de personas, que poseen cientos de millones de dólares. ¿Por qué no han sido capaces de resistir abiertamente a los abusos a los que Xi Jinping las sometió desde que tomó el poder? Su ofensiva contra el imperio estadounidense no sirve a sus intereses. ¿Por qué es tan impotente este sector?

Bajo el riesgo de caer en una simplificación excesiva, sostendré que esto es así porque sus intereses también tienen raíces profundas en el partido-Estado. Estas clases renacieron gracias a las políticas del PCCh. Por sobre todas las cosas, el renacimiento de la clase empresaria en los años ochenta tuvo que enfrentar inmediatamente a una clase obrera compuesta por 200 millones de personas, tanto en los sectores estatales como en los de la economía colectiva, que habían gozado de seguridad laboral y de pensiones (algo que se presentaba como un obstáculo para la “reforma del mercado” que la clase empresaria y los estratos más altos de la clase media deseaban implementar). El empresariado se entusiasmó en su alianza con el Estado para aplastar el “cuenco de arroz hecho de hierro” (es decir, la seguridad laboral) y contempló con alegría cómo se desplazaba a quienes trabajaban en el sector público para dar lugar a 250 millones de migrantes rurales con escasa conciencia de sus derechos laborales. Hubiese sido imposible sostener el régimen fabril tipo cuartel por más de un día sin el poder despótico del PCCh sobre la población. De aquí la dependencia de las clases empresarias del partido-Estado: temían más a la clase obrera que al partido.

Las fuerzas combinadas de la burocracia estatal y del empresariado del sector privado buscaron prevenir que la populosa clase trabajadora china (350 millones de personas) desarrollara un movimiento obrero de masas. El análisis político de izquierda considera que la clase trabajadora urbana es una clase democrática y en muchas partes del mundo ha sido la principal impulsora de procesos de democratización. En China, la clase trabajadora no muestra signos de estar cumpliendo ese rol. El Estado monolítico parece haber conseguido librarse de un temible enemigo potencial, al menos por el momento.

Mientras tanto, el partido-Estado sigue siendo la única fuerza organizada en todo el país (y tiene un enorme potencial militar). Pero ahora empezamos a descubrir que podría estar preocupándose cada vez menos por las clases empresarias del sector privado. El partido-Estado se ha vuelto tan poderoso que ha decidido que, luego de un período de lento crecimiento y guerra comercial con Estados Unidos, puede prescindir de su antigua aliada la burguesía privada. Y esta última no tiene a quién acudir para pedir ayuda.



A medida que crece su autoconfianza, Beijing decidió que su vieja y moderada estrategia de cooperación con el imperialismo occidental ha quedado obsoleta. Está preparada para la ofensiva. Desde 2012, Beijing se involucró en tres batallas contra EE. UU. Mientras que la guerra comercial fue una imposición de Trump, la disputa en el mar de la China Meridional fue iniciativa de Beijing. Sin embargo, el derecho a la línea de los nueve puntos no puede ser justificado (Beijing ni siquiera es capaz de establecer la longitud y latitud de la línea cuando reclama el territorio como propio). La tercera batalla se localiza en Hong Kong, y es de naturaleza completamente reaccionaria.

Estos factores domésticos facilitaron las intenciones de la élite gobernante china de confrontar con los Estados Unidos. Pero la actual disputa entre ambos deja en las sombras la complicidad del imperialismo occidental y el rol que desempeñaron los EE. UU. para fomentar el ascenso de su actual enemigo. Desde el principio, el ascenso del PCCh hubiese sido imposible sin la ayuda de las potencias occidentales (con EE. UU. a la cabeza). Estados Unidos es cómplice del gobierno autoritario chino y de su régimen de explotación laboral. Desde 1989, los ataques verbales a China han sido una constante durante sucesivas campañas electorales. Pero una vez en el poder, todas las gestiones han visto con buenos ojos el “compromiso” permitiendo a Beijing acumular grandes cantidades de reservas de divisa extranjera que facilitaron la expansión global de China. Estados Unidos está co-

sechando los amargos frutos cuyas semillas ayudó a sembrar.

### Un Estado premoderno contra una pandemia moderna

Tanto Beijing como Washington fracasaron miserablemente a la hora de gestionar la pandemia, aunque por motivos distintos. La reacción inicial de las autoridades de Wuhan a los reportes de casos durante diciembre de 2019 fue la represión. La todopoderosa burocracia china siempre ha sido reticente a llevar malas noticias al líder máximo del partido, especialmente durante las semanas previas a la fiesta de Año Nuevo. Las autoridades solo quieren escuchar las buenas noticias.

Esta es solo una de las manifestaciones de la cultura política imperial premoderna del PCCh. Irónicamente, este partido —que declara su compromiso con el “comunismo”— está profundamente influenciado por una cultura premoderna. En el XIX Congreso del PCCh, en 2017, Xi ya le había dicho al partido que se orientaría por el lema “transmisión de *nuestros genes rojos* y asunción de la importante tarea de fortalecer al Ejército”. Esta afirmación acerca de los “genes rojos” es solo el reflejo de la degeneración del PCCh en una aristocracia (la burocracia en general) y una autocracia (el líder máximo). Es necesario que el partido ajuste tuercas para garantizar su monopolio de poder por otro milenio. Pero esto está exacerbando



do la degeneración de la burocracia partidaria, cuya mejor manifestación se vio durante la pandemia de COVID-19.

El 7 de enero las noticias acerca de la pandemia llegaron a las máximas autoridades del partido y la respuesta de Xi fue que, a pesar de que se debían tomar medidas para prevenir un brote, el gobierno local “no debía causar pánico ni afectar la atmósfera festiva del Año Nuevo lunar”. La burocracia del partido entendió inmediatamente qué mensaje transmitir primero, y continuó promoviendo el festival mientras reprimía las noticias sobre la pandemia que se avecinaba. Gracias a estos eventos públicos el virus se propagó todavía más rápido. Tres días después, Xi Jinping dio sus “instrucciones”, según las cuales era necesario “dar una gran importancia a la epidemia y hacer lo que esté a nuestro alcance para prevenirla”. Solo después de que el líder máximo se pronunciara el gobierno comenzó a actuar, y Wuhan fue cerrada el 23 de enero. Sin embargo, para ese momento habían volado cinco millones de residentes de Wuhan que, junto a centenas de millones de pasajeros apurados por viajar a sus hogares para el festival, incrementaron la propagación todavía más.

Las razones por las que las autoridades de Wuhan no actuaron adecuadamente deben rastrearse en algunas características de la burocracia del PCCh. Una de estas es que lo que dicen las leyes no es tan importante como lo que piensan los superiores. Hay dos conjuntos de reglas en funcionamiento: uno es la ley propiamente dicha; el otro, lo que se define como “quianguize” o “reglas ocultas”. Este último conjunto es siempre el más importante. Promover o salvar la “cara” de quienes están por encima en la jerarquía constituye la regla oculta principal.

De forma creciente, estos rasgos premodernos atascan el funcionamiento mismo del partido. Para superarlos es necesario comprometerse en genuinas “reformas de modernización”: la selección de líderes por fuera de la burocracia; la separación del partido del Estado para crear un método de sucesión de poder más pacífico y eficiente; la renovación de la burocracia, reemplazando los mecanismos de lealtad personal absoluta, la gestión personalizada, las reglas ocultas, el clientelismo y la tendencia a formar una

nueva aristocracia, por una burocracia moderna y constitucionalista de tipo weberiano; una jerarquía que se base en reglas claras; la despersonalización; la racionalización; la meritocracia; etc.

Este es un programa de “occidentalización” liberal. Sin embargo, incluso la implementación de este programa moderado es imposible sin crisis y luchas políticas gigantescas, porque las autoridades con más poder no van a ceder sus privilegios sin resistir. Esto también explica su continua hostilidad hacia la idea de la “occidentalización”, aun si tal actitud se dirige principalmente contra las instituciones políticas. Apegarse a los viejos “métodos chinos” conlleva aceptar todos los males de un senil partido-Estado: las crisis de sucesión y las agudas luchas entre bandas y facciones, que hacen de esas luchas un juego de suma cero en el que todo el mundo está comprometido en una batalla a vida o muerte.

### Cerrando filas (pero con fisuras)

A pesar de que algunos sectores parecen cerrar filas, existen opiniones disidentes respecto de la guerra diplomática de “lobo guerrero” que lleva adelante Xi Jinping. Ha habido una corriente subterránea, disfrazada de debate académico. Recientemente esta voz se hizo escuchar cuando algunas personalidades del mundo académico comenzaron a criticar a Hu Angang, profesor de economía en la Universidad Tsinghua, a quien ubicaban como consejero de Xi en todo lo que respecta a los métodos para alcanzar la grandeza de la nación. Hu es bien conocido por argumentar que “China ya superó a Estados Unidos como líder mundial en términos de poder económico y tecnológico”.

Aunque no conocemos los grandes secretos del PCCh, existen muchas pistas que insinúan desacuerdos internos. En una entrevista con un canal de noticias *online* afiliado a Phoenix TV de febrero de 2018, Long Yongtu (antiguo funcionario que jugó un rol importante en el ingreso de China a la OMC) dijo que el punto de vista de Hu estaba errado y que no solo dañaría las relaciones políticas de China sino que confundiría a la población. No parece ser un hecho aislado. En agosto de 2018, Hu fue criticado en una carta abierta escrita por un grupo de estudiantes que egresó de la Univer-

---

**La actual disputa deja en las  
sombras la complicidad del  
imperialismo occidental y el rol  
que desempeñaron los EE. UU.  
para fomentar el ascenso de su  
actual enemigo.**

---

sidad Tsinghua, en la que se exhortaba a que la Universidad lo despidiera. La carta lo acusaba de utilizar “criterios arbitrarios” en su investigación en vías de exagerar la supuesta grandeza de China.

Antes de que Xi llegara al poder, el crecimiento del sector privado y una limitada liberalización académica ayudaron a que se formara una corriente liberal tanto al interior como alrededor de esta institución universitaria. Por consiguiente, hay dos tipos de dirigente en el partido, uno es el tipo burocrático de “sangre roja”, que llegó al poder debido a su apellido. El segundo tiene orígenes más humildes y solo tuvo éxito en el ascenso social gracias a la obtención de buenos resultados en los exámenes, al trabajo duro y a la suerte. Personas como el ex primer ministro Wen Jiabao pertenecen a la segunda categoría de líderes burocráticos, a quienes no les agradó la “línea de sangre roja”, y que hablaron sobre la necesidad de “derechos humanos universales”, en clara oposición al público desdén por este tipo de “valores occidentales” del que hace gala Xi. La ascendencia de la “línea de sangre roja” obviamente es un signo de alarma para quienes tienen orígenes más humildes, a la vez que establece una distinción todavía más visible entre los dos componentes de la burocracia.

Entonces, ¿por qué no puede el ala liberal adentro y afuera del partido resistir a la concentración del poder en manos de la “segunda generación roja”? No puede hacerlo porque refleja el debilitamiento de la

clase empresaria del sector privado. Quienes pertenecen a este grupo no quieren favorecer al Estado y buscan evitar quedar pegados a cualquier agenda política. Sin embargo, no hay que pensar por esto que los sectores liberales sean mejores. Desde los años noventa, nunca intentaron organizar a la clase trabajadora para luchar por la democracia. Su principal interés es la reforma económica, no la reforma política.

Existió, hasta cierto punto, un debate entre los sectores liberales y la “nueva izquierda” china. El debate mostró que los sectores liberales, además de tener un interés exclusivo en la reforma económica, eran más “neoliberales” que “liberales” dado que apoyaron a las tres olas de privatización. Su lema fue “la eficiencia por sobre la justicia”. Solo tiempo después empezaron a hablar de reforma política, aunque buena parte de sus reclamos se dirigía únicamente a la posibilidad de compartir el poder con la dictadura de partido único. Habiéndose separado completamente de la clase trabajadora, los sectores liberales siguen fragmentados. Por lo tanto, a medida que el Estado chino empieza a atacarlos, cuentan con muy pocos medios para resistir.

La versión de Xi Jinping sobre el “ascenso de China” no es, en absoluto, una bendición para el pueblo chino ni para el mundo. Su visión es, simplemente, la de un Estado hegemónico orwelliano con rasgos chinos. Su conflicto con el imperio estadounidense no es nuestra lucha. ●

# ¿Hacer vivir o hacer morir?

TEXTO  
SUSAN FERGUSON

TRADUCCIÓN  
VALENTÍN HUARTE

Capitalismo,  
reproducción social  
y COVID-19



ILUSTRACIÓN  
DANIEL ROLDÁN



**Existe una *dependencia reacia* del capitalismo respecto a la vida: el sistema, a la vez que privilegia la acumulación de capital por sobre los medios para “hacer vivir”, no podría prosperar sin reproducir la vida humana. La pandemia del COVID-19 trajo consigo un enorme aumento de la presión sobre las tareas reproductivas, dejando aún más expuesta tal contradicción.**

Tal como se ha señalado otras veces, el capital, literalmente, produce muerte. Las industrias “necrocapitalistas” se benefician de formas homicidas de comercio y de producción. La minería, el *fracking* y los gaseoductos provocan el desarraigo en las comunidades indígenas, envenenan y hambread al pueblo contaminando las reservas de agua potable, deforestando las tierras e imposibilitando la caza y la pesca. El complejo industrial militar produce armas, vehículos blindados, portaaviones, químicos y municiones como si fuesen salchichas, y los utiliza para diezmar comunidades enteras mientras transfiere millones de dólares a quienes tienen la propiedad sobre las acciones.

Y, como hemos aprendido ahora, el agronegocio capitalista también mata. Rob Wallace describe cómo la deforestación y el arado que se aplican en distintos ecosistemas para producir “monocultivos genéticos” (granos o animales con genotipos similares) hace que los suministros alimentarios capitalistas sean más vulnerables a los virus; luego, estos productos alimentarios son amontonados para la venta en mercados saturados de gente, lo cual permite que algunos virus que antes solo afectaban a los animales salvajes salten a los seres humanos y provoquen epidemias tales como el SARS, la gripe aviar y la actual pandemia de COVID-19.<sup>1</sup>

---

1. Rob Wallace, *Big Farms Make Big Flu: Dispatches on Infectious Disease, Agribusiness and the Nature of Science*, Monthly Review Press, 2016.

Pero esta forma de “hacer morir” no es una mera extensión de la lógica de la producción capitalista. También es

inherente a la lógica de la reproducción social del capitalismo. Hay una contradicción insoluble en el corazón del sistema: el capital debe transformar la fuerza de trabajo en una fuente de plusvalor y debe socavar su producción al mismo tiempo. Esto es así porque, tal como enfatiza la teoría de la reproducción social (SRT, por sus siglas en inglés), la producción de fuerza de trabajo es inseparable de la reproducción social de los seres humanos. Y la reproducción social de los seres humanos no solo representa un costo para el capital, sino que se realiza en gran medida por fuera de los ámbitos en los que este tiene incidencia directa (hogares privados, comunidades e instituciones públicas).

La contradicción entre generar capital y hacer vivir siempre ha sido más evidente en las comunidades subalternas y en su lucha diaria por la supervivencia. Sin embargo, la pandemia vuelve todavía más visible esta lógica. Los titulares de los diarios nos muestran cómo, en todos los países, las clases dominantes están presionando para “reabrir la economía” sin considerar las amenazas potenciales a la vida humana y al bienestar que esto representa. A pesar de que casi todos los Estados han tomado más responsabilidades para asegurarse de que el virus no comprometa la reproducción social en sus poblaciones, hay que decir que algunos se movieron de forma más rápida y concienzuda que otros. Por ejemplo, Corea del Sur y Taiwán actuaron rápida y decisivamente para imponer confinamientos estrictos, organizar testeos masivos, rastrear contactos estrechos, reforzar el sistema de salud pública, ofrecer grandes estímulos a la economía e implementar políticas de asistencia al ingreso.

---

**La reproducción social no solo representa un costo para el capital, sino que se realiza en gran medida por fuera de los ámbitos en los que este tiene una incidencia directa.**

---

Por el contrario, en el Reino Unido, Estados Unidos, Brasil y México (para nombrar solo algunos de los casos más atroces) la respuesta de los gobiernos se retrasó y fue bastante inconsistente.

Pero ningún gobierno ha sido capaz de priorizar completamente el cuidado de la vida por sobre la reanimación del crecimiento económico. Esto es así porque, en tanto pilotos de los Estados capitalistas, los líderes políticos deben prestar atención al poderoso impulso del sistema que los fuerza a degradar y drenar los recursos necesarios para reproducir socialmente la vida humana. Y, tal como dejan en claro las estadísticas, lo hacen recurriendo al racismo, al colonialismo, al sexismo y a otras opresiones sociales existentes, reforzándolas en el mismo movimiento.

### **La SRT y el “hacer vivir” capitalista**

La SRT destaca el hecho de que el capitalismo necesita de los trabajadores y de las trabajadoras cuya fuerza de trabajo explota. Sin embargo, el capitalismo no controla directamente la provisión de trabajadores y trabajadoras. Es decir, las personas no se reproducen de forma capitalista: no se producen bebés para la venta como si se tratara de mercancías. Sin embargo, es cierto que la reproducción humana está parcialmente mercantilizada. Los negocios efectivamente venden muchos de los servicios que necesitamos para sobrevivir, tales como el cuidado infantil, la preparación de comidas, la limpieza de los hogares, la salud

y la educación. Pero el capitalismo todavía no ha encontrado la forma de mercantilizar la reproducción humana a gran escala de manera tal que sea rentable.

Por el contrario, se apoya abrumadoramente sobre el trabajo individual no remunerado y/o precario que se realiza en los hogares y en las instituciones públicas y sin fines de lucro para regenerar la fuerza de trabajo cotidianamente a lo largo de las generaciones. Sin embargo, al mismo tiempo, el sistema socava las habilidades de reproducción social propias de las personas. En primer lugar, priva a la gente del acceso a la tierra y a otros recursos que podrían permitirle sostener sus vidas, forzándola a que venda su fuerza de trabajo al capital para sobrevivir. Y, en segundo lugar, la presión capitalista para acrecentar continuamente la tasa de ganancia hace que la clase dominante suprima cada vez más los salarios y los servicios financiados públicamente a través de los cuales los trabajadores y las trabajadoras deben procurarse la subsistencia.

Puesto en términos sencillos, la SRT destaca y explora la contradicción entre la generación de capital y el “hacer vivir”: lo que es bueno para el capital es malo para la vida, mientras que lo que es bueno para la vida es malo para el capital. Es una contradicción peculiarmente tenaz puesto que, para que el capitalismo prospere como sistema, ninguno de los extremos de esta ecuación debe volverse dominante. No habría capitalismo sin capital pero, al mismo tiempo, no habría capitalismo sin vida humana. Por lo tanto, mientras el sistema presiona constantemente para usurpar y reducir los medios para “hacer vivir”, debe sostener al mismo tiempo la vida. A esto se refiere adecuadamente Tithi Bhattacharya cuando habla de la “dependencia reacia” que el capitalismo tiene de la vida y, por extensión, de quienes producen la vida: los trabajadores y las trabajadoras de la reproducción social.

Es cierto que una parte del trabajo reproductivo está mercantilizada, pero otra gran parte no lo está. Al considerar todo el trabajo que conlleva el sostenimiento del capitalismo, y no solo el trabajo remunerado que produce directamente el valor capitalista, la SRT extiende y reelabora los análisis convencionales del materialismo histórico. En 1970, las feministas marxistas desarrollaron este enfoque centrándose casi exclusivamente sobre la dimensión del género en el marco del trabajo doméstico no

## El capitalismo desfinancia y deshumaniza la reproducción social de trabajadores y trabajadoras apoyándose y reforzando las opresiones sociales.



remunerado<sup>2</sup>. De forma errónea, tendieron a situar la opresión de las mujeres en la naturaleza de dicho trabajo, y no lograron dar cuenta de las múltiples experiencias de aquellas mujeres. Como resultado, ignoraron en gran medida la manera en la que otras formas de opresión vuelven más complejo el análisis del trabajo social reproductivo.

Sin embargo, en la última década, algunas feministas marxistas abordaron estas críticas. Propusieron que el trabajo social reproductivo debe ser entendido en términos amplios como el trabajo remunerado y no remunerado realizado, en gran medida –aunque no exclusivamente–, por mujeres y personas racializadas; un trabajo que se desarrolla en el marco de los

hogares, de las comunidades, de los hospitales, de las escuelas, de las residencias de ancianos, de los centros de detención de migrantes, etc.<sup>3</sup> Y, de forma más significativa, desplazaron el enfoque analítico desde la naturaleza específica del trabajo hacia las relaciones que lo organizan. Es decir, la naturaleza específicamente capitalista de la opresión social

no está en lavar los platos o en enseñar matemáticas a los niños y las niñas, por más escasos que sean los recursos para hacerlo y por más frustrantes que puedan ser estas experiencias. En cambio, es el resultado de la división impuesta por el capitalismo entre el trabajo que produce mercancías (y consecuentemente, ganancia) y el trabajo que hace vivir (y que, por lo tanto, a pesar de ser esencial, representa una pérdida desde el punto de vista de la ganancia).

Esta ampliación de la definición del trabajo social reproductivo, junto con el cambio de enfoque, lleva a que las feministas marxistas hoy exploren no solo las relaciones patriarcales de género que organizan los hogares privados, sino también las jerarquías raciales, cis-heterosexistas y coloniales, que organizan la reproducción social a nivel del Estado, de la comunidad y de los hogares. Intentan mostrar cómo la “dependencia reacia” que el capital tiene de la vida, y de quienes “hacen vivir”, se manifiesta en su tendencia a diferenciar las vidas, de manera que cueste menos reproducir

2. Véase, por ejemplo, Sheila Rowbotham, *Women's Consciousness, Man's World*, Harmondsworth, 1973. Para tener una perspectiva general del movimiento internacional *Wages for Housework*, véase Louise Toupin, *Wages for Housework: A History of the International Feminist Movement, 1972-1977*, University of British Columbia Press, 2014. Para una crítica contemporánea, véase Angela Davis, *Woman, Race and Class*, Vintage, 1981.

3. Véase, por ejemplo, Tithi Bhattacharya, ed., *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Oppression*, Pluto Press, 2017; Susan Ferguson, Genevieve LeBaron, Angela Dimitrakaki, and Sara R. Farris, eds., *Symposium on Social Reproduction, Historical Materialism 24(2)*, 2016; Isabella Bakker and Stephen Gil, eds., *Special Issue, Rethinking Power, Production and Social Reproduction: Toward Variegated Social Reproduction, Capital & Class 43(4)*, December 2019.

algunas (en el marco de condiciones precarias, con menos recursos) que otras, y haciendo que alguna gente sea más vulnerable que otra a la violencia y a la muerte. Al insistir en que todo el rango de opresiones sociales está involucrado en el sostenimiento de las formas capitalistas de reproducción social, la SRT explica por qué la resistencia a las opresiones sociales es fundamental y esencial para desarrollar un movimiento anticapitalista que apunte a crear un mundo socialista, un mundo mejor.

### COVID-19 y “hacer vivir” desigual

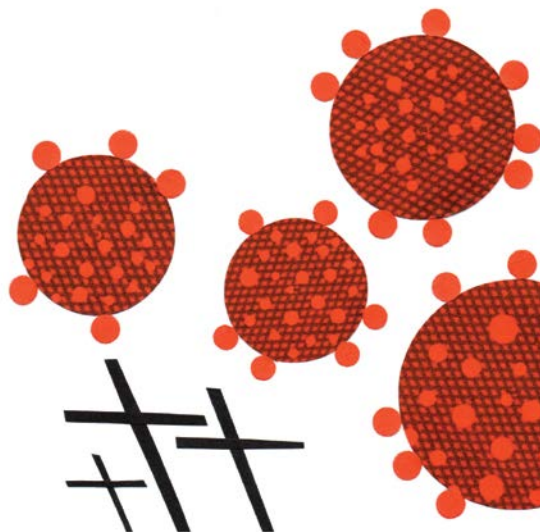
Con el ataque del COVID-19 el mundo está siendo testigo de lo imposible que le está resultando al capitalismo normal encontrar una forma de salir de la pandemia. En la mayoría de los países hemos visto una intervención estatal extraordinaria en la economía. Las autoridades políticas cierran los negocios, ordenan a los trabajadores y a las trabajadoras “no esenciales” que permanezcan en sus hogares e intervienen para dirigir de forma centralizada la producción y la distribución de comida, de equipamientos de protección personal, de ventiladores y de energía hidroeléctrica, entre otras muchas mercancías. Muchas jurisdicciones extendieron la cobertura del seguro de salud, construyeron hospitales de emergencia, expandieron radicalmente los subsidios al desempleo y prohibieron los desalojos.

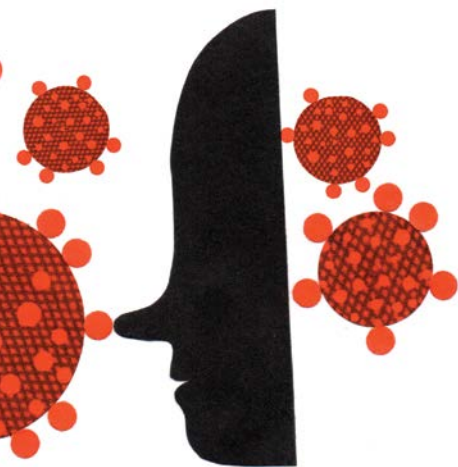
Mientras los Estados han demostrado su voluntad de anular los principios del “libre mercado” para prevenir que el virus se propague en sus poblaciones, sus acciones han sido injustas, inadecuadas y temporarias en casi todos lados, lo cual se corresponde con un sistema cuyo apoyo al “hacer vivir” es, después de todo, reacio. En otras palabras, la meta no es salvar vidas. Se trata más bien de asegurarse de que haya una reserva suficiente de trabajadores y trabajadoras dispuestos a vender su fuerza de trabajo al capital, tanto en el presente como en el futuro.

Nos encontramos con que las metas capitalistas, por más limitadas que sean, implican que algunas personas arriesguen más su vida que otras. En la línea de atrás se encuentran quienes, según la denominación, realizan trabajo “improductivo” (es decir, gente cuya fuerza de trabajo, por uno u otro motivo, no contribuye a expandir la economía, pero que sin embargo debe

ser socialmente reproducida). Quienes residen en las prisiones, en los centros de detención, en instituciones de cuidados similares o en campos de concentración, han sido víctimas de negligencia en lo que respecta a las políticas de distanciamiento social y/o provisión de equipos de protección. No es sorprendente que en todos estos lugares haya habido grandes brotes de COVID-19. En muchos casos, las vidas que se ponen en riesgo son las negras, las marrones o las indígenas, lo cual refleja los índices de encarcelación e institucionalización desproporcionados que afectan a las personas que sufren la racialización y la colonización.

Luego tenemos a los trabajadores y las trabajadoras cuyos empleos han sido considerados como “esenciales”. Al frente de este grupo están quienes limpian, cocinan y atienden a las necesidades físicas y mentales de otras personas. Se les unen quienes trabajan en el cultivo y en el transporte de personas y mercancías, junto a quienes distribuyen y procesan el alimento. Debe señalarse que estos empleos garantizan de una u otra forma las actividades que “hacen vivir” y son, también en tiempos no pandémicos, completamente infravalorados (con bajos salarios, inseguros y no regulados o regulados de forma deficiente). Además, tienden a ser





**El capitalismo se apoya sobre el trabajo que se realiza en los hogares y en las instituciones públicas para regenerar la fuerza de trabajo cotidianamente a lo largo de las generaciones.**

realizados por quienes sufren en mayor medida la desvalorización social y la opresión: mujeres, inmigrantes y personas racializadas. La triste ironía es que quienes realizan estas actividades, ahora considerados –de forma transitoria– como “héroes” de la clase trabajadora, asumen riesgos enormes para su salud personal al garantizar que la gente viva. Mientras que las personas más ricas, en general blancas, deben lidiar con el estrés de trabajar desde sus hogares (que en muchos casos se suma a algunas actividades sociales reproductivas, dado que deben cuidar a los niños y a las niñas que solían estar en la escuela durante el día), quienes trabajan en los hospitales, supermercados y geriátricos, junto a las personas inmigrantes que trabajan en el campo y en la elaboración de alimentos, y que en general no tienen acceso a un trabajo seguro ni a una vivienda digna, se exponen y exponen a sus familias cotidianamente al riesgo de contagiarse una enfermedad potencialmente letal. A pesar de ser presentados como quienes “salvan” al sistema, estos trabajadores y trabajadoras son más bien sus “chivos expiatorios”.

Sin embargo, hay también otra forma en la cual la pandemia destaca la desigualdad de las vidas y del hacer vivir en el capitalismo. A pesar de que los virus no

discriminan, los regímenes capitalistas de reproducción social sí lo hacen: el patógeno del COVID-19 está matando a alguna gente (principalmente personas migrantes, racializadas y colonizadas) con mayor facilidad que a otra, en gran medida porque las condiciones bajo las que las poblaciones oprimidas se reproducen socialmente son más complejas, menos flexibles y están definidas por una menor disposición de recursos que aquellas a las que tienen acceso la gente de clase trabajadora de los grupos sociales dominantes. Por ejemplo, en Estados Unidos las personas negras y latinas sufren en mayor proporción de hipertensión y de diabetes, lo cual las hace más vulnerables al virus. En Brasil, las poblaciones indígenas que han contraído el virus están muriendo a un ritmo casi dos veces mayor del que se observa si se considera el total de la población. La vulnerabilidad de estas poblaciones a la enfermedad solo puede explicarse por la falta de inversión previa en su reproducción social. Al igual que otros grupos oprimidos, tienden a tener menor acceso a una salud de calidad, suelen vivir en lugares en los que la calidad del agua y del aire no son óptimas y, en general, viven de forma comunitaria o en viviendas abarrotadas, lo cual hace que el distanciamiento social sea prácticamente imposible. Todos estos son indi-



---

## El capitalismo desfinancia y deshumaniza la reproducción social de trabajadores y trabajadoras apoyándose y reforzando las opresiones sociales.

---

cadores de cómo la tendencia capitalista a socavar la reproducción social se abre paso a través de dinámicas raciales y de otras opresiones, abaratando y degradando algunas vidas y el “hacer vivir” de algunas personas por sobre otras.

Esta tendencia hacia un régimen diferenciado de reproducción social es exacerbada por la organización del capitalismo a escala mundial. No sorprende que el virus haya sido más difícil de controlar en los países del Sur global, que tienen niveles de deuda exorbitantes. Tal es el caso de buena parte de América del Sur, en donde el pago de las deudas y las condiciones de préstamos impuestas por los bancos occidentales, junto a los tratados de comercio que favorecen al Norte global, hacen que estos países carezcan de la infraestructura necesaria para garantizar la atención sanitaria básica de gran parte de sus poblaciones. De acuerdo a la campaña “Jubilee Debt”, 64 países gastaron más en 2019 en el pago de la deuda internacional de lo que gastaron en salud pública. Eso explica por qué, por ejemplo, casi dos tercios de los trabajadores y trabajadoras de los hospitales venezolanos declara haber tenido acceso al agua limpia solo de forma intermitente. Este es también el motivo por el cual, de acuerdo al informe de la OCDE, en México, Costa Rica, Colombia y Chile hay apenas 2,1 camas de hospital por cada 1000 personas, menos de la mitad de la cifra que se observa en los países más ricos.

También en muchos países del Sur global (y en muchas áreas del Norte global) el nivel de pobreza es tan extremo y el gobierno es tan incapaz o está tan poco dispuesto a proveer un alivio inmediato que las personas empobrecidas no tienen más opción que ignorar las restricciones del confinamiento si se les ofrece algún trabajo, exponiéndose a riesgos que las poblaciones más ricas pueden evitar. Este el motivo por el cual en Perú (por tomar un ejemplo), que impuso un

estricto confinamiento desde los primeros días de la pandemia, la cantidad de casos siguió creciendo incluso antes de que se levantaran las restricciones a fines de junio. De forma similar, en lugares como el Líbano, donde tres cuartos de la población sufren necesidades extremas, los trabajadores y las trabajadoras han desafiado regularmente las políticas de distanciamiento social para participar de protestas masivas, decidiendo que exponerse al riesgo de muerte por exposición al COVID-19 es mejor que simplemente morir de hambre en sus hogares.

Si hay algo que nos muestran con absoluta claridad la infección y las tasas de mortalidad de esta pandemia — independientemente de las buenas o malas respuestas de los gobiernos— es que el capitalismo sistemáticamente desfinancia y deshumaniza la reproducción social de los trabajadores y de las trabajadoras. Y lo hace apoyándose y reforzando las opresiones sociales, asegurándose de que algunas vidas (por ejemplo, aquellas racializadas, colonizadas y feminizadas) sean consideradas descartables. La pandemia también nos muestra que quienes contribuyen a la reproducción social de otras personas (enfermeros y enfermeras, maestros y maestras, etc.), a pesar de ser esenciales para que el capitalismo se sostenga, estarán en la primera fila de los sacrificios que se ofrecen a este sistema.

Estas reflexiones sobre la teoría de la reproducción social nos ayudan a comprender que este régimen diferencial y opresivo de “hacer vivir” no es accidental. No es simplemente el producto de un mal gobierno ni el de un gobierno despreocupado. Tiene su origen en la contradicción insoluble entre el hacer vivir y la generación de capital, que es inherente al sistema. Y si el racismo, el sexismo, el colonialismo y otras opresiones sociales son esenciales a la dominación de clase, entonces la lucha contra la opresión puede y debe ser central en toda lucha contra el capitalismo. ●

# Medios de Deducción

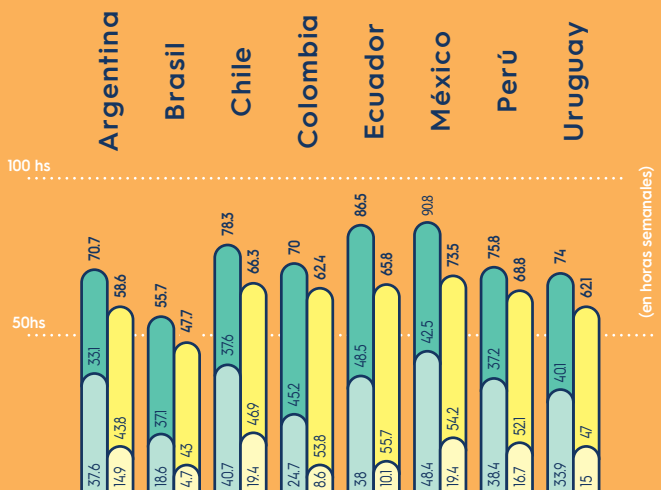
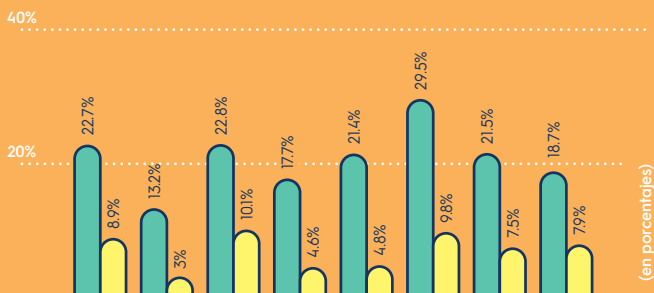
---

A DESALAMBRAR

# Eso que llaman amor

La organización de las tareas de cuidado al interior de los hogares constituye un eje fundamental de las desigualdades de género. Y las políticas de aislamiento producto de la pandemia han empeorado profundamente la situación.

Proporción de tiempo dedicado a quehaceres domésticos y cuidados no remunerados según sexo.



Tiempo total de trabajo remunerado y no remunerado de la población ocupada, según sexo.

Remunerado (círculo azul)  
No remunerado (círculo naranja)

Remunerado (círculo naranja)  
No remunerado (círculo azul)

**Tiempo de trabajo no remunerado  
(en horas semanales) según quintil de ingresos de los hogares.**

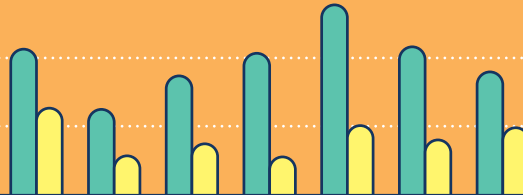
60hs.



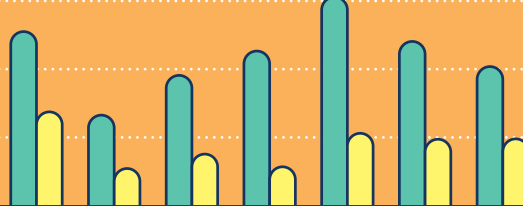
60hs.



60hs.



60hs.



60hs.



(en horas semanales)

Argentina

Brasil

Colombia

Ecuador

México

Perú

Uruguay

# Planificar para recuperar el futuro

**La planificación es un tema espinoso que implica lidiar con cuestiones técnicas, pero también con los estigmas de las experiencias burocráticas pasadas. Sin embargo, si no planificamos nuestro futuro, lo van a hacer Amazon y Walmart.**

La pandemia global del coronavirus ha provocado una profunda crisis económica y ha exacerbado las profundas desigualdades de clase, raza y género que dejan más de tres décadas de neoliberalismo. Es muy dudoso que esta situación, por sí misma, pueda desembocar en un orden socioeconómico más justo y equitativo (como se desprende de algunas lecturas optimistas sobre los posibles rumbos de la actual crisis). Una transición real requiere de un ejercicio consciente de planificación que no solamente desarrolle un mapa cognitivo del sistema actual, sino que también pueda confeccionar una posible imagen del sistema económico futuro. Para que pueda ser deseable, una sociedad alternativa no solamente debe ser imaginable, sino también técnica y políticamente factible.

Tras haber sido una de las ideas-fuerza más importantes del siglo pasado, la planificación cayó en desgracia en la década de 1990. El auge del neoliberalismo, su-

mado a la derrota histórica de los socialismos realmente existentes, hicieron de la planificación económica —tanto en sus vertientes socialistas, como keynesianas y desarrollistas— un paradigma no solamente ineficiente, sino políticamente peligroso. La *gobernanza*, con su énfasis en la eficiencia y en la gestión (aparentemente) no ideológica, se consolidó como la manera más sensata de administrar recursos escasos en una sociedad. Los movimientos de izquierda, por su parte, también renunciaron al proyecto de los grandes diseños utópicos y de la planificación democrática, reclusándose en una política de localismo particularista. Tres décadas después, el avance desenfundado de la globalización neoliberal —y sus efectos polarizantes y disruptivos— ha carecido de un contrapeso considerable o de una alternativa coherente.

La sucesión de crisis globales que inició con el estallido de la burbuja de hipotecas basura (*subprime*) en los Estados Unidos durante el

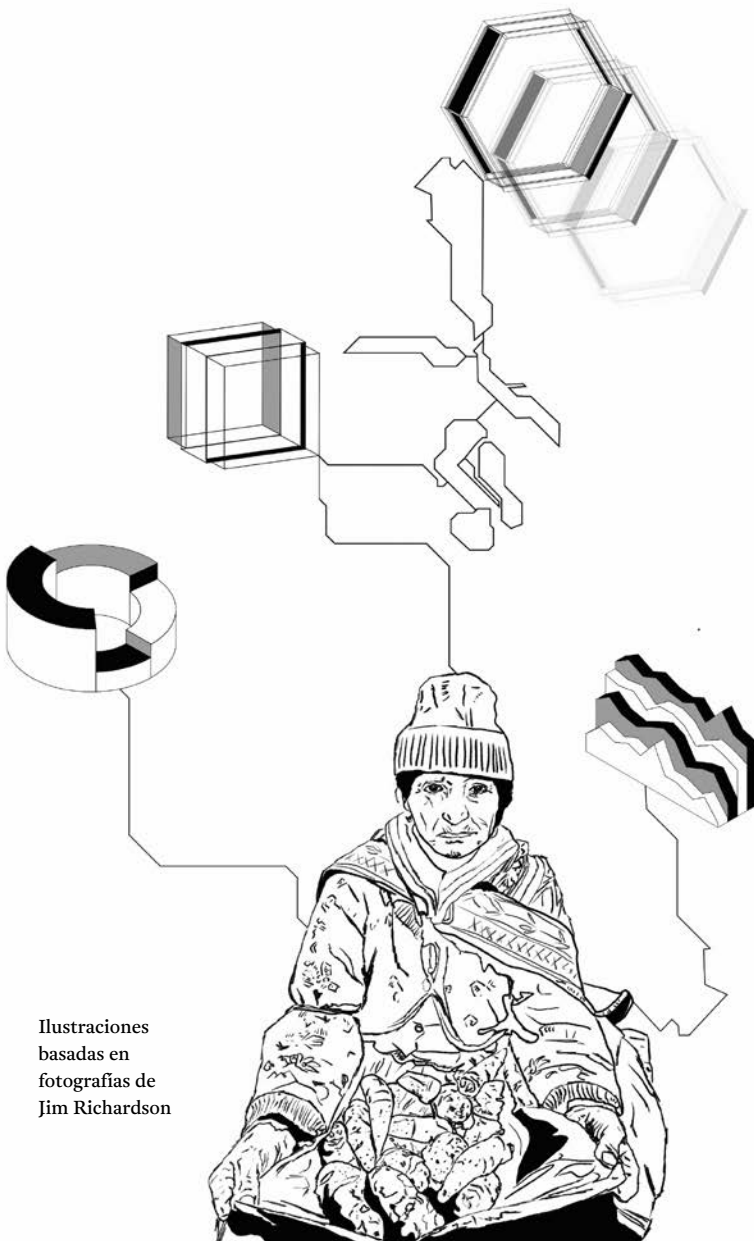
2008, y que llegó a su punto más álgido en la pandemia global del coronavirus en el 2020, sin embargo, ha puesto nuevamente la antigua cuestión sobre la planificación en el horizonte del pensamiento de izquierda. El espejismo neoliberal de un mercado que se autorregula de manera eficiente se ha desvanecido en años recientes ante un estado activista que rescata a grandes compañías en eventos de crisis, redistribuye riqueza hacia arriba a través de exenciones tributarias y subsidios y despliega impresionantes redes logísticas transnacionales para la captura de rentas monopólicas entre un puñado de grandes empresas. El auge de megacorporaciones como Amazon, Facebook y Walmart, por su parte, también ha sido posible gracias a ambiciosos esquemas de planificación estratégica al interior de las firmas mismas. Haciendo un guiño al Gosplan —la agencia de planificación soviética— algunos analistas sugieren que las prácticas de coordinación de este tipo de actores monopólicos han dado ori-



gen a una suerte de “Gosplan 2.0” o “Gosplan de Google”. Como lo sugiere Campbell Jones, cuando la planificación se transforma en el hábitat natural en el que se desenvuelve la economía política del capitalismo, la pregunta ya no es si se debe planificar o no, sino *de qué manera se debe planificar, en beneficio de quién se debe hacerlo y a quién se debe involucrar en la elaboración de planes.*

Impulsado por las urgencias que ha traído consigo la actual crisis, el incipiente debate sobre la planificación ha generado un inesperado espacio para volver a discutir visiones ambiciosas y radicales de futuros poscapitalistas. Esta discusión también ha permitido un desplazamiento desde los argumentos típicamente moralistas y/o celebratorios sobre las economías alternativas (ya sean solidarias, cooperativas, poscarbónico, o no-mercantiles), hacia un examen concreto de su viabilidad económica, su factibilidad técnica y sus condiciones político-institucionales. Estas nuevas corrientes de pensamiento, sin embargo, han evitado reproducir el registro tecnocrático, masculinizado y eurocéntrico que caracterizó a las culturas de planificación del pasado, y se han desarrollado a través de un diálogo cercano con las luchas de nuevos movimientos de masas por la justicia climática, racial y de género (siendo la discusión internacional sobre el Green New Deal, o el Pacto Ecosocial del Sur, algunos de los ejemplos más ilustrativos).

Pese a la diversidad de las nuevas aproximaciones, muchas de ellas han lidiado con este desafío a tra-



Ilustraciones  
basadas en  
fotografías de  
Jim Richardson

**Cuando la planificación se transforma en el hábitat natural en el que se desenvuelve la economía política del capitalismo, la pregunta ya no es si se debe planificar o no, sino de qué manera se debe planificar.**



vés de una relectura de los grandes problemas (aún no resueltos) que animaron el pensamiento socialista en el siglo XX. A grandes rasgos, éstos son: primero, la posibilidad técnica de calcular la operación de una economía nacional; segundo, la relación entre mercado y plan; tercero, la relación entre centralización y descentralización.

### El debate sobre el cálculo socialista

Si el debate internacional en torno a la planificación tuviera una fecha de nacimiento en el siglo XX, podría ser la famosa polémica sobre el cálculo socialista de la década de 1930. En este debate, los economistas de la Escuela de Austria —principalmente Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek— impugnaron la capacidad de una economía planificada para recopilar y calcular toda la información que requiere la gestión eficiente de recursos escasos. Las tecnologías de almacenaje y procesamiento de datos con las que contaban los planificadores del momento, señaló Hayek, simplemente no daban

abasto con el universo de transacciones que se da permanentemente en una economía nacional. Por el contrario, Hayek consideró que el libre mercado juega un rol análogo al de una “máquina” o “sistema de telecomunicaciones”, pues permite la transmisión permanente de “señales” sobre costos y condiciones tecnológicas de la producción. En su forma agregada, este sistema de precios constituiría un dispositivo altamente preciso para orientar la toma de decisiones en una sociedad.

En su momento, economistas socialistas como Oskar Lange, Abba Lerner y Fred Taylor aceptaron a regañadientes el argumento sobre la superioridad de cómputo del sistema de precios, y el debate quedó zanjado a favor de la lectura austríaca. Avances recientes en tecnologías de supercomputación, robótica, bioquímica y de conectividad logística, sin embargo, han generado entusiasmo en la izquierda por las posibilidades que hoy en día abriría una economía democráticamente planificada. Algunos autores han afirmado

que estas tecnologías, sumadas a los conocimientos algorítmicos propios de avances recientes en ciencia de materiales, modelación climática y cálculos astrofísicos, entre otros, permitirían solucionar los problemas de cómputo y recopilación de información con los que se estrellaron los socialismos realmente existentes. Al permitir formas de coordinación económica antes impensables, estas tecnologías estarían trazando la trayectoria hacia una era de posescaez o de “abundancia roja”.

Estas relecturas del debate sobre el cálculo, sin embargo, también han suscitado animadas críticas. En primer lugar, la idea misma de un estado o agencia de planificación omnisciente ha causado alarma, pues su burocratización o cupularización siempre sería una posibilidad concreta. Desde el marxismo ecológico también se han criticado las ideas de sociedad posescaez que informan estas nuevas tradiciones de lo que se ha denominado “socialismo cibernético” o “cibercomunismo”, pues tienden a pasar por alto una discusión más seria sobre los límites del planeta para mantener los ritmos y estándares de vida actuales. Otras críticas han cuestionado los supuestos implícitos de control automático del trabajo, la automatización de la política y la reducción de importantes cuestiones sobre el esfuerzo y la cooperación humana a asuntos meramente matemáticos o actuariales. Si bien la planificación comprende un ejercicio técnico de cuantificación de la riqueza social, éste es irrelevante si no se enmarca en un debate propiamente valorativo y político acerca de qué ideales y trayectorias de desa-

rollo son más deseables que otros. Una planificación verdaderamente radical y democrática, de acuerdo con Jasper Bernes, se parecería entonces a una *planarquía*, pues aceptaría y encauzaría el carácter fundamentalmente heterogéneo, autónomo y espontáneo de las motivaciones humanas.

## El mercado y el plan

La pregunta sobre la posibilidad del cálculo y la coordinación económica consciente, a su vez, dio paso a un debate incluso más complejo y espinoso: el del rol del dinero y los mercados en una sociedad poscapitalista. Para economistas socialistas de orientación neoclásica, como Oskar Lange y Alec Nove, el mercado es un dispositivo técnico de carácter neutral que puede ser *hackeado*, intervenido y rediseñado para lograr una asignación verdaderamente óptima de los recursos. En un artículo de 1967, Lange impugna a Hayek en sus propios términos, señalando que si el mercado es en efecto una máquina, no existe razón por la que no pueda ser remplazada por una más sofisticada. Contando con las tecnologías adecuadas, una junta central de planificación podría elaborar un sistema de precios sintético que fuera mucho más eficiente y preciso que el que se desprende de la propiedad privada de los medios de producción.

Para algunos autores, sin embargo, la existencia misma de los mercados y el dinero harían inviable una sociedad socialista democráticamente planificada, pues el mecanismo mercantil lleva necesariamente implícita la tendencia a la competencia, a la concentración

de la riqueza y, por ende, al antagonismo de clases. Las lecturas críticas del socialismo de mercado, entonces, se han caracterizado por proponer esquemas de contabilidad y gestión económica de carácter no monetario. Uno de los ejemplos más paradigmáticos es quizás el modelo de contabilidad en especie propuesto por el economista heterodoxo Otto Neurath en 1919. Para Neurath, la unidad de cuenta en una economía socialista no debería ser el dinero, sino alguna métrica de bienestar humano (ej. morbilidad, felicidad, educación) que permitiera un proceso de toma de decisiones más racional que el que se desprende de la productividad como fin en sí mismo. Otros enfoques, como el de Paul Cockshott y Maxi Nieto, por ejemplo, emplean herramientas de álgebra matricial para proponer un modelo de planificación *input-output* cuya unidad de cuenta sería el tiempo de trabajo y el medio de pago serían “bonos de trabajo” (redimibles por bienes de consumo).

Lecturas más matizadas, sin embargo, han criticado el carácter dicotómico y restrictivo con el que este debate ha entendido las diferencias entre mercado y plan. Para Ernest Mandel, en una economía crecientemente socializada —como lo es la economía global bajo el capitalismo tardío— las señales de precios se hacen cada vez menos importantes. Así, el autor muestra que la mayor parte del comercio global lo componen bienes intermedios que se transan de manera extramercantil, esto es, con precios fijados de antemano por estados y/o actores oligopsonicos, como son hoy en día Walmart y Amazon. De acuerdo con esto,

---

**Al permitir formas de coordinación económica antes impensables, estas tecnologías estarían trazando la trayectoria hacia una era de posescasez o de “abundancia roja”.**

---

Mandel sugiere que es posible concebir esquemas donde bienes intermedios (materias primas, insumos técnicos, maquinaria, etc.) y servicios esenciales (salud, educación, alimentación básica) sean asignados racionalmente por un plan de acuerdo a necesidades humanas reales, mientras que los bienes y servicios suntuarios circulen a través de mercados. De manera similar, Sam Gindin señala que un proyecto socialista podría nutrirse de todos aquellos mercados que no presupongan efectos desintegradores propios a su operación. Es decir, los mercados de bienes y servicios serían fundamentales para enriquecer la vida social en el socialismo, mientras que los mercados financieros y de capitales se permitirían solamente en casos muy puntuales.

## Centralización y/o descentralización

En los últimos años, se encuentran en el llamado movimiento del Nuevo Municipalismo algunos gérmenes de un nuevo tipo de planificación. Este movimiento parte

---

## Una nueva sensibilidad que no apunta a tomarse las plazas sino más bien a tomarse las instituciones, llevando a los movimientos sociales al corazón de la política institucional.

---

de criticar la rigidez de los protocolos de intervención del pasado, los cuales eran diseñados desde arriba por expertos que desconocían la realidad de los territorios objeto de intervención. El Nuevo Municipalismo, por ejemplo, ha dado origen a una amplia red de “Ciudades sin Miedo” en diversas ciudades del mundo (Valparaíso, Rosario, Barcelona, Zagreb, Preston y Jackson, entre muchas otras), las cuales han posicionado a las administraciones locales como importantes laboratorios de experimentación con formas no capitalistas de los mercados y las relaciones sociales. Como señala Matthew Thompson, el nuevo municipalismo emerge a raíz de una nueva sensibilidad que no apunta a tomarse las plazas sino más bien a tomarse las instituciones, llevando a los movimientos sociales al corazón de la política institucional. Una vez en el poder, estas alcaldías rebeldes han implementado agendas de política inspirada en principios mutualistas, feministas, ecosocialistas y cooperativos.

En la práctica, la “política de proximidad” sobre la que se fundamenta el nuevo municipalismo ha servido como una barrera de contención frente al auge del

neofascismo, pues ha permitido una asignación más precisa de servicios públicos en escenarios de crisis (ya sea climática, de desempleo, desindustrialización, etc.) y ha empoderado a la ciudadanía al incorporarla más directamente al proceso de toma de decisiones. Sin embargo, la discusión sobre este movimiento ha carecido de un análisis más matizado sobre la (in) capacidad de la política municipal de controlar el proceso productivo general y de definir trayectorias de desarrollo cuya implementación trascienda las facultades del espacio municipal. Para impulsores del Green New Deal, por ejemplo, la descarbonización radical de una economía nacional requiere de una estrategia de intervención diferenciada que incluya: desde abajo, políticas de proximidad que emanen desde los espacios municipales para proteger a comunidades vulnerables e incorpore públicos diversos a la toma de decisiones; desde arriba, una “política industrial verde” que pueda impulsar algunos sectores de la economía —tecnologías limpias, salud, educación, recreación y vivienda— mientras hace decrecer otros (industrias fósiles, policía y fuerzas militares, mercados de capitales).

Gestionar la operación de una economía nacional hacia algún objetivo específico, sin embargo, no implica necesariamente una planificación centralizada y envolvente. Para Michael Löwy, la discusión en torno a si la planificación debe ser centralizada o descentralizada, desde arriba o desde abajo, pasa por alto lo que sería quizás el aspecto más importante: la capacidad de controlar democráticamente el plan en todos los niveles de su diseño y ejecución (local, nacional, y multilateralmente). Una planificación verdaderamente democrática, de acuerdo con Löwy, sería entonces lo opuesto a una planificación centralizada, pues las decisiones no las tomaría ningún “centro”, sino los públicos involucrados. En ese sentido, algunos autores han propuesto enfoques de *capas de planificación*, en los que distintos niveles de intervención (hogares, lugares de trabajo, economía nacional, comercio internacional) se articulen de manera sinérgica entre sí.

### Liberar el pasado para recuperar el futuro

Articular históricamente el pasado, Walter Benjamin plantea en sus *Tesis sobre la filosofía de la historia*, “no significa conocerlo como verdaderamente ha sido. Significa apoderarse de un recuerdo tal como este relampaguea en un instante de peligro”. No es mera casualidad que la idea de la planificación esté regresando precisamente en un momento en el que parecemos acercarnos a un escenario de colapso civilizatorio. De hecho, muchos de los textos que informaron los grandes debates sobre planificación en el siglo

pasado fueron publicados, o bien tras la Gran Depresión de la década de 1930, o bien en el marco de los horrores suscitados por la Segunda Guerra Mundial. De hecho, fue precisamente ese escenario de colapso lo que impulsó la creación de los Estados de bienestar que en años subsiguientes se propagaron por gran parte del mundo.

Hoy, desde la miseria de nuestro presente neoliberal, puede parecer que estos experimentos de planificación ampliaron las fronteras de la solidaridad, la equidad social e incluso del disfrute, otorgando oportunidades y condiciones de vida digna a millones de personas. Volver a los mundos perdidos de la planificación, particularmente en el espíritu en el que Benjamin nos propone leer la historia, significa recuperar aquello que es emancipador y revolucionario de este modo de gestión, pero también tensionar algunos de sus supuestos y alertar con fuerza sobre sus peligros.

La experiencia latinoamericana con la planificación se dio justamente en una edad de oro del pensamiento social en la región, cuando nuestras ciencias sociales no se limitaban a importar conceptos angloeuropeos o a celebrar las virtudes de lo originario, sino que incidían ampliamente en el debate internacional. En su momento, las teorías de la dependencia, el desarrollismo y el estructuralismo animaron discusiones transnacionales y le dieron textura a la implementación de reformas agrarias y a la construcción de Estados de bienestar en diversos países del mundo. Experimentos más periféricos —como el Proyecto Synco de regulación cibernética

de la economía, llevado a cabo por el gobierno de Salvador Allende en Chile— también son hoy en día ampliamente debatidos en la literatura internacional para reflexionar acerca de las potencialidades que las tecnologías de comunicación le podrían brindar a un proyecto de autogobierno popular. La experiencia latinoamericana con la planificación, en este sentido, tiene mucho por contribuir a esta discusión que apenas empieza.

De manera muy reciente, la idea de un Pacto Ecosocial del Sur ha venido ganando popularidad entre los movimientos sociales latinoamericanos, trazando así posibles trayectorias para discutir el problema de la planificación. Propuesto inicialmente por Maristella Svampa y Enrique Viale, el Pacto Ecosocial del Sur involucra una transición energética cuya escala y ambición se asemejarían a las de un Green New Deal angloeuropeo. En términos más sustantivos, este proyecto propone combinar formas de intervención institucional desde arriba, con procesos e iniciativas autogestivas que se tejen desde abajo. El Pacto Ecosocial del Sur se estructura en términos de políticas públicas que involucran, entre otras cosas, una renta básica universal, el fomento de la soberanía alimentaria, una transición hacia una matriz productiva poscarbono y un esquema de integración regional soberana, articulado en torno a circuitos monetarios paralelos al dólar estadounidense. Si bien es muy temprano aún para conjeturar los posibles rumbos de este pacto, parece no obstante indicar un cambio de marea en la sensibilidad política de la región. ●

---

**La idea de un Pacto Ecosocial del Sur ha venido ganando popularidad entre los movimientos sociales latinoamericanos, trazando así posibles trayectorias para discutir el problema de la planificación.**

---





# Crisis del neoliberalismo y nueva ofensiva de las clases dominantes

**Los debates acerca de la crisis del neoliberalismo son moneda corriente desde principios del nuevo siglo. Sin embargo, por fuera de Europa, ese modo específico de dominación forma más parte del pasado que del presente.**

Las discusiones en torno a la crisis del neoliberalismo han sido recurrentes en las últimas dos décadas. En Sudamérica, las rebeliones populares de fines de siglo XX y los primeros años del siglo XXI, y su resultado más palpable, el ciclo de gobiernos progresistas, abrieron el debate sobre si estábamos frente al comienzo de una fase posneoliberal. Pero frente a las experiencias –por lo demás heterogéneas– de Venezuela, Bolivia, Ecuador, Brasil, Paraguay y Argentina se sostuvieron Chile, Colombia y Perú, los ejemplos más significativos de neoliberalismo en la región.

A partir de la crisis mundial de 2008, y durante la fase de crecimiento débil que le siguió, el debate se volvió global. Pero el

nuevo ciclo aportó varias novedades. En primer lugar, Sudamérica y Centroamérica mostraban los signos de una contraofensiva de las clases dominantes y de las fuerzas políticas de derecha. Los golpes institucionales en Honduras y Paraguay dieron inicio a un proceso de caídas de gobiernos progresistas jalonado, además, por movilizaciones masivas de lo que mostró ser una derecha con profundas bases sociales. ¿Era el retorno del neoliberalismo en la región? Sin embargo, la acuñación de términos como el de “nueva derecha” expresaba los intentos de dar cuenta de fenómenos irreductibles a la ofensiva neoliberal de los años noventa. En segundo lugar, en el centro capitalista, la emergencia de populismos de

derecha no siempre clasificables como neoliberales –incluso como variantes de neoliberalismos autoritarios– ponía de manifiesto que “posneoliberalismo” no podía ser igualado a “giro progresista”: la crisis del neoliberalismo podía ser el terreno de la constitución de formas tanto o más reaccionarias de restauración del poder de clase. Pero, en tercer lugar, ¿qué hacer con China? El creciente peso de China en la economía y la política mundiales desde fines de los años noventa y el desplazamiento a Asia del mayor dinamismo de la acumulación capitalista complejiza aún más el problema. ¿Qué decir, además, de Medio Oriente y el norte de África antes y después de las primaveras árabes? Planteemos abiertamente la cuestión:



el marxismo europeo ya no puede decirnos “*de te fabula narratur*”.

## ¿Qué es el neoliberalismo?

Por si fuera poco, todos estos debates transcurrieron en la torre de babel de los significados de neoliberalismo. El ensanchamiento del término llegó hasta la identificación del neoliberalismo con todos los males del capitalismo, o a denominar como neoliberal todo intento de ofensiva capitalista. En cada período de reestructuración y crisis general del capitalismo, los Estados han coordinado procesos de ofensiva contra los trabajadores bajo modalidades que, sin embargo, hacen del neoliberalismo una forma específica. Está claro también que los ajustes fiscales y los ataques a nuestros salarios y a las condiciones legales y reales de trabajo no son una creación histórica del neoliberalismo. Ajustes ortodoxos y políticas antiobreras han sido desplegados por gobiernos keynesianos en los cincuenta y los sesenta en Europa y USA y por gobiernos desarrollistas en América Latina en el mismo período, usualmente como respuesta a fenómenos recesivos, cuellos de botella del crecimiento económico o como parte de paquetes antiinflacionarios. No basta, por lo tanto, su presencia para designar a un gobierno o una política como neoliberales; sin embargo, es lo que se ha hecho de manera bastante general en los últimos cuarenta años.

Yendo algo más allá de esos amplios usos del término, hay tres concepciones de lo que es neoliberalismo —no necesariamente opuestas— que quisiéramos retomar para

delimitar mejor la discusión.

En primer lugar, se ha tratado al neoliberalismo como una ideología<sup>1</sup> caracterizada por identificar libertad de mercado y libertad *in toto*, favorecer el debilitamiento del Estado frente a los capitalistas y su fortalecimiento frente a las organizaciones de los trabajadores y justificar la desigualdad como resultado natural de la libertad, incentivo de la competencia y, por lo tanto, fundamento del crecimiento económico. En segundo lugar, se ha conceptualizado al neoliberalismo como un proceso civilizatorio, productor de una nueva subjetividad en la que los trabajadores son construidos como empresarios de sí mismos<sup>2</sup>. Por último, el neoliberalismo ha sido caracterizado como un modo específico de desarrollo de la ofensiva del capital contra el trabajo y como proyecto restaurador del poder de clase<sup>3</sup>.

Cercanos a este último enfoque, aquí entenderemos al neoliberalismo como un modo de dominación de clase basado en la extensión e intensificación de la competencia. La desregulación de los mercados,

la apertura comercial y las privatizaciones sometieron al imperativo de la valorización a empresas y personas impulsando la reestructuración de la producción y provocando el aumento del desempleo y la desigualdad. A diferencia de los ajustes ortodoxos, comunes a diferentes formas de Estado y orientaciones de gobierno, en el neoliberalismo la restricción monetaria y las políticas de equilibrio fiscal son un medio permanente de imposición de la coerción del mercado sobre masas desmovilizadas e individualizadas. La presión de la competencia, de este modo, se transformó en un mecanismo de sometimiento de los trabajadores y de las mayorías populares, en un modo de dominación política. Pero ello no implica negar el papel del Estado y, en particular, de la vio-

1. Perry Anderson, “Balance del neoliberalismo: lecciones para la izquierda” en *Procesos. Revista ecuatoriana de historia*, n° 11, Quito: Corporación editora nacional, 1997.  
2. Pierre Dardot y Christian Laval, *La nueva razón del mundo: ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona: Gedisa, 2013.  
3. David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal, 2007.



El ensanchamiento del término llegó hasta la identificación del neoliberalismo con todos los males del capitalismo.

lencia estatal que, como veremos, ha tenido un rol fundamental en este proceso.

## La internacionalización productiva del capital

Clarificar los términos de la discusión en torno a la crisis del neoliberalismo exige diferenciar dos fenómenos que, por haber estado históricamente asociados, han sido con frecuencia confundidos: neoliberalismo e internacionalización del capital. El problema de su indistinción es que suelen designarse como consecuencias del neoliberalismo hechos que en realidad son producto de la actual fase de la internacionalización.

La internacionalización del capital es un fenómeno muy anterior a las transformaciones que atraviesa el capitalismo desde fines de la década de 1960. En primer lugar, el capital es global desde sus orígenes debido a su tendencia a la expansión geográfica, a su tendencia a subordinar formas de explotación precapitalistas y al hecho de que el comercio mundial precapitalista fue el fundamento de su desarrollo y expansión. En segundo lugar, la mundialización del capital, es decir, la transformación del comercio mundial en mercado mundial capitalista y del mundo en espacio de valorización del capital, ocurrió entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, en el pasaje a la fase imperialista del capital.

¿Qué es lo que distingue a la actual fase de internacionalización del capital de las precedentes? Las anteriores fases afectaron fundamentalmente al comercio y a las finanzas, pero sólo muy parcialmente

al proceso de producción. Desde fines de los años sesenta, y aceleradamente desde mediados de los años setenta, comenzó una fase de desplazamiento geográfico de partes del proceso productivo (deslocalización) que internacionalizó la producción delineando una nueva división internacional del trabajo y originando cadenas globales de valor. El resultado de ello ha sido una transformación profunda de la relación entre Estado y capital. El momento de la producción, a diferencia de las finanzas o el comercio, es aquel en el que el capital se encuentra fijado territorialmente de forma más durader. La internacionalización del proceso productivo, por lo tanto, equivale a una desterritorialización del capital que ahora se enfrenta a los Estados nacionales como un fenómeno relativamente exterior. De modo que los grandes capitales presionan sobre los Estados nacionales para imponer condiciones más ventajosas —es decir, peores condiciones para las clases obreras nacionales— como requisito para invertir productivamente. Por supuesto, la

---

**La internacionalización del proceso productivo equivale a una desterritorialización del capital que ahora se enfrenta a los Estados nacionales como un fenómeno relativamente exterior.**

internacionalización productiva, por afectar al corazón de la acumulación de capital, ha profundizado también la internacionalización de las finanzas y el comercio llevándola a límites hasta hoy desconocidos creando otras tantas cadenas que atan, de un modo nuevo, los Estados a los intereses de los grandes capitales transnacionales.

Pero aun más importantes para nuestra discusión son las transformaciones en los Estados nación y, sobre todo, en la capacidad de integración política que ello ha implicado. Los Estados han pasado crecientemente a ser Estados nacionales en competencia por la fijación del capital y ello ha erosionado las instituciones políticas que, desarrolladas desde finales del siglo XIX, permitieron la incorporación política de las clases obreras y los grupos subalternos y la construcción de hegemonía.

## Neoliberalismo e internacionalización

Ya se adivina en lo dicho en qué medida una serie de hechos de los que habitualmente se culpa al neoliberalismo son en realidad producto de la internacionalización, una transformación más profunda que lo excede temporalmente.

El neoliberalismo está asociado al proceso más reciente de internacionalización del capital de dos modos fundamentales. En primer lugar, porque dio coherencia estratégica a la ofensiva capitalista. En segundo lugar, porque ofreció una solución al problema que la internacionalización creaba a la dominación política. Veamos ambos más en detalle.

La fase actual de la internacionalización del capital hunde sus raíces en las condiciones creadas por la expansión y crisis del capitalismo de la segunda posguerra. En primer término, el orden financiero y comercial surgido en Bretton Woods creó, al mismo tiempo, las condiciones para una regulación estatal-nacional de la acumulación de capital y para el aumento de los flujos de comercio y de inversiones a nivel mundial. El resultado fue el desarrollo y expansión de empresas multinacionales (EM). Si bien estaban todavía fuertemente ligadas a sus países de origen y, por lo general, cada filial producía para el mercado interno del país de destino de la inversión, las EM fueron los agentes de la internacionalización productiva posterior. En segundo término, la deslocalización productiva fue una estrategia empresaria frente a la crisis en los países centrales desde finales de la década del sesenta.

Este hecho es particularmente relevante para comprender la relación peculiar entre internacionalización del capital y neoliberalismo. La deslocalización productiva fue parte de un proceso más o menos anárquico de respuesta de los capitales individuales de los países centrales al desafío obrero. Desde mediados de los años sesenta, la resistencia obrera estalló en los lugares de trabajo e impuso un límite a los incrementos de productividad de los que dependía el aumento conjunto de empleos, salario real y tasa de plusvalor, lo que derivó en la caída de la tasa de ganancia. El capital sobreacumulado en el centro se dirigía hacia la periferia en busca de oportunidades de

---

## El neoliberalismo brindó, además, una solución a los problemas que la internacionalización del capital creaba a la dominación política.

---

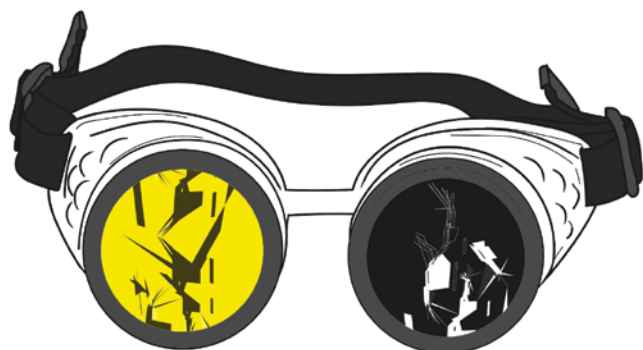
ganancia en la esfera financiera (incremento de la deuda externa en América Latina) y productiva (especialmente en el sudeste asiático, aunque no exclusivamente: también México o Brasil, por ejemplo, recibieron los frutos de ese proceso de inversión extranjera directa). Esa salida de capitales desde el centro comenzó inicialmente como una profundización de la lógica expansiva de las EM pero se transformó rápidamente en un proceso que, en la segunda mitad de la década de los setenta, ya mostraba los contornos de una *nueva división internacional del trabajo*.

Sin embargo, las respuestas anárquicas y descoordinadas de los capitales individuales sólo pueden organizarse como plan sistemático contra la clase obrera a través del Estado. Ese es el sentido profundo del vínculo entre neoliberalismo e internacionalización del capital. El neoliberalismo configuró una estrategia de ofensiva contra el trabajo articulada a través de la extensión e intensificación de la competencia. Los Estados utilizaron el proceso de internacionalización del capital ya en curso como palanca para hacer sentir la

presión ciega de la competencia internacional por la reestructuración del capital: incorporación de nuevas tecnologías, reorganización de los procesos de trabajo, reducción de salarios, precarización y despido de los trabajadores, etc. Pero de esa manera, a su vez, impulsaron y aceleraron el proceso de internacionalización del capital. Aquí se revela la importancia del Estado en la construcción de un disciplinamiento de masas vía mercado y en la generación de las condiciones para ese disciplinamiento que incluyó, en América Latina, la apelación al genocidio.

Pero el neoliberalismo no solo se apoyó sobre (y potenció a) la internacionalización del capital para coordinar la ofensiva contra el trabajo. Brindó, además, una solución a los problemas que la internacionalización del capital creaba a la dominación política. La disciplina monetaria y la apertura comercial transformaron la extensión e intensificación de la competencia en un modo duradero de subordinación política de los trabajadores. A través de la coerción de la competencia, el neoliberalismo impuso la aceptación de los límites que





la internacionalización del capital pone a la integración política de demandas populares. Como estrategia de ofensiva contra el trabajo, el neoliberalismo usó la competencia para desorganizar a la clase trabajadora, desmovilizó al movimiento obrero e individualizó los comportamientos sociales. Como resultado de la redefinición, la redefinición de la relación entre Estado y acumulación, transformó la desmovilización y la individualización en fundamentos estables de un modo de dominación política.

### La crisis del neoliberalismo

Este rodeo nos permite volver al principio pero ahora para comprender lo que allí estaba simplemente descrito. La sucesión de crisis en la periferia de finales de los años noventa e inicios de los 2000 y, más tarde, la crisis de 2008 en el centro, señalaron el agrietamiento o el estallido de los mecanismos neoliberales de disciplinamiento monetario. Como resultado, el neoliberalismo fue progresivamente abandonado en gran parte de América Latina y Estados Unidos. A ello debe agregarse la

irrupción de China como nuevo gigante de la economía mundial y el hecho de que Japón, con tendencia al estancamiento desde los años noventa, aplicó sucesivas rondas de política fiscal y monetaria expansivas. Por lo tanto, desde 2001 y –decisivamente– desde 2008 empieza a configurarse un mundo posneoliberal.

La subsistencia, e incluso el endurcimiento, de políticas neoliberales en Europa occidental después de la crisis de 2008 ha incidido en una caracterización inadecuada en gran parte de la literatura marxista (mucho de ella de producción europea) sobre las transformaciones en curso. Pero aun en Europa occidental, lo que se manifiesta desde la crisis de 2008 es un agrietamiento del mecanismo de disciplinamiento fiscal-monetario estructurado en torno a la creación del Euro como moneda común. Las características de la Unión Europea –que, al tiempo que impone una moneda común y restricciones al déficit fiscal de los Estados miembros, conserva en manos de éstos las principales decisiones de política fiscal– otorga a la restricción monetaria un papel determi-

nante en el disciplinamiento de los Estados nación para obligarlos a ajustarse a los requisitos de la Unión. Por esa razón, allí donde el neoliberalismo ha sobrevivido a sí mismo es donde más claramente se ponen de manifiesto las causas de su declive. La crisis *en* la Unión Europea ha devenido cada vez más en una crisis *de* la Unión Europea. Las reiteradas crisis de formación de gobierno en sistemas políticos mayoritariamente parlamentarios (Irlanda, Italia, Grecia, España, etc.) dan cuenta de las dificultades para contener las demandas sociales en los marcos del disciplinamiento monetario, es decir, del agrietamiento de los mecanismos de dominación política. La demostración más dramática de la eficacia de la amenaza de catástrofe ligada a la salida del Euro y del agrietamiento de los mecanismos de dominación política articulados por la unión monetaria fue el referéndum griego de 2015. En dicha ocasión se rechazó el acuerdo con la troika (Banco Central Europeo, Comisión europea y FMI) y, sin embargo, el gobierno griego pudo desconocer el resultado y aplicar hasta el final la reducción de gastos y las reformas exigidas.

El crecimiento de las derechas xenófobas y, al mismo tiempo eurofóbicas, es parte del mismo fenómeno, que tuvo otro capítulo –aunque con personajes algo diferentes– en el triunfo del *brexit* en el referéndum del Reino Unido. En este marco, el ascenso de Trump al gobierno norteamericano dio lugar a una explosión de análisis periodísticos que remezclan en el mismo guiso desde el filofascismo del primer ministro

húngaro Víctor Orban hasta los neopopulismos latinoamericanos de la primera década del siglo XXI. Sin embargo, hay algo verdadero en el error de esa indistinción: todos esos emergentes políticos señalan la crisis del neoliberalismo como modo de dominación política y la subsistencia de ciertos límites que la última fase de internacionalización del capital plantea a la integración política de las demandas populares.

### ¿Un nuevo modo de dominación política?

La democracia norteamericana ha funcionado, desde sus inicios, sobre la base de la exclusión-neutralización de amplias capas de las clases populares. Todavía en la segunda posguerra, Estados Unidos era un Estado de *apartheid* en gran parte de su territorio y su sistema político se desarrolló sobre la base de la abstención electoral masiva. A su vez, se forjó una sólida alianza entre la gran burguesía industrial y financiera y las Fuerzas Armadas. El régimen político norteamericano contrastaba con las condiciones de funcionamiento de la democracia de Europa Occidental, que en lo esencial se han mantenido hasta la actualidad, aún en un escenario de crisis política. Sin embargo, en los últimos años, una mirada a los regímenes políticos de vastas regiones de América Latina, Asia y Europa oriental muestra que el modelo norteamericano dejó de ser la excepción para pasar a ser una variante, dentro de los marcos del sistema formalmente democrático, de un tipo más extendido de régimen político.

**A diferencia del neoliberalismo, que se basó en la represión de demandas mediante coerción económica, este nuevo modo de dominación política descansa sobre mecanismos políticos de incorporación y exclusión.**

En países diversos como China, Rusia, Turquía o Irán se articulan el apoyo activo de minorías constituidas por amplias capas de la población, la fuerte presencia de las FF. AA. en el sistema político y su interrelación a través de diversos mecanismos (complejo militar industrial, redes de proveedores y contratistas o la directa gerencia de empresas estatales o Joint Ventures estatal-privados) con la producción capitalista y la exclusión-neutralización política de la mayoría de la población adulta. Esto puede asumir formas directamente totalitarias (China) o el carácter de semidictaduras, semidemocracias (Rusia, Turquía e Irán).

En América Latina, una mirada a las dinámicas políticas de ciertos países de Centroamérica, como Honduras y Nicaragua, o incluso Brasil y —recientemente— Bolivia en Sudamérica, abre interrogantes sobre la generalización de este tipo de regímenes. La tendencia a que los gobiernos democráticos de la región enfrenten dificultades para construir bases de apoyo mayoritarias y que los regímenes tiendan a encontrar cierta estabili-

dad en la movilización electoral o en el espacio público de minorías extensas, en la consolidación de elites políticas o político-militares que permiten el control del parlamento y del aparato de Estado y en la neutralización o la esterilización política de la movilización opositora, debe incluirse entre las variantes que permiten compatibilizar formas de exclusión-neutralización política de amplias capas de la población y vigencia de los mecanismos democrático formales.

A diferencia del neoliberalismo, que se basó en la represión de demandas mediante coerción económica, este nuevo modo de dominación política descansa sobre mecanismos políticos de incorporación y exclusión. Pero ambos representan soluciones capitalistas a los límites que la internacionalización impone a la integración política de demandas populares. Sobre esa base, no debemos olvidar que la crisis del neoliberalismo es la ruptura de los diques a la movilización popular. Para que el desafío en las calles no resulte impotente, necesitamos construir una alternativa política. ●

# Capital Cultural

---

GRAMSCI ON-DEMAND

# Modernidad versus capitalismo

**Postular la identidad entre modernidad y capitalismo oculta tanto la especificidad del capitalismo como la posibilidad de una modernidad no capitalista. A cuatro años de la muerte de Ellen Meiksins Wood, destacada historiadora marxista, recuperamos un fragmento<sup>1</sup> de su libro *The Origin of Capitalism. A longer View* (Verso, 2017), todavía inédito en castellano.**

Independientemente de lo que se entienda por “modernidad”, y sin importar si se piensa que es algo bueno o algo malo, o ambas cosas a la vez, la gente tiende a creer que tiene algo que ver con lo que el sociólogo Max Weber denominó “proceso de racionalización”: la racionalización del Estado en la organización burocrática, la racionalización de la economía en el capitalismo industrial, la racionalización de la cultura en la extensión de la educación, el debilitamiento de la superstición y el progreso de la ciencia y de la tecnología. El proceso de racionalización está típicamente asociado a ciertos patrones culturales e intelectuales que se remontan a la Ilustración: el racionalismo y la obsesión con la planificación racional, una cierta afición a las imágenes “totalizadoras” del mundo, la estandarización

del conocimiento, el universalismo (es decir, la creencia en verdades y valores universales) y una creencia en el progreso lineal, en especial de la razón y de la libertad.

La Ilustración es concebida típicamente como uno de los grandes puntos de inflexión —si no el más grande de todos— en el desarrollo de la modernidad, y la confusión de la modernidad con el capitalismo se aprecia fácilmente en la forma en la cual las teorías de la modernidad conectan a la Ilustración con el capitalismo. Asocian los rasgos característicos de la Ilustración al desarrollo del capitalismo, sea porque el capitalismo temprano lo creó en su propio despliegue, o sea porque el desarrollo de la “racionalización” que produjo la Ilustración también trajo consigo el capitalismo. Por ejemplo,

Weber es famoso por distinguir entre varios tipos de racionalidad (formal o instrumental versus substantiva, etc.), aunque su argumento acerca del proceso histórico de racionalización depende, por supuesto, de *asimilar* los distintos tipos de razón y de racionalidad de modo tal que la racionalidad instrumental del capitalismo se relacione por definición con la razón en el sentido de la Ilustración. Para bien o para mal, el proceso que nos dio lo mejor de los principios de la Ilustración —la resistencia a cualquier poder arbitrario, el compromiso con la emancipación humana universal y una posición crítica frente a todo tipo de autoridad, sea intelectual, religiosa o política— es, de acuerdo a

1. Meiksins Wood, E. (2017) *The Origin of Capitalism. A longer View*, London, Verso: pp. 182- 189.



esta perspectiva, el mismo proceso que nos dio la organización capitalista de la producción.

Para desentrañar la confusión entre capitalismo y modernidad, podemos empezar por situar a la Ilustración en su propio contexto histórico. El proyecto de la Ilustración pertenece en buena medida a una sociedad evidentemente no capitalista (aunque no por ello meramente precapitalista). En otras palabras, muchos rasgos de la Ilustración hunden sus raíces en relaciones sociales de propiedad no capitalistas. Pertenecen a una forma social que no es solo un punto de transición en la vía hacia el capitalismo, sino que es una ruta alternativa de salida del feudalismo. En particular, la Ilustración francesa pertenece al Estado absolutista en Francia.

El Estado absolutista en la Francia del siglo XVIII funcionó no solo como una forma política, sino como una fuente de ingresos para una parte sustancial de la clase dominante. En ese sentido, representa no solo el contexto político, sino también el contexto económico de la Ilustración. El Estado absolutista era un instrumento centralizado para la extracción extraeconómica del excedente, y los cargos en el Estado eran una forma de propiedad que daba acceso a sus poseedores a excedentes producidos por el campesinado. Había también otras formas de apropiación extraeconómica descentralizadas, que eran residuos del feudalismo y de sus así denominadas “soberanías fragmentadas”. En otras palabras, estas formas de apropiación extraeconómica eran directamente antitéticas a

la forma puramente económica de la explotación capitalista.

Debe tenerse en cuenta el hecho de que la Francia del siglo XVIII, que fue la sede principal del así denominado “proyecto de la modernidad”, era una sociedad predominantemente rural, con un mercado interno limitado y fragmentado. Sus mercados todavía operaban con principios no capitalistas: ni la apropiación de plusvalor de la fuerza de trabajo mercantilizada, ni la creación de valor en la producción, sino las antiguas prácticas de la ganancia comercial, de la ganancia surgida de la enajenación, de comprar barato y vender caro, derivando la mayor riqueza del comercio de bienes de lujo o de suministros para el Estado. La abrumadora población campesina era la antítesis de un mercado de



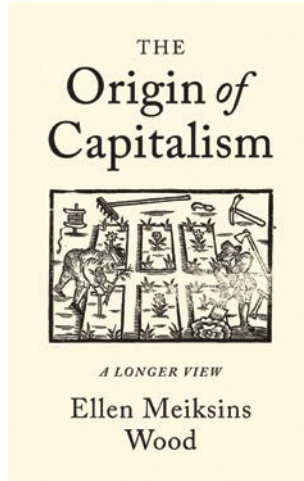
consumo de masas. En cuanto a la burguesía, que se supone que es la fuente material principal, por así decirlo, de la Ilustración, no era una clase capitalista. De hecho, en su mayoría no era ni siquiera una clase comercial tradicional. El principal componente burgués de la Ilustración, y luego de la Revolución francesa, lo constituían grupos profesionales, personas con cargos en el Estado e intelectuales. Su pelea contra la aristocracia tenía muy poco que ver con liberar al capitalismo de las cadenas del feudalismo.

Entonces, ¿de dónde vienen los principios de la así denominada “modernidad”? ¿Vienen de un capitalismo que es nuevo pero está en desarrollo? ¿Representan a una clase capitalista en ascenso que lucha contra una aristocracia feudal? ¿Podemos afirmar, por lo menos, que el capitalismo fue la consecuencia no deseada del proyecto de la modernidad burguesa? ¿O este proyecto representa algo diferente?

Ténganse en cuenta los intereses de clase de la burguesía francesa. Una forma de analizarlos es volviendo sobre la Revolución francesa, considerada a menudo como la culminación del proyecto de la Ilustración. ¿Cuáles eran los principales objetivos revolucionarios de la burguesía? En el centro de su programa estaban la igualdad cívica, el ataque al privilegio y la demanda de una “carrera abierta al talento”. Esto implicaba, por ejemplo, igual acceso a los cargos más altos del Estado, que tendían a ser monopolizados por las mismas familias y por la gente más rica, y los cuales la aristocracia amenaza-

ba con clausurar completamente. También implicaba un sistema impositivo más equitativo, para que la carga fiscal dejara de recaer de forma desproporcionada sobre el Tercer Estado en beneficio de los estamentos privilegiados, entre cuyos privilegios más preciados se contaba justamente la exención de los impuestos. El blanco al que apuntaban estos reclamos eran la aristocracia y la Iglesia.

¿Cómo se expresaban ideológicamente estos intereses burgueses? Tómese el ejemplo del universalismo, es decir, la creencia en ciertos principios que valen para la humanidad en general, en cualquier tiempo y lugar. El universalismo tiene una larga historia en occidente, pero tuvo un significado muy especial y prominente para la burguesía francesa. Para decirlo rápidamente, el desafío burgués al privilegio y a los estamentos privi-



legiados, a la nobleza y a la Iglesia, se expresó como una reivindicación del universalismo en contra del particularismo aristocrático. La burguesía desafió a la aristocracia invocando los principios universales de la ciudadanía, de la igualdad cívica y de la “nación” (es decir, una identidad universal que trascendía a las identidades más particulares y exclusivas del parentesco, la familia, la aldea, el estatus, el estamento o la clase).

En otras palabras, la universalidad se oponía al privilegio en su sentido literal de ley privada o especial. Se reivindicaba la universalidad en contra del privilegio y de los derechos diferenciales. Había un solo paso entre el ataque al privilegio tradicional y el ataque a los principios de la costumbre y de la tradición en general. Y este tipo de desafío se convirtió fácilmente en una teoría de la historia, en la cual se les asignó a la burguesía y a sus intelectuales orgánicos el rol destacado de ser los agentes históricos de una ruptura con el pasado, la encarnación de la razón y de la libertad, la vanguardia del progreso.

En cambio, la actitud burguesa hacia el Estado absolutista es un poco más ambigua. Siempre que la burguesía tuviera posibilidad de acceder a las carreras lucrativas del Estado, el Estado monárquico le servía bien; e incluso después, la así denominada “revolución burguesa” completó el proyecto centralizador del absolutismo. De hecho, lejos de rechazar los principios absolutistas, el desafío burgués al orden tradicional sirvió de alguna manera para ampliarlos.

Tómese de nuevo el principio de universalidad. Ya en el siglo dieciséis, el Estado monárquico había desafiado los derechos feudales de la nobleza –en muchos casos, con el apoyo del Tercer Estado y de la burguesía en particular– afirmando que representaba la universalidad contra la particularidad de la nobleza y de otras jurisdicciones competentes. La burguesía también heredó y amplió otros principios absolutistas: por ejemplo, la preocupación por la planificación racional y la estandarización, promovidas por el Estado absolutista y sus autoridades principales, como Richelieu y Colbert. Después de todo, hasta la estandarización de la lengua francesa fue parte del proyecto centralizador del Estado absolutista, un proyecto de “racionalización” que encontró su expresión cultural clásica en los jardines formales de Versalles.

Investigadores como Marshall Berman y David Harvey, quienes han realizado algunos de los estudios más importantes sobre la modernidad (y sobre la posmodernidad), suelen enfatizar la dualidad de la conciencia burguesa, que se retrotrae a la Ilustración. Afirman que esta sensibilidad dual combina la universalidad y la inmutabilidad con una cierta susceptibilidad a lo efímero, a la contingencia y a la fragmentación. El argumento parece ser que la preocupación por la universalidad y por la verdad absoluta fue, desde el principio, un intento de dar sentido a la experiencia constantemente cambiante, efímera y fugaz de la vida moderna, que ellos asocian al capitalismo.

Berman cita algunos pasajes de la

novela de Rousseau *Julie, ou La Nouvelle Eloïse* (1761) como una de las expresiones más tempranas de esta sensibilidad (de hecho, define a Rousseau como la “voz moderna arquetípica” de la primera fase de la modernidad). El pasaje más significativo está en una carta en la cual el personaje de Rousseau, St. Preux, registra las reacciones que le genera su llegada a París. Lo que Berman percibe aquí es el sentido modernista de nuevas posibilidades, combinado con el desasosiego y la incertidumbre que producen el movimiento constante, el cambio y la diversidad. Berman asocia esta experiencia a una fase temprana del capitalismo.

Pero tal vez podemos percibir algo más en las palabras de St. Preux, e incluso en la propia interpretación que Berman hace de la “vorágine” de la vida moderna. En lugar de la experiencia del capitalismo

moderno, podemos percibir el antiguo miedo y la fascinación que despiertan las ciudades. Mucho de lo que el St. Preux de Rousseau, e incluso el propio Marshall Berman, tienen para decir acerca de la experiencia de la “vida moderna” podría haber sido dicho por cualquier persona del campo que llegara a la antigua ciudad de Roma. Tal vez no sea un accidente que los tropos literarios asociados a esta “experiencia de la modernidad” –los de Rousseau y los de otros textos europeos– provienen típicamente, no de la sociedad altamente urbanizada, sino de sociedades con poblaciones que son todavía predominantemente rurales.

En cualquier caso, la ideología de la burguesía francesa durante el siglo dieciocho no tenía mucho que ver con el capitalismo y se vinculaba, más bien, con las luchas desplegadas alrededor de formas de apropiación no capitalistas y con los conflictos que remitían a poderes de explotación extraeconómicos. No hay necesidad de reducir la Ilustración a una burda ideología de clase. Después de todo, entre las más grandes figuras de la Ilustración había algunos aristócratas, como Condorcet. En cambio, lo importante es que en esta coyuntura histórica en particular, en condiciones claramente no capitalistas, hasta la ideología de la clase burguesa tomó la forma de una visión más amplia acerca de la emancipación humana en general, y no solo de la emancipación de la burguesía. A pesar de todos sus límites, se trató de un universalismo emancipatorio. Por supuesto, este es el motivo por el cual pudieron apropiárselo fuerzas

---

**No hay necesidad  
de reducir la  
Ilustración a una  
burda ideología  
de clase.**

---

mucho más revolucionarias y democráticas.

Para entender la complejidad de este asunto solo debe compararse a Francia con Inglaterra. Recordemos que en el siglo XVIII, en el punto más álgido del capitalismo agrario, Inglaterra tenía una población urbana cada vez más grande, que representaba una parte mucho más significativa de la población total de la que representaba en Francia. Mediante la coerción directa, pero también por medio de la presión económica, se despojaba de sus pequeñas propiedades a quienes todavía las poseían en ese momento. Londres era la ciudad más grande de Europa. Había un mercado interno mucho más integrado y competitivo, el primer mercado nacional del mundo. Estaba en ciernes un mercado de consumo masivo de productos de uso diario —especialmente comida y manufacturas textiles— y una fuerza de trabajo cada vez más proletarizada. La agricultura, que era la base productiva de Inglaterra, funcionaba para ese entonces con principios esencialmente capitalistas, mientras que la aristocracia se involucraba cada vez más en el capitalismo agrario y en las nuevas formas de comercio. Inglaterra estaba en el proceso de crear un capitalismo industrial.

¿Cuáles eran las expresiones ideológicas y culturales del capitalismo inglés durante este período? Ciertamente no lo eran ni el racionalismo cartesiano ni la planificación racional. Era la “mano invisible” de la economía política clásica y la filosofía del empirismo británico. No eran los jardines formales de Versalles. Era el jardín inglés irre-

---

**Si queremos encontrar las raíces de una “modernidad” destructiva deberíamos empezar buscando en el proyecto del “progreso” y no en la Ilustración.**

---

gular, que se oponía aparentemente a la planificación imitando a un paisaje “natural”. Hay que decir también que el Estado inglés que promovió el ascenso temprano del capitalismo fue, en términos weberianos, mucho menos “racional” que el Estado del Antiguo Régimen francés; y el sistema legal inglés, que se apoya en el derecho común, es hasta el día de hoy menos “racional” que el Código Napoleónico que siguió a la Revolución Francesa, o que otros sistemas continentales que se apoyan sobre el derecho romano.

Por supuesto, esto no significa que Inglaterra no haya jugado un rol importante en la Ilustración europea. No es necesario recordar, por ejemplo, que el pensamiento inglés hizo contribuciones

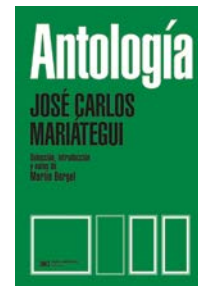
importantes al carácter crítico de la Ilustración. Y ciertamente había en Inglaterra un interés por la ciencia y por la tecnología que era compartido con otros países europeos. Tampoco es necesario recordar todo lo que la Ilustración francesa les debe a Bacon, a Locke y a Newton. Pero la ideología característica que distinguió a Inglaterra de otras culturas europeas fue, sobre todo, la ideología del “progreso”: no la idea del progreso de la humanidad, típica de la Ilustración, sino la idea del progreso de la propiedad, la ética —y, en efecto, la ciencia— del beneficio, el compromiso con el incremento de la productividad del trabajo, la producción de valor de cambio y la práctica del cercamiento y de la desposesión.

Esta ideología, especialmente la noción del progreso en la agricultura y la literatura asociada producida en Inglaterra, estuvo evidentemente ausente en la Francia del siglo XVIII, donde el campesinado dominaba la producción y los terratenientes conservaban sus mentalidades rentistas, al igual que lo hacía el resto de la burguesía. (La excepción, por cierto, prueba la regla: los fisiócratas, esos economistas políticos franceses para los que la agricultura inglesa era un modelo a imitar).

Ahora bien, si queremos encontrar las raíces de una “modernidad” destructiva —es decir, la ideología de la tecnocracia y de la degradación ecológica— deberíamos empezar buscando en el proyecto del “progreso”, es decir, en la subordinación de todos los valores humanos a la productividad y al beneficio, y no en la Ilustración. ●

# Hacia un reencuentro con Mariátegui

**La nueva *Antología José Carlos Mariátegui* (Siglo XXI, 2020) invita a recuperar un Amauta internacionalista, cosmopolita y, sobre todo, todavía vigente y estimulante. Martín Bergel, historiador y responsable de la antología, nos convoca a deconstruir la tradición mariateguista para reencontrar a Mariátegui.**



Dentro del amplio coro que participó de la conmemoración de la figura de José Carlos Mariátegui por los noventa años de su muerte cumplidos el pasado 16 de abril, fueron escasas las voces que recuperaron una dimensión crucial de su horizonte intelectual, con resonancias inmediatas en el contexto actual: la atinente a su tematización de la crisis civilizatoria que sobrevino con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Es conocido que la gran conflagración que se inició en 1914, junto a la Revolución Rusa de 1917, oficiaron tanto de cierre del largo ciclo del liberalismo decimonónico, como de apertura de esa “era de extremos” que, al decir del historiador Eric Hobsbawm, configuró al siglo XX. Y, si ambos acontecimientos impactaron decisivamente en el

escenario mundial, en pocos intelectuales latinoamericanos lo hicieron de modo tan acusado como en Mariátegui.

No obstante, las miradas predominantes que en América Latina pesan sobre el marxista peruano tienden a soslayar ese aspecto, así como otros relativos a la función de imán que el teatro global de su tiempo ejerció sobre su praxis. Succionadas por un libreto establecido que gira en derredor de unas pocas referencias y citas aisladas –recortadas de sus contextos mayores de elaboración–, esas perspectivas sobre enfatizan el arraigo local de Mariátegui y a menudo asocian su perfil a tradiciones políticas e intelectuales que han hecho de la temática de lo nacional un factor preponderante.

Así, por lo general, en esas aproximaciones permanecen fuera del campo visual numerosas “figuras y aspectos de la vida mundial” (tal el nombre que Mariátegui dio a la prolongada saga de textos que publicó hasta el momento de su muerte en la revista limeña *Variedades*). Quedan en penumbras los capítulos de la “historia de la crisis mundial”, la serie de dieciocho conferencias con las que el peruano escudriñó, a su regreso de Europa en 1923, tanto las dinámicas globales de declive de la cultura burguesa previa a la guerra, como las alternativas que signaban la marcha del proletariado internacional en ese mundo convulsionado; los textos que dedicó a sopesar las orientaciones de las vanguardias estéticas, muy especialmente los relativos al surrealismo y sus



José Carlos Mariátegui

Foto por el Sr. Ted. S. y Co. 1913

principales figuras; sus consideraciones sobre el movimiento feminista, otro fenómeno emergente que mereció sus simpatías; sus tempranas radiografías del fenómeno fascista, a cuyos prolegómenos históricos asistió en los años en que vivió en Italia en la inmediata posguerra; sus comentarios y reseñas sobre un amplio espectro de nombres que abonaban las literaturas del mundo, de James Joyce a Rabindranath Tagore y de Oliverio Girondo al rumano Panait Istrati, además de las secciones dedicadas a los “libros de guerra” (Erich María Larraín, Ernest Glaesser, Leonhard Frank) o los asociados a la experiencia de la revolución (la “nueva literatura rusa”, en la que se interna a través de algunos autores hoy olvidados); sus sagaces crónicas sobre temas

de política internacional, por ejemplo en asedios prolongados a los estertores de la Revolución Mexicana, en una serie que dedica a inventariar las reconfiguraciones de los países de Europa del Este, o en ensayos como “La libertad y el Egipto”, “El movimiento socialista en Japón” o “La misión de Israel” (allí donde toma distancia del sionismo al escribir que “el pueblo judío que yo amo no habla exclusivamente hebreo ni yiddish; es políglota, viajero, supranacional”); sus notablemente informados comentarios críticos de revistas culturales de aquí o de allá, como *Europe*, del núcleo que rodeaba a Romain Rolland, *La Gaceta Literaria* de Madrid, la *Martín Fierro* de Evar Méndez, Borges y otros, o *Monde*, de Henri Barbusse; sus recepciones y usos del psicoanálisis

freudiano; o, para concluir este listado sumario e incompleto, sus estampas de figuras del espectáculo, las artes y la cultura internacional-popular de su tiempo (como Charles Chaplin, Diego Rivera o Isadora Duncan).

Tan amplios supieron ser la curiosidad intelectual y el afán de Mariátegui por cartografiar los elementos de su “época” (una categoría omnipresente en sus escritos), que ante el inagotable desfile de nombres y temas pareciera que *todo* el mundo cultural y político de la posguerra, hasta su repentina muerte en 1930, aparece registrado, como en un fresco, por el pulso de su escritura arborescente. Y todo ello desde una inquebrantable voluntad de marxismo y una ardorosa vocación por colocar en franco diálogo y hasta yuxtaposición a las vanguardias estéticas y las vanguardias políticas revolucionarias, en un movimiento que abonó por múltiples vías su socialismo de tipo cosmopolita.

Si todo ello es así, ¿a qué puede obedecer el hecho de que Mariátegui sea un autor tan evocado pero tan desperejamente conocido, tanto más supuesto que efectivamente leído? A sabiendas de que el fenómeno no es en absoluto privativo del intelectual peruano, señalo dos órdenes de razones que en su caso contribuyen a provocarlo. Por un lado, la escritura mariáteguiana es fragmentaria, huidiza, trabajosa para el lector. Lleva la marca indeleble de su estación juvenil en el diarismo y la faena periodística, que funcionaron para él como espacios sustitutos de la educación formal de la que, por los problemas de salud que lo aquejaban desde



---

**Es posible reencontrar en Mariátegui la estampa de un intelectual marxista latinoamericano que no cesó de pensar a la región dentro de las líneas de conflicto y los fenómenos político-culturales del mundo que la contiene.**

---

niño, se había visto inhibido. En sus conferencias sobre la crisis mundial, Mariátegui hace alusión a un factor constituyente de su laboratorio intelectual: su pensamiento se halla encadenado a las noticias y novedades que proveen la prensa y diversos órganos culturales, luego procesadas en su tamiz crítico y expandidas en fulguraciones poderosas y originales. Las notas de presentación de los dos libros que publica en vida, *La escena contemporánea* y los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (elaborados a partir del ensamblaje de escritos publicados previamente en los semanarios en los que colaboraba), advierten de ese carácter sanguíneo e inorgánico que preside su escritura. Por todo ello, quien se interne en alguna zona de sus casi 2500 artículos y ensayos breves debe estar predispuesto a encontrarse con textos chispeantes pero a la vez demandantes, que invitan a averiguaciones y contextualizaciones de las múltiples referencias que traen consigo.

Por otro lado, entre la letra de Mariátegui y sus potenciales lectores contemporáneos median gruesas capas de interpretaciones e imágenes sedimentadas. La ubicación cristalizada del intelectual peruano como campeón de una serie de causas (el indigenismo, el latinoamericanismo, el socialismo nacional) ciertamente dificulta el acceso a los pliegues de su praxis. Una lectura atenta de su labor complejiza esas asignaciones, cuando no las desestabiliza seriamente. Por caso, si bien Mariátegui celebró y fomentó el debate indigenista (sobre todo a través de su revista *Amauta*) como una de las orientaciones de vanguardia de la generación de la que se sentía parte, intervino críticamente dentro de ese campo, reubicando al “problema del indio” dentro de una perspectiva marxista y de clase. Asimismo, fue aún más crítico con las posiciones que denominó “superamericanistas”, por propiciar discursos identitarios y de defensa de la especificidad cultural a nivel continental.

En vistas de todo ello, una invitación a leer al intelectual peruano en el siglo XXI debe comenzar por exhortar a tomar distancia de esos lugares comunes. Se trata de deconstruir la tradición mariateguista para reencontrar a Mariátegui. Junto con instar a descubrir en sus textos temas y recovecos insospechados, me gustaría terminar estas líneas sugiriendo una clave de lectura alternativa de su labor, a la vez más representativa del conjunto de su producción y conectada con las preocupaciones que palpitan en nuestro presente de renovada crisis civilizatoria global. Mientras los *Siete ensayos* son mencionados con naturalidad

como la obra cumbre de Mariátegui, la que daría la cifra de sus inquietudes intelectuales y políticas, quisiera señalar que ese lugar, el de la revelación de sus disposiciones más sostenidas, le cabe mejor al otro libro que publicó en vida, *La escena contemporánea*.

Este volumen, publicado originalmente en 1925 y luego reeditado en pocas ocasiones (a diferencia de los *Siete ensayos*, traducidos además a múltiples lenguas), no solamente tiene un mayor parecido de familia con los otros dos libros que Mariátegui tenía casi listos para publicar cuando lo sorprendió la muerte —*Defensa del marxismo* y *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*—, sino que está construido a partir del tipo de ensayo breve que cultivó a lo largo de toda su producción madura. El peruano, por lo demás, no parece haber dado primacía a una obra sobre otra, como a menudo se desprende del sitio preeminente que suele otorgarse a los *Siete ensayos*. Y ya en otro registro, *La escena contemporánea* ofrece materiales que sintonizan mejor con algunas reclamaciones de la hora actual. “El internacionalismo no es solo un ideal; es una realidad histórica”, escribió Mariátegui en alusión a la experiencia de mundialización intensa a la que asistía. En tiempos en que desde el ambientalismo y los nuevos feminismos se proclama la necesidad de reinventar una imaginación internacionalista, es posible reencontrar en Mariátegui la estampa de un intelectual marxista latinoamericano que no cesó de pensar a la región dentro de las líneas de conflicto y los fenómenos político-culturales del mundo que la contiene. ●

# Cine lado B

El acceso al cine y a todo tipo de producciones audiovisuales se ha democratizado profundamente en los últimos años gracias, entre otras cosas, al desarrollo de internet y de las plataformas de *streaming*. Sin embargo, en el mismo movimiento, se ha producido una estandarización y homogeneización de los consumos culturales.

Los famosos algoritmos tienden a limitar el horizonte, envolviéndonos en una oferta que se parece cada vez más a sí misma. Existe un margen muy pequeño para lo novedoso o lo disruptivo.

Es por eso que a continuación recomendamos una serie de películas que –en su mayoría– no se encuentran en Netflix, Amazon Prime o Disney Plus, pero sí están disponibles en otros sitios y con libre acceso (solo hace falta *googlear*). Se trata, en todos los casos, de producciones de carácter social y político, de distintas partes del mundo y sobre historias poco afamadas que vale la pena conocer.



## CAPITANES DE ABRIL *Portugal, 2000*

El 25 de abril de 1974 el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) de Portugal terminó con la dictadura más longeva (1933-1974) de Europa Occidental. Esas horas decisivas que dieron nacimiento a la “Revolución de los claveles” son las que narra esta película de la directora y actriz María de Medeiros.

El relato se centra en el capitán Fernando José Salgueiro Maia, que tuvo a su cargo el asalto al cuartel ubicado en el centro de Lisboa donde se refugiaba Marcelo Caetano, el último dictador del *Estado Novo*. Maia, que se mantuvo al margen de los debates políticos posteriores, había sido soldado en las guerras imperialistas contra los movimientos de liberación africanos en Mozambique y Guinea-Bissau.

El hartazgo con la guerra colonial, la falta de libertad y la miseria planificada de la dictadura fascista convergieron en esa jornada histórica que abrió un proceso revolucionario breve pero intenso, y que cambió el país para siempre.



### **LA SAL DE ESTE MAR** *Palestina, 2008*

Una *road movie* de la directora Annemarie Jacir que recupera la historia del pueblo palestino al calor de la opresión colonial que persiste en pleno siglo XXI.

Soraya, una joven de ascendencia palestina de Nueva York, viaja a conocer la tierra de su abuelo y a recuperar el dinero que tiene en una vieja cuenta bancaria. En su estadía conoce a Emad, un joven nacido en los campos de refugiados que trabaja como mozo y sueña con viajar a Canadá. Sin embargo, los objetivos de ambos se ven frustrados por diversas razones vinculadas a la ocupación israelí.

Esto lleva a que decidan arriesgarse a violar la ley (que es presentada como una arbitrariedad y una injusticia) para lanzarse a un viaje que termina siendo un recorrido por la historia de su pueblo y de sus raíces familiares. El film teje ese lazo histórico asentado en la injusticia del destierro, sobre el cual un pueblo forjó su identidad y la legitimidad de su reclamo. Lejos de romanticismos, sin embargo, no oculta la crueldad de la situación actual.



### **OPERACIÓN OGRRO** *España, 1979*

Gillo Pontecorvo, director de *La Batalla de Argel* (1966) relata en esta película los preparativos para el atentado que Euskadi Ta Askatasuna (ETA) realizó contra Luis Carrero Blanco en 1973. Considerado el sucesor natural del dictador Francisco Franco, este siniestro personaje había sido nombrado presidente de España unos meses antes de ser asesinado.

El filme se ocupa de contextualizar el momento político de la España de principios de los '70 y los debates que se desarrollaban en el movimiento popular en torno a la lucha contra la dictadura.

Si bien el propósito inicial de ETA era secuestrar a Carrero Blanco para intercambiarlo por presos políticos, la represión del régimen cambió el objetivo, dando lugar a uno de los atentados más increíbles de la historia por su originalidad.



### **CATCH A FIRE** *Sudáfrica, 2006*

Basada en la historia real de Patrick Chamusso, militante el Congreso Nacional Africano (CNA), organización político-militar que luchó por el fin del apartheid en Sudáfrica, da cuenta de los últimos años de la lucha contra el régimen racista en la década de 1980.

Del director australiano Phillip Noyce, la película recoge la transformación de Chamusso desde un despolitizado trabajador de la petroquímica Secunda en un combatiente del CNA. Acusado injustamente de un atentado, es detenido por el detective antiterrorista Nic Vos (interpretado por Tim Robbins) y torturado.

Una vez liberado, luego de probarse su inocencia, decide viajar a los campos de entrenamiento de la organización insurgente en Mozambique para luego regresar a continuar la lucha. La obra recupera y da cuenta de la estrategia político-militar que tuvo el CNA a lo largo de casi toda su historia. Un buen contrapunto a la imagen edulcorada del Nelson Mandela de los años '90.



## Z *Grecia, 1969*

Un crimen político, una investigación plagada de encubrimientos institucionales, un fiscal honesto, militantes y un fotoreportero entrometido en busca de la verdad. Esta película, que catapultó a su director, Costa-Gavras, al plano internacional al ganar dos premios Oscar, es un apasionante thriller sobre un hecho prácticamente desconocido.

Aunque nunca hace referencia al país, la ciudad, ni el nombre de la víctima, la obra está inspirada en el libro homónimo que se basa en el asesinato de Grigoris Lambra-kis, un político pacifista griego muerto en 1963 por un grupo parapolicial en la ciudad de Salónica.

Con un nivel de tensión siempre en ascenso y la incógnita sobre si habrá o no justicia, Costa-Gavras logra un final a la altura, donde se comprende finalmente el título del filme.



## EL EJÉRCITO DEL CRIMEN *Francia, 2013*

Durante la ocupación nazi de Francia, un grupo de militantes comunistas conformó el Francs-tireurs et partisans – Main d’oeuvre immigrée (FTP-MOI). Se trató de una rama relativamente autónoma de los partisanos de la resistencia ya que no respondían al Partido Comunista francés sino al Komin-tern en Moscú y estaba integrada por exiliados de varios países.

La película, del director francés Robert Guédiguian, se centra en Missak Manouchian, un comunista armenio que había perdido a gran parte de su familia durante el genocidio llevado a cabo por los turcos. Él es el encargado de comandar la organización en París. Para eso debe unificar a un heterogéneo grupo y al mismo tiempo lidiar con las exigencias cada vez mayores de los líderes soviéticos y la acción represiva de la policía colaboracionista.

Se trata de una obra que realza el compromiso político y militante de los integrantes del FTP-MOI. Empezando por el propio Manouchian, que expresa una continuidad entre la lucha de su pueblo contra los turcos y la resistencia al nazismo. Internacionalismo proletario en todo su esplendor.



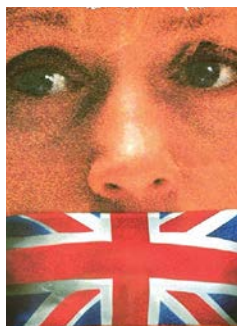
## ALLENDE EN SU LABERINTO *Chile, 2014*

Las últimas siete horas del presidente chileno Salvador Allende, desde la madrugada del 11 de septiembre de 1973 hasta que se consuma el golpe en su contra.

Si bien la película se acota a las horas finales del gobierno de la Unidad Popular, no deja de mostrar las tensiones dentro de la coalición. Sectores reformistas acusan a Allende de dejar crecer el “extremismo” y provocar a la derecha. Justificando, de alguna manera, el golpe. Por su parte, Augusto “el Perro” Olivares, asesor personal del presidente, personifica al ala izquierda del gobierno. Le insiste en que no se rinda y le cuestiona no haber tomado las armas para enfrentar a la derecha que “no entregará el poder de manera pacífica”.

Durante esas horas finales aparece también de manera constante -en palabras de quienes protagonizan el documental- la reflexión sobre el tipo de gobierno, la “vía chilena” al socialismo, el rol de la clase obrera. Aportando a una mirada general del particular proceso revolucionario de Chile.

El final es conocido pero no por eso deja de ser conmovedor. El último discurso de Allende por teléfono y transmitido por Radio Magallanes es actuado en su totalidad –no utilizan el audio original– y está logrado de manera impecable.



## HIDDEN AGENDA *Irlanda del Norte, 1990*

Una historia de dos conspiraciones: la primera para encubrir un crimen; la segunda vinculada al ascenso de la conservadora Margaret Thatcher al gobierno del Reino Unido.

El filme del británico Ken Loach, ambientado en la década de 1980, comienza con el asesinato de un abogado estadounidense, Paul Sullivan, que estaba recolectando denuncias de violaciones de los Derechos Humanos por parte de la policía norirlandesa. Esto motiva el viaje a Irlanda del Norte de un policía-detective inglés, el reconocido Peter Kerrigan, que irá desenmarañando una trama de encubrimiento del terrorismo de Estado aplicado en ese rincón del reino.

En el camino de su investigación se encuentra con constantes trabas y amenazas: de las fuerzas de seguridad, de inteligencia y de dirigentes con vínculos estrechos con Downing Street 10. Todo esto tensiona su honestidad intelectual y su fe en el buen funcionamiento institucional.

La película está inspirada en el llamado "Informe Stalker" que investigó la política de "disparar a matar" de la policía de Ulster durante los '70 y '80. Fueron denuncias que quedaron en la nada, justamente por obstrucciones a la investigación y al proceso judicial.



## EL PUTO INOLVIDABLE *Argentina, 2016*

Un conmovedor documental sobre la lucha, el amor y la militancia de Carlos Jáuregui, fundador y primer presidente de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA). La película hace un recorrido cronológico por la vida de Jáuregui para dar cuenta de una figura que marcó una época en la lucha por la ampliación de derechos.

Se pone de manifiesto el contexto de la Argentina posdictadura de la década del 80 y principios de los 90 con la aparición del VIH, las razas a bares y boliches gays y la paciente militancia de un movimiento por entonces incipiente. Se destaca la enorme visión política que tuvo Carlos en ese contexto. Su apuesta por convertir un colectivo perseguido y oculto en un movimiento orgulloso, visible y combativo.

Fue así que tendió puentes con los organismos de Derechos Humanos y con todo el movimiento disidente fomentando una unidad que hasta entonces no existía entre gays, lesbianas, travestis y trans, dando así lugar a la primera Marcha del Orgullo de Argentina en 1992.

*El puto inolvidable* es un documental fundamental para entender el pasado reciente. Es un homenaje a la militancia, a la perseverancia y a la importancia de no darse por vencido aún en tiempos difíciles.



## LA CECILIA *Brasil, 1975*

Entre 1890 y 1894 existió en el Estado brasileño de Paraná la Colonia Cecilia, creada por anarquistas italianos que buscaban realizar la utopía de una comunidad comunista sin autoridad ni patrones.

Dirigida por Jean-Louis Comolli, destaca la figura del agrónomo y escritor Giovanni Rossi, ideólogo del proyecto. El filme da cuenta de distintas discusiones sobre la mejor forma de organización social. Se menciona a Malatesta, a Bakunin. Asimismo se ponen sobre la mesa los debates sobre el rol de las mujeres, la familia y el amor libre.

La discusión entre intelectuales y campesinos también genera conflictos. Las familias campesinas son católicas y se ordenan de manera patriarcal. Sin embargo, son ellas las que alimentan a la colonia. Varias veces se le pide a Rossi que intervenga pero él se niega ya que es un intelectual positivista que intenta mantenerse al margen de los debates para ver cómo funciona "el experimento".

Sin embargo, esta actitud pasiva no evitará que se profundicen los conflictos internos de la colonia y con el Estado de la flamante República Federativa de Brasil. ●



# El modernismo popular de Mark Fisher

**Pasaron tres años desde que perdimos a Mark Fisher, pero sigue aumentando su conocimiento y su influencia intelectual. Recientemente, Caja Negra Editora editó en español su libro *K-punk: The Collected and Unpublished Writings of Mark Fisher*.**

En el centro de la obra de Mark Fisher se encuentra lo que él llamaba “modernismo popular”. Con esto se refería a un tipo de cultura —presente sobre todo en la música— que mantenía un pie en lo experimental y un pie en lo comercial. Para calificar como popular, una obra debía ser completamente comprensible y deshacerse de las formas pasadas siguiendo el imperativo modernista “hazlo nuevo”. Esta idea se apoyaba en la tesis de que la cultura más interesante de la posguerra se había desarrollado en el marco de la prosperidad del Estado de bienestar gracias al trabajo de estudiantes que asistían a las escuelas municipales de arte y que, en algunos casos, recibían becas para continuar sus estudios en la universidad.

Fisher argumentaba que el modernismo pop encarnó cierto optimismo que nunca se recuperó del todo

luego de los profundos ataques que sufrió durante los años ochenta. Sin embargo, no fue de ningún modo un ignorante de la música pop contemporánea: llegó a elogiar la “tristeza” y la “ambivalencia” de la joven Rihanna y a aplaudir el “existencialismo” de Dido. A pesar de que su hábitat natural era la polémica, la obra principal de Fisher pretendía darle cuerpo a realidades alternativas y forma a los futuros perdidos que rondan el presente como fantasmas.

En 2008, Repeater Books —editorial que Fisher creó junto a Tariq Goddard luego de abandonar Zero Books— lanzó un volumen de 800 páginas: *K-punk: The Collected and Unpublished Writings of Mark Fisher*. Recoge escritos, entrevistas y entradas de blogs del período entre 2004 y 2006, e intenta poner orden en el pensamiento de una figura cuya muerte, en 2017,



significó una gran pérdida para la vida intelectual socialista.

La filosofía de Fisher de “ir más allá del principio del placer” apuntala su escritura. Tal como argumentó en *Realismo capitalista*, vivimos en un estado de “hedonía depresiva”: no “la incapacidad para sentir placer” sino “la incapacidad para hacer cualquier cosa que no sea buscar placer”. Los trabajos de la antología exploran este estado a través de una profusión de géneros, formas artísticas y formas de vida —hiphop, *indie*, *neo-noir*— en un estilo que combina un criticismo principiante con una selección ecléctica de puntos de referencia filosóficos. Fisher siempre insistió en que la teoría debe ser utilizada para intensificar el examen de la vida cotidiana, y la libertad ganada gracias al dominio de estos métodos de análisis se hace sentir en su escritura. Tuvo



**No es que seamos anticapitalistas, es que el capitalismo está en contra nuestra.**

contacto con esta cultura a través del periodismo musical de los años ochenta: “No es por lamentarme” –escribió– “pero, para alguien de mi procedencia, es difícil ver otro lugar desde donde podría haberme llegado ese interés”. Su escritura parece darle existencia a un sistema –una arquitectura completa– siendo cada entrada del blog una oportunidad para ajustar sus pilares y sus límites.

El énfasis de Fisher en lo cotidiano lo posiciona en la línea de la Escuela de Birmingham y la tradición de los estudios culturales, de Richard Hoggart y de Stuart Hall, quienes, en los años sesenta, setenta y ochenta, navegaban la vía entre la maquinaria especulativa de la teoría y los sentimientos y acontecimientos que esta pretendía explicar. Como ellos, Fisher comprendió que no solo las canciones de protesta tenían

contenido político. Sin embargo, Fisher se opuso a la academia y a la forma impasible de interrogación a la que con demasiada frecuencia daba lugar, y manifestó la frustración que le hacían sentir el izquierdismo académico y su adhesión dogmática a una teología cuasi marxista.

Los blogs se convirtieron en una especie de respiro en medio de esta escena árida. En 1991, Fisher terminó un doctorado en filosofía en la Universidad de Warwick. Cinco años después, cuando publicó su blog y tomó el nombre de “k-punk”, dijo que su relación con la academia era “eh, difícil”. En una entrevista de 2010 confesó que “el trabajo académico te fuerza a aceptar la idea de que no puedes decir nada acerca de ninguna cosa hasta que no hayas leído a todas las autoridades en la materia [...] Publicar en el blog fue una

manera de engañarme a mí mismo para volver a escribir en serio”. Por supuesto que *K-punk* también nutrió a su propia comunidad, convirtiéndose en un centro de intercambio en internet según un espíritu tecnoidealista que todavía era viable a comienzos de los años dos mil.

El nuevo volumen contiene la introducción inédita a un libro en el que Fisher estaba trabajando: *Acid Communism*. Agitado por las crueldades de la coyuntura –Brexit, Donald Trump, la amarga naturaleza de la interacción digital–, Fisher buscaba nuevas formas de conexión y eligió, de forma imprevista, revitalizar el conjurado utopismo de la contracultura psicodélica de los años sesenta. Esperaba que pudiésemos encontrar en esto un tipo de conciencia capaz de superar no solo los legados del neoliberalismo, sino también los de un “izquierdismo autoritario” que neutralizó estos experimentos en los años setenta.

Fisher consideraba a Stuart Hall y a la Nueva izquierda como precursores de este proyecto, afirmando que “el socialismo que quería Hall –un socialismo que pudiese comprometerse con los anhelos y con los sueños que escuchaba en la música de Miles Davis– era algo que todavía debía inventarse, y su llegada fue obstruida tanto por figuras de la izquierda como de la derecha”. El objetivo era imaginar nuevas formas de conocimiento mutuo y de contacto. Fisher decía que “en la izquierda nos ha costado entenderlo”: no es que seamos anticapitalistas, es que el capitalismo está en contra nuestra. Y solo podremos superarlo “desolvidando” nuestras capacidades colectivas de producir, de cuidarnos y de disfrutar. ●



# No hay futuro sin elaboración del pasado

**El historiador Enzo Traverso se ha consolidado como una de las voces más destacadas de la escena marxista contemporánea. Tuvimos la oportunidad de dialogar con él sobre el ascenso de la extrema derecha, la crisis actual y la necesidad de *elaborar* el pasado para construir un nuevo “modelo” de revolución.**

NICOLAS ALLEN / MARTÍN MOSQUERA | **Hace algunos años, Étienne Balibar escribió que la tradición socialista europea se estaba dividiendo en dos tendencias. Una cosmopolita, orientada a extender la ciudadanía o los derechos humanos más allá de las fronteras nacionales, representada intelectualmente por Habermas. Y otra centrada en la defensa de los restos del Estado de bienestar, lo que suele implicar una defensa de la Nación que, a su vez, se expone al riesgo de derivar en orientaciones “rojipardas” (es decir, de preferencia nacional, restricción de la entrada de migrantes, etc.). Las dificultades que experimentó Corbyn ante el Brexit podrían entenderse como una confirmación de esta hipótesis. ¿Coincide con el diagnóstico?**

ENZO TRAVERSO | No estoy totalmente de acuerdo con el diagnóstico que dibujó Balibar. Seguro destaca algunos elementos que existen en el contexto europeo en particular, pero me parecen elementos que se ubican en secuencias históricas y políticas distintas. El planteamiento posnacional de Habermas surgió en la década de los ochenta, antes de la reunificación de Alemania, con la idea de una identidad alemana posnacional como una manera de sobrepasar y de integrar la memoria del Holocausto. Después, en la

década de los noventa, Habermas desarrolló su idea de lo posnacional en un contexto en el cual la izquierda europea buscaba una nueva identidad, partiendo del presupuesto de que la cuestión social estaba resuelta o que era una herencia del siglo XX, y que en el siglo XXI la izquierda podría renovarse solamente a partir de reivindicaciones centradas en los derechos humanos y de las minorías, como por ejemplo el matrimonio gay. La teoría habermasiana, basada en un paradigma comunicativo, alternativo al de clase, intentaba seducir a una izquierda en búsqueda de nuevos modelos y acompañar la transición hacia una nueva izquierda liberal.

Este es un razonamiento propio de la década de los noventa. Me acuerdo del *think tank* del Partido Socialista francés, la Fundación Jean-Jaurès, que planteó que el futuro de la izquierda era la ecología, las clases medias y sus nuevas exigencias, y que había que sobrepasar los límites del Estado de bienestar. En Italia fue el PDS [Partito Democratico della Sinistra, sucesor del PCI], el que organizó un congreso bajo el eslogan de “*care*”, que nadie entre sus delegados comprendía: una tentativa desesperada para llenar un vacío espantoso. Pero ese debate, a mi parecer, quedó agotado. Porque, por otro lado, la izquierda de la década de los noventa hizo



la experiencia del giro neoliberal y Alemania e Inglaterra fueron, precisamente, un laboratorio desde este punto de vista. Schröder y Blair fueron el principio de la metamorfosis neoliberal de la socialdemocracia.

Después de la crisis de 2008-2009 se difundió la conciencia, dentro y fuera de Europa, de que la izquierda tenía la necesidad de reconectar las reivindicaciones de derechos humanos, derechos de las minorías, reivindicaciones culturales y ecológicas, con una defensa de los derechos sociales duramente golpeados por el capitalismo neoliberal. Y lo que ocurrió en los últimos meses con la crisis del COVID-19 y el posterior estallido antirracista (primero en Estados Unidos y después a una escala global) me parece que indica justamente esta vía. El movimiento surgió, precisamente, como un movimiento antirracista; pero ubicado en el marco de la crisis del COVID-19, una crisis que golpea minorías étnicas que se corresponden con las capas sociales más pobres y vulnerables. Y esas características se reproducen en muchos otros países.

Para dar un ejemplo latinoamericano: en Chile, Mapuche Lives Matter no es la reivindicación de los sectores acomodados urbanos de las nuevas clases medias. En Italia, el movimiento antirracista es impulsado por los inmigrantes irregulares, africanos en su gran mayoría. Plantean un problema de ciudadanía y un problema económico de defensa de derechos, de salario básico, etc. En Francia, después de los *gilets jaunes* del año pasado y del movimiento en contra de la reforma de las pensiones, hubo un movimiento antirracista muy

poderoso, que no es de los centros urbanos acomodados, sino de las periferias y de las minorías de origen inmigrante. Me parece entonces que el diagnóstico de esa divergencia no está más vigente. Algo cambió.

Lo que es claro es que hay una búsqueda de una nueva salida y de una nueva conexión entre la defensa de derechos económicos y sociales, las reivindicaciones ecológicas y los derechos de las minorías. Y es una búsqueda que excluye radicalmente a los viejos aparatos políticos. En Europa son movimientos que no se expresan en los viejos aparatos políticos sino que buscan, con muchísimas dificultades, una nueva salida. En Estados Unidos el contexto es diferente, porque aunque este movimiento surgió después de la derrota de Bernie Sanders en las primarias demócratas, coincidió con la elección de candidatos de izquierda en otras primarias a nivel local. Entonces en Estados Unidos el contexto es diferente. En cualquier caso, hay que actualizar el diagnóstico.

Además, el planteo de Habermas es un planteo liberal. Habermas dice: “como alemanes, no tenemos el derecho de reivindicar una continuidad con la historia nacional de Alemania; debemos repensar nuestra identidad en términos cosmopolitas, integrando la memoria del Holocausto. El futuro de Alemania se ubica en Occidente”. Esta es la idea del *Verfassungspatriotismus*, el patriotismo constitucional, que implica integrar a Alemania profundamente en el dispositivo atlántico, que es el dispositivo de la democracia liberal y de la economía de mercado. La izquierda sí debería sacar



---

**Hay una nueva búsqueda para conectar la defensa de derechos económicos y sociales, las reivindicaciones ecológicas y los derechos de las minorías. Y esta búsqueda excluye radicalmente a los viejos aparatos políticos.**

---

una lección de Habermas: hay que elaborar el pasado; no hay futuro sin la elaboración del pasado. Pero no creo que se pueda construir una izquierda del siglo XXI sobre bases habermasianas.

**NA / MM | ¿Pero no hubo un periodo, posterior a la crisis de 2008, donde la izquierda europea y estadounidense (Sanders, Corbyn y Melenchon, por ejemplo) estuvo más bien sesgada hacia “la cuestión social”, descuidando temas como la “cuestión nacional”, la “raza”, el feminismo, las migraciones y las minorías?**

ET | En esta cuestión hay una ambigüedad muy fuerte y creo que la izquierda está pagando un precio muy alto por su incapacidad de ofrecer un discurso alternativo al de la derecha y la extrema derecha: el discurso alrededor de la soberanía nacional. Cuando hoy se habla de soberanía, casi automáticamente se entiende soberanía nacional. Como si no existiera otra manera de definir la soberanía. Si no somos capaces de cortar esta ambigüedad y aclarar el asunto, entonces no seremos capaces de contestar el discurso de la extrema derecha. Es decir, no hay democracia sin soberanía. Es un principio básico de la teoría política y de la experiencia política. Para que una democracia sea auténtica, debe haber autoemancipación. Y autoemancipación significa capacidad de planear, de controlar, de manejar, lo cual implica también delimitar una esfera en la cual seamos capaces de decidir, de asumir nuestro destino y planear nuestro futuro.

Si la soberanía se define como soberanía nacional, entonces se legitima el discurso según el cual “hay que volver a la moneda nacional”, “hay que cerrar las fronteras”, “hay que expulsar a los inmigrantes”, “hay que delimitar la comunidad soberana en términos étnicos, raciales, religiosos, nacionales, culturales”. De esta forma, quedamos prisioneros. Pero, por otro lado, rechazar la soberanía nacional en pos de una postura cosmopolita y anular la cuestión de la soberanía como tal también es un error. Si hubiese, por ejemplo, un referéndum que establezca que el agua es una propiedad pública, eso también significaría tomar decisiones sobre cómo se distribuye el agua, cómo se limpia el agua y quién gestiona esto. Hay que delimitar esta soberanía. Soberanía no significa regresar a las identidades nacionales en contra de Europa. Se puede hablar fácilmente de una soberanía popular en Europa que sería todo lo contrario de la Unión Europea tal como funciona hoy. La cuestión de la soberanía popular-democrática me parece una cuestión fundamental, que hay que oponer al discurso de la soberanía nacional y de los nuevos nacionalismos.

En la izquierda actualmente hay un discurso muy sofisticado desde un punto de vista teórico-intelectual y que tiene una dimensión anarquista: el discurso sobre el poder destituyente. Según este discurso, emancipación significa derrotar y destituir el poder. La emancipación es un movimiento en contra de todo tipo de soberanía. Yo soy muy escéptico con respecto a esto. Por supuesto que todo movimiento revolucionario o de cambio tiene una carga radical destituyente, pero si no incluye también un nuevo poder constituyente el movimiento se agota y desaparece. Tenemos el ejemplo de las revoluciones árabes, muy explícito al respecto.

En Europa, el concepto de soberanía que hay que plantear es supranacional. Pero tampoco es una novedad el tema: hay un debate muy viejo sobre la distinción entre patria y nación. Hay una tradición de republicanismismo cívico, o patriotismo cívico, que se puede recuperar. Y desde ese punto de vista la patria no es para nada incompatible con un planteamiento cosmopolita abierto y supranacional. En el caso francés, es evidente que Mélenchon y La France insoumise son herederos de una tradición de republicanismismo nacional que siempre identificó la patria con la nación (la nación heredera de la revolución francesa y, por lo tanto, portadora



de una misión universal). En su raíz, la patria es francesa, y ahí está el origen de todas las catástrofes de la izquierda francesa con respecto al colonialismo, al movimiento antirracista y a la cuestión de la inmigración.

**NA / MM | Ha definido al “posfascismo” como un concepto en transformación, que describe un fenómeno político aún no del todo cristalizado. Este carácter inestable permite proyectar tanto la posibilidad de que la extrema derecha evolucione hacia posiciones más moderadas, que la transformen en una versión meramente más dura de la derecha tradicional, como el riesgo de que grandes eventos o una nueva crisis estimulen una radicalización neofascista. Finalmente estamos ante una nueva crisis global. Y el fuerte intervencionismo estatal suscitó toda una serie de debates intelectuales sobre la posibilidad de un salto hacia regímenes políticos más autoritarios. Sin embargo, al mismo tiempo, vemos que los fenómenos de extrema derecha no parecen estar lidiando exitosamente con la crisis (Trump, Bolsonaro, Marine Le Pen). ¿Cómo ve la relación entre la extrema derecha y la nueva crisis global?**

**ET |** Yo creo que la pregunta es esencial, pero aún estamos en una fase demasiado temprana de la crisis para contestarla. Hasta ahora, yo diría que la extrema derecha no sacó ningún provecho de la crisis. La extrema derecha al poder en Estados Unidos y en Brasil conoce grandes dificultades. Y la extrema derecha en la oposición no ha sacado ventaja de las crisis. Fue muy marginalizada.

En un país como Italia, donde hay una extrema derecha poderosa que al comienzo de la crisis era hegemónica, Salvini de la Lega Nord desapareció después del estallido de la crisis. Todos los sondeos de opinión indican que su influencia sigue bajando. La crisis como fenómeno global arraigó la conciencia de que no se puede salir de la crisis por medio de soluciones nacionales, sino solo a escala global. Muchos electores de Salvini, en marzo y abril, eran los que aplaudían a los médicos cubanos, chinos y albanos que llegaban a Italia para ayudar en los hospitales. La reacción fue una reacción popular, bastante progresista y saludable.

El discurso xenófobo de la extrema derecha no tuvo éxito. No digo que esta sea una constatación final. Puede pasar que en seis meses, con una profundización de la crisis, la extrema derecha emerja otra vez con un discurso xenófobo muy fuerte. Pero no es la solución que se dibuja ahora. Por ejemplo, en Francia, en estos últimos meses, Marine Le Pen profundizó su cambio ideológico y cultural introduciendo un componente ecológico en su discurso. Todos los sondeos de opinión indican que el perfil de los electores de extrema derecha es lo más antiecológico que se pueda imaginar. Bueno, este cambio es revelador de algo.

## La extrema derecha pudo desarrollarse porque desaparecieron las fronteras del mundo de las clases populares trabajadoras.

Si tuviéramos que analizar la larga duración de la emergencia de una nueva derecha radical, a la que yo llamo *posfascista*, creo que la raíz de este fenómeno es el neoliberalismo y la incapacidad de la izquierda para dar respuesta a las desigualdades sociales que produce. Y el hecho de que la izquierda acompañara el establecimiento del neoliberalismo, mientras la extrema derecha se construyó como fuerza de oposición.

El capitalismo se acomoda a cualquier régimen político, ya sea Marine Le Pen, Trump o el Partido Comunista Chino. Ahora la prensa norteamericana dice que Wall Street está a la expectativa porque los sondeos arrojan que Biden va a ganar las elecciones y el *establishment* se prepara para apoyarlo. Pero, al mismo tiempo, los regalos fiscales de Trump a los grandes bancos y a los poderes financieros son tan abultados que siguen apoyándolo. El gran capital, el capital financiero, las élites neoliberales, no se identifican con la extrema derecha pero la aceptan como una solución perfectamente posible.

En la situación de entreguerras había burguesías nacionalistas y un movimiento obrero antifascista. Hoy hay elites neoliberales cosmopolitas y capas populares seducidas por un discurso nacionalista. La elección de las elites no es la extrema derecha. En este sentido, volvemos a los años de entreguerras donde, fuera de Italia, la elección de las elites dominantes no era el fascismo. Solo después de 1930 las élites industriales y financieras apoyaron al fascismo. Es decir, la situación está evolucionando y es demasiado temprano para decir cuál será el resultado.

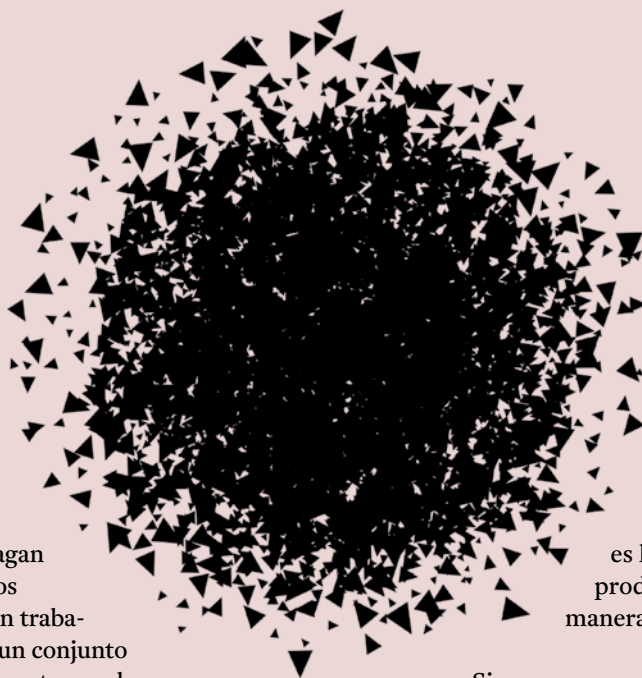
NA / MM | **Dice que el arraigo de la extrema derecha entre las capas populares se explica por dos factores principales: los estragos sociales del neoliberalismo y el debilitamiento de los partidos tradicionales de izquierda. ¿Puede explayarse sobre el tema?**

ET | Estamos en un contexto de crisis global surgido a partir del agotamiento de todo un ciclo histórico de lucha de clases del siglo XX, un ciclo en el cual la izquierda tenía una identidad (comunista, socialdemócrata) y un conjunto de valores que la definían. Cuando esa esfera ético-cultural e ideológica explotó, se abrió un lugar para la extrema derecha. La extrema derecha pudo desarrollarse porque desaparecieron las fronteras del mundo de las clases populares trabajadoras, que mantenía una idea de acción colectiva y de organización, con una memoria de luchas y de conquistas. Como todo eso desapareció, la extrema derecha pudo arraigarse en sectores de las capas populares.

Y en este contexto surge el discurso clásico de la extrema derecha, la búsqueda del chivo expiatorio. Pero la situación de hoy es diferente a la de los años de entreguerras. El ejemplo que se da habitualmente es que en 1928 los nazis eran un pequeño grupo de extrema derecha que nadie tomaba en serio. En 1930 conocieron un éxito electoral y en 1933 llegaron al poder. Pero, a pesar de este éxito extraordinario, los nazis nunca establecieron su hegemonía en la clase obrera, porque la clase obrera tenía una historia en la socialdemocracia, después en el Partido Comunista, y contaba con un mundo mental incompatible y antagónico a los valores de la extrema derecha. Hoy esas fronteras no existen más.

La extrema derecha también cambió su discurso: ya no reproduce el viejo discurso fascista, que para muchos no es tan agradable hoy en día. Hay toda una serie de investigaciones que muestran que en el norte de Italia la Lega es el primer partido obrero en términos electorales. En el norte de Francia, la región más desindustrializada del país, hubo una transferencia de votos del Partido Socialista y del Partido Comunista al Front National. Estos son hechos. Y si la izquierda no es capaz de reconstruir un discurso creíble, esta tendencia puede profundizarse.

Pero, al mismo tiempo, la extrema derecha no es el partido de las capas populares. Son movimientos con todo un conjunto de reivindicaciones mayoritariamente antipopulares. Y cuando la extrema derecha llega al poder y tiene que manejar esas contradicciones, estas explotan. No se puede decir “defendemos los servicios sociales”, “defendemos el Estado de bienestar” y después llegar al poder para hacer regalos fiscales a



todas las capas que no pagan impuestos, a los pequeños empresarios que explotan trabajadores irregulares. Son un conjunto de contradicciones que la extrema derecha no es capaz de manejar. Puede tal vez manejarla en un contexto de crisis, que no es solamente una crisis económica sino una derrota total de los sistemas políticos. La extrema derecha puede radicalizarse y tomar el poder. Pero en el marco del sistema actual, un gobierno de la extrema derecha se enfrenta muy rápido a los límites y a sus propias contradicciones.

NA / MM | **En la actual crisis vuelven a surgir debates sobre el posible fin del neoliberalismo, que ya fueron muy populares en la crisis de 2008. Nos interesa conocer su opinión al respecto. ¿Estamos ante el fin de una etapa o ante algo así como el cierre de una “onda larga” del capitalismo?**

ET | Hay un diagnóstico general según el cual, a largo plazo, el capitalismo es incompatible con la supervivencia de la especie humana. La civilización capitalista tiene límites objetivos. Yo creo que es un diagnóstico incontestable y que hay que tenerlo presente, porque es el trasfondo de todos los otros debates. Pero soy bastante más escéptico con respecto a las teorías de un agotamiento del neoliberalismo por sus propias contradicciones internas o por efecto de ondas largas del capitalismo, como los ciclos de Kondratiev y de Mandel. Yo creo que habría que releer a Mandel, porque para él no hay ciclos económicos u ondas largas que se expliquen exclusivamente por criterios económicos. La historia del capitalismo no

es la historia de un modo de producción que funciona de una manera autárquica y endógena.

Si pensamos en los últimos dos siglos, el capitalismo moderno, la gran guerra, la crisis de entreguerras, la Segunda Guerra Mundial, la descolonización, la Guerra Fría, la posterior irrupción del neoliberalismo, todos esos ciclos no se pueden explicar en términos puramente económicos. El futuro del neoliberalismo depende también de factores políticos. ¿Cuál es la salida política de la crisis actual? El ciclo del Estado de bienestar no se explica en términos económicos, sino en términos políticos. Sin la revolución rusa primero y la división del mundo con la conclusión de la segunda Guerra Mundial después, sin el desafío que el socialismo había planteado al capitalismo, el Estado de bienestar es inexplicable.

La irrupción del neoliberalismo no se puede explicar sin la derrota del socialismo real: la desaparición de una alternativa sistémica al capitalismo y la destrucción de todas las formas de resistencia, de organización y de acción colectiva que se habían construido a lo largo del siglo XX. Entonces, se puede imaginar la salida de la crisis bajo la forma de un neoliberalismo autoritario; una nueva forma de biopoder (hablando en términos foucaultianos) que establece una simbiosis entre lo económico, lo político y lo biológico, combinada con un estado de excepción mucho más fuerte que el actual. O podría adoptar la forma de un nuevo New Deal, la vuelta a un Estado de bienestar. Son dos salidas perfectamente posibles porque no conocemos todavía la solución de la crisis.



Estas no son salidas puramente económicas de la crisis, sino salidas políticas. Todo indica que puede haber un estado neoliberal autoritario tanto como un retorno a una forma nueva de New Deal. Todo depende de la dinámica de los movimientos de masas, de su desarrollo y de si aparecen nuevas formas políticas de organización de esa contestación social que es global y que es endémica.

**NA / MM | Independientemente de los pronósticos, ¿cómo cree que la crisis repercute en el mundo mental de los sectores populares? ¿Sigue siendo hegemónico lo que Mark Fisher denominó “realismo capitalista”?**

ET | Como historiador, lo que observo con respecto a las crisis anteriores del capitalismo –desde el final de la Guerra Fría– es que hay una conciencia anticapitalista de masas como no hemos visto en las últimas tres décadas. El final de la Guerra Fría –la conclusión del siglo XX, según los criterios de periodización de Hobsbawm– trajo aparejada la idea de una naturalización del capitalismo. En la cabeza de la gente común no existía alternativa del capitalismo. En el siglo XX sí había una alternativa. Una alternativa que se podía definir de maneras diferentes. Pero el capitalismo no era la manera “natural” de vivir y de organizar una sociedad.

Durante las últimas tres décadas el capitalismo se naturalizó. La gran fuerza del neoliberalismo no radicó solamente en su capacidad para destruir el Estado de bienestar, los servicios sociales, privatizar todo, limitar al máximo las fronteras nacionales, desarrollar el mercado mundial, etc. La gran potencia del neoliberalismo estuvo en su capacidad de establecer un nuevo modelo antropológico, que es el modelo del individualismo posesivo, de la competencia como forma de vida, de la precariedad social como manera natural de existir en el mundo. Pero este modelo antropológico no aparece más como algo natural. Empieza a ser contestado.

A su vez, la gente no tiene una idea clara acerca de cómo cambiar el sistema. Las alternativas del siglo XX fracasaron y constituyen una herencia muy pesada. Pero la hegemonía cultural del capitalismo, de todas formas, está siendo cuestionada en todos los continentes. En Estados Unidos, país en el cual el capitalismo fue por siglos una forma de vida popular

---

## La irrupción del neoliberalismo no se puede explicar sin la desaparición de una alternativa sistémica al capitalismo que se había construido a lo largo del siglo XX.

---

que tenía la capacidad de inventar un imaginario colectivo, también este modelo es hoy profundamente contestado. Y es justamente en Estados Unidos, entre otros lugares, donde se están construyendo alternativas. Tenemos que tomar en cuenta este paisaje global, porque estas luchas tendrán una gran influencia sobre la eventual capacidad del neoliberalismo para relanzarse y también sobre la capacidad de la extrema derecha para dibujar una alternativa de futuro.

**NA / MM | El año pasado asistimos a una serie de estallidos sociales de una escala con pocos precedentes: Chile, Ecuador, Puerto Rico, Francia, Argelia, Hong Kong y otros países. Y, sin embargo, hay un gran desfase entre estas explosiones sociales y los elementos de recomposición política. En su libro *Melancolía de izquierda* argumenta sobre la necesidad de emprender un trabajo de reelaboración o de duelo respecto a las grandes derrotas del siglo XX. ¿Cómo ve la relación entre estas nuevas movilizaciones y la situación de orfandad o de crisis de alternativa que describe en su libro *Melancolía de izquierda*?**

ET | Estos movimientos me reconfortan y pienso que son las premisas para hacer el trabajo de duelo del cual hablo en el libro. Es un trabajo de elaboración de la memoria de las derrotas de las revoluciones del siglo XX; es un duelo que, para ser fructífero, debe ser hecho por los movimientos sociales. Y tienen que hacerlo en el marco de su acción. De otra manera, no se diferencia del duelo que hace mi generación: un duelo individual. Esa no sería una reelaboración capaz de conectarse con la búsqueda de nuevas utopías



---

**Un duelo, para ser fructuoso,  
debe ser hecho por los  
movimientos sociales en el  
marco de su acción. De otra  
manera, no se diferencia del  
duelo individual y estéril, cuya  
premisa es la constatación de  
una derrota final.**

---

y nuevas formas políticas. Sería una melancolía perfectamente estéril, cuya premisa sería la constatación de una derrota final.

Para que este duelo sea fructífero hay que arraigarlo en las luchas del presente. Yo espero que estos nuevos movimientos sociales tengan la capacidad de hacerlo, porque no creo en la posibilidad de construir una nueva izquierda para el siglo XXI sin la memoria del pasado y sus derrotas. Esas derrotas fueron tan pesadas que existe la tentación de suprimirlas, en el sentido psicoanalítico de “hacer como si no hubieran existido”. Puede que en las nuevas generaciones no pese esa memoria, porque no les fue transmitida esa cultura. Pero rápidamente se enfrentarán a muchos problemas: el conocimiento del pasado me parece necesario. No me refiero al discurso clásico que consiste en decir *historia magistra vitae*: “yo conozco la historia y entonces yo estoy preparado para enfrentar el futuro”. Es un discurso muy ingenuo y falso. No es suficiente conocer el pasado para no repetir sus errores. Pero la ignorancia tampoco es la solución. El problema es cómo *elaborar* el pasado, que no es lo mismo que conocerlo.

**NA / MM | Tenemos entendido que actualmente está escribiendo una historia intelectual sobre el concepto de revolución. A modo de conclusión, ¿puede comentar algo acerca de qué lo llevó a escribir sobre este concepto crucial de la tradición de izquierda?**

ET | Es una tentativa de interpretación y comprensión del siglo XX. He escrito libros sobre la guerra

civil europea, la violencia nazi, la memoria del Holocausto, el exilio y el totalitarismo. Y después pasé a trabajar sobre el otro pilar del siglo XX: las revoluciones. El siglo XX no fue solamente un siglo de guerra y de genocidios, sino también de revoluciones. Entonces para comprender el siglo XX hay que encarar los eventos. Es un ensayo que intenta contribuir a la comprensión de lo que fueron las revoluciones. Y eso solo es posible porque tenemos la consciencia de que un ciclo se acabó.

Mi idea es que habrá revoluciones en el siglo XXI. De hecho, ya hubo: las revoluciones árabes, como una ola de revoluciones permanentes, lo que sugiere que será un ciclo de revoluciones. Los movimientos sociales de estos últimos meses indican que la revolución es una opción posible para el mundo en el cual vivimos, pero esas revoluciones serán profundamente diferentes de las revoluciones del siglo XIX y XX. Serán diferentes de las revoluciones clásicas, que van desde la revolución francesa y el ciclo de las revoluciones atlánticas (Norteamérica, Francia, Haití) hasta la Revolución Sandinista en 1979, que fue la última revolución en el sentido clásico de la palabra. Ese ciclo se acabó, y las revoluciones nuevas, del siglo XXI, serán diferentes. Un nuevo modelo de revolución —una búsqueda de nuevas formas de vida, de participación y deliberación colectiva, de organización, de debate, de autogestión— surgirá de los movimientos mismos y no será introducido desde el exterior. Pero creo que para construir este nuevo modelo de revolución es indispensable elaborar las experiencias del pasado. ●

# La Guillotina

---

¡QUE LE CORTEN LA CABEZA!

# A qué nos enfrentamos

**Fue un error pensar que ciertos límites no serían traspasados. Bajo la premisa de que no podía suceder, existió una dificultad para anticipar los movimientos más recientes de la derecha en la región. El intento de establecer un gobierno paralelo en Venezuela y el golpe de Estado en Bolivia —donde la situación, en la superficie, parecía estable— son muestras claras de ello.**

El listado de acciones recientes por parte de la derecha a nivel regional que implicaron una fisura en las reglas del juego es extenso: despliegue de militares en las calles de Santiago de Chile, Quito y Bogotá ante las protestas sociales; intento de proscripción política a las fuerzas progresistas en Ecuador y Bolivia; gobierno militarizado y política de muerte ante la pandemia por parte del presidente Jair Bolsonaro en Brasil. En Argentina, el gobierno que asumió el pasado diciembre se vio rápidamente enfrentado a políticas de asedio reaccionario por parte de un sector de la oposición.

Existe una reconfiguración de las derechas en la región, de la cual pueden extraerse siete conclusiones principales. La primera de ellas es que asistimos a una transformación en clave continental. No se trata de fenómenos aislados. Se trata, por el contrario, de entramados tejidos por operadores

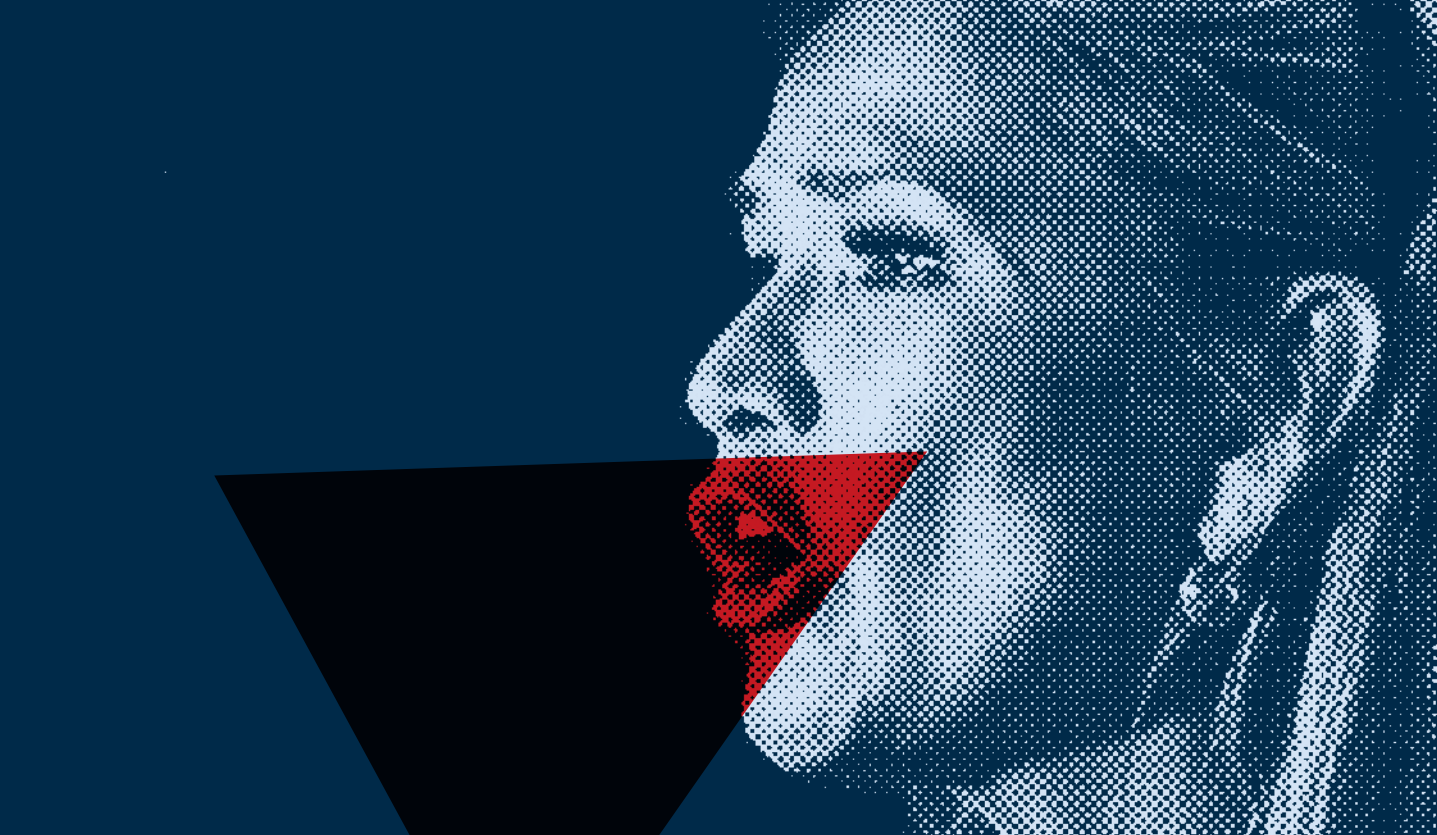
en los subsuelos de la política, en los que intervienen embajadas y fuentes de financiamiento vía oenegés, y que comparten discursos y modos de operar en los medios de comunicación, particularmente en las redes sociales.

En segundo lugar, que no existe homogeneidad. En cada caso pueden identificarse dos grandes tendencias: una que rompe discursos y prácticas según los tiempos y conflictos de cada país, y otra que procura mantener una ética y claves políticas que respeten códigos, formas, procedimientos. Ambas, sin embargo, son capaces de coincidir en un mismo objetivo. Así sucedió durante la escalada golpista en Bolivia a fines de 2019, cuando diferentes expresiones de derecha conformaron un bloque unificado alrededor del derrocamiento de Evo Morales, bloque que entró en crisis pasada esa primera etapa.

Tercero: la evolución de las dere-

chas guarda relación con la etapa del conflicto que atraviesa cada país. Existe, por ejemplo, una estrategia de persecución centrada en el *lawfare* que articula fracciones del poder judicial, mediático y político en países como Brasil, y —previo al cambio de gobierno— también en Argentina. Tal estrategia cuenta, a su vez, con mutaciones. Así queda expresado en el caso ecuatoriano donde, luego de perseguir a la dirigencia del Movimiento Revolución Ciudadana, se busca ahora proscribir su instrumento electoral. En aquellos casos en donde esa estrategia no da resultado, los agentes desestabilizadores recurren, de forma escalada, a otros métodos. El ejemplo de Venezuela resulta paradigmático en ese sentido.

La cuarta conclusión que puede extraerse es que existe un proceso de degradación política de la derecha, una extensión del formato *maiamero*, grotesco, conservador,



*showcero*, que instala miedos y mentiras de forma masiva a través de poderosas estructuras mediáticas. En Argentina, por ejemplo, además de la creación por parte de los intelectuales de la derecha de un concepto pobre, falso y peligroso como el de “infectadura”, la derecha denunció en abril que existía un “plan sistemático para liberar presos” y que esos mismos presos formarían “patrullas que amenazarían jueces y expropien el capital”.

En quinto lugar está la violencia. Si a principios del siglo una de las novedades de la derecha fue su capacidad de realizar política en las calles a través de movilizaciones –en algunas oportunidades incluso masivas–, una de las mutaciones en curso reside en la conformación de grupos minoritarios, muchas veces armados. La conformación, durante el Golpe de Estado en Bolivia, de grupos civiles armados desde Santa Cruz a Cochabamba –trasladados finalmente a La Paz–

es una muestra en ese sentido, que tiene antecedentes en 2008 y guarda relación con lo sucedido en Venezuela en 2017.

En sexto lugar, las derechas continentales pueden presentarse bajo expresiones políticamente más liberales o más conservadoras. Pero ambas comparten como principios rectores la aplicación del neoliberalismo como modelo económico y el alineamiento con Estados Unidos como política exterior. Las inversiones en infraestructura por parte de China, así como las exportaciones hacia el país asiático, centrales para varias economías latinoamericanas, no modifican la orientación de las élites que ven en la subordinación a Estados Unidos un proyecto de carácter estratégico.

No existen –o tienen un grado de fuerza marginal– expresiones de derecha que se centren en discursos nacionalistas, en lo económico

o en lo político, o que hayan construido su fuerza sintonizando con sectores populares o clases trabajadoras pauperizadas y abandonadas. En este aspecto reside una gran diferencia respecto al proceso que atraviesa Estados Unidos bajo el mandato de Donald Trump –con las debidas inconsistencias y distancias entre lo enunciado y lo ejecutado– o los desarrollados en Europa con Matteo Salvini en Italia o Marine Le Pen en Francia.

Por último, esta tendencia tiene lugar dentro de un cuadro de disputa geopolítica y una recesión mundial detonada por la pandemia que afectará a América Latina con una caída del PIB de 9,2%, con 52 millones de personas más en la pobreza y también con un incremento de los multimillonarios y sus fortunas: un aumento brutal de la desigualdad en la región ya más desigual del mundo. Tal impacto económico tendrá sus traducciones políticas y la derecha parece

ensayar, en ese contexto, tanto nuevas formas de desestabilización –hasta el derrocamiento, en caso de ser necesario– como de mantenimiento de un poder en crisis (como ocurre en Chile).

### Venezuela: el asedio sin fin

El caso venezolano resulta central para analizar una de las expresiones más avanzadas de este proceso de reconfiguración de las derechas. En este ciclo del conflicto político, la derecha venezolana fue la primera (y por ahora la única) en ingresar a un esquema de institucionalidad paralela dirigido desde Estados Unidos, algo que, en estos tiempos, guarda más similitud con las claves del conflicto en Medio Oriente que con las de los países latinoamericanos.

La derecha en Venezuela ha ensayado múltiples métodos de acceso al poder político: golpe de Estado, paro petrolero, intoxicación mediática, violencia callejera, abstención, regreso a las urnas, nueva oleada de violencia callejera, desabastecimiento, formación de grupos armados (paramilitares, bandas criminales, jóvenes pagos), choque de poderes estatales por vía legislativa, conformación de instituciones ficticias y paralelas fuera del país, asedio diplomático, intento de asesinato del presidente electo, autoproclamación de un “presidente encargado”, contratación de mercenarios...

Pero, a medida que se superpusieron los fracasos, la dependencia de la derecha golpista respecto de los Estados Unidos aumentó hasta convertirse en un *lobby* prointervención y prosanciones. Esa

situación provocó una división en la oposición –centralmente entre 2019 y 2020–, división en la que un sector cada vez más grande decidió retornar a la vía electoral, oponerse a la resolución de la disputa por medio de las armas y rechazar el bloqueo (que ha escalado al punto de perseguir a cualquier empresa, barco o naviera que comercie con la industria petrolera venezolana, llegando incluso a robar activos venezolanos en el extranjero, como refinerías en Estados Unidos y toneladas de oro en el Banco de Inglaterra).

El conflicto en Venezuela se desarrolla, de esta manera, en dos tiempos: el de la política nacional y el de la política internacional. Ambos están imbricados. Resultará imposible estabilizar nacionalmente el país en tanto no se avizore un acuerdo internacional que, por el momento, aparece como algo lejano. Esos dos tiempos tienen su traducción en las derechas: una que cuenta con ciertos grados de autonomía y otra que se convirtió en una correa de transmisión del Departamento de Estado norteamericano.

### Bolivia: with a little help from my friends

En Bolivia ocurrió lo que la derecha en Venezuela siempre amenazó con hacer pero nunca llegó a concretar: derrocamiento, autoproclamación, despliegue de políticas persecutorias y elecciones férreamente controladas una vez consolidada la criminalización de los oponentes y erigidos los pilares de la restauración económica neoliberal a través de la entrega de recursos a las empresas transna-

cionales (como sucedió de manera paradigmática con el litio y Tesla).

Existían señales que indicaban la posibilidad de un intento golpista. El riesgo de concreción de un golpe de Estado fue, sin embargo, en gran parte subestimado. El proceso de cambio contaba con una alta tasa de crecimiento, con acuerdos con la mayor parte del empresariado –como con la burguesía de Santa Cruz–, con una oposición sin liderazgo claro y con una figura de mucho peso, como Evo Morales.

El caso de Bolivia es, además, significativo, ya que en el año 2008 el gobierno había enfrentado con éxito un intento golpista y secesionista encarnado en el plan de la Media Luna de Oriente. Ante esa experiencia acumulada debió haber un reconocimiento mayor de lo que se avecinaba. Pero no lo hubo, o lo que hubo fue insuficiente y no alcanzó.

El elemento cohesionador del bloque golpista fue el derrocamiento de Evo Morales. Ese punto articuló a los sectores cruceños, con Fernando Camacho a la cabeza, a Carlos Mesa, a dirigentes de comités cívicos –como Marco Pumari, de Potosí– y a un conjunto amplio de sectores sociales que estaban convencidos de la existencia de algún tipo de fraude el día de las elecciones. El movimiento del golpe se desplazó desde Oriente hacia el centro del poder político (Santa Cruz–Cochabamba–La Paz) acompañado de grupos armados, como la Unión Juvenil Cruceña y la Resistencia Juvenil Cochala, que contaron con movilidad rápida, esquemas de combate callejero y equipamiento.



Esa unificación momentánea en torno a un objetivo común estuvo acompañada de una ingeniería comunicacional imprescindible a la hora de presentar la escalada golpista y el derrocamiento como un proceso de restauración democrática. Se trató de un golpe que negó su carácter de golpe, una operación posible solo gracias a la combinación del accionar de entidades diplomáticas, como la OEA, y de actores mediáticos nacionales (con medios privados y redes sociales) e internacionales.

### Nuevas viejas derechas

Estas estrategias crean subjetividades, envenenamientos, conforman sujetos políticos imbuidos de desinformación y, muchas veces, de odio y miedo. Pudo verse en las movilizaciones anticuarentena en Brasil, incentivadas por Jair Bolsonaro, y también en las que tuvieron lugar en Argentina, convocadas desde las sombras por sectores de la oposición. Ambas, así como las que tuvieron lugar en Madrid, compartieron —no casualmente— la misma confusión de conceptos: “contra el nuevo orden mundial, George Soros y el invento del COVID-19”.

Un proceso masivo de intoxicación, pánico y violencia político-mediática es el que puede reconocerse también en Venezuela desde los inicios del chavismo. El resultado son veinte años de conformación de un sujeto político con una fuerte marca clasista, con deseos golpistas y revanchistas, dispuesto a legitimar el asesinato de chavistas.

La cuestión es cómo pueden los

---

**la medida progresista  
—que puede justificarse  
en determinados  
momentos— contrasta  
con el avasallamiento de  
la derecha.**

---

gobiernos progresistas, de izquierda, nacional-populares, enfrentar un asedio de estas características. ¿Cómo combatir las operaciones sucias, mediáticas, políticas, que se arrojan sobre toda medida que signifique un avance popular? ¿Cómo, en otros casos, enfrentar el surgimiento de estructuras y organizaciones armadas de la derecha o el desarrollo de intentos golpistas legitimados por una arquitectura de organismos como la OEA, los grandes medios y gobiernos aliados?

Es necesario partir de la base de que determinados sectores de las derechas están dispuestos a romper las fronteras establecidas para garantizar sus intereses políticos, económicos y simbólicos. Cuentan con un dispositivo mediático-político legitimador, generalmente con mayor alcance del que disponen los gobiernos progresistas y los movimientos populares. Uno de los peligros ha sido ceder permanentemente ante esos ataques bajo la premisa de que eso los detendría. La medida progresista —que puede justificarse en determinados momentos— contrasta con el avasallamiento de la derecha.

Otro de los peligros consiste en

verse arrastrado al terreno de disputa planteado por la derecha, reduciendo la respuesta a la mera reacción. Pero: ¿cómo enfrentar un esquema golpista permanente, con bloqueo económico, aislamiento diplomático y presencia de grupos armados desde la institucionalidad tal y como fue diseñada? ¿Cómo enfrentar una escalada golpista como la que se vivió en Bolivia? ¿Cómo enfrentar procesos que buscan cerrar las democracias poniéndolas bajo estado de excepción con persecuciones judiciales, mediáticas, políticas, postergaciones electorales, proscripciones de dirigentes e instrumentos políticos?

Vivimos un momento de cambio, de agudización de las confrontaciones en una etapa de recesión económica mundial, de retroceso de la hegemonía estadounidense a nivel global, con el correlato que tal situación conlleva para nuestra región, sobre la que recaen necesidades y planes de un control mayor. Puede anticiparse que estos procesos se profundizarán. Las nuevas derechas son, en realidad, viejas —algunas casi no han cambiado—, con métodos renovados y objetivos de acumulación y despojo propios de este momento histórico. ●

# Bolsonarismo: ¿fascismo del siglo XXI?

**Hace al menos tres años que se debate si Bolsonaro es o no un neofascista. Esta discusión no es mero diletantismo. Exige rigor. ¿Cuáles deben ser, desde una perspectiva marxista, los criterios para usar la categoría de neofascismo? Es preciso ser serios al estudiar a nuestros enemigos. Quien no sabe contra quién lucha, no puede vencer.**

Definir a cualquier dirección o corriente política de ultraderecha como fascista es una generalización apresurada, históricamente errada y políticamente inadecuada. El fascismo es un peligro tan serio que nos exige mantener la serenidad a la hora de definirlo. Toda extrema derecha es radicalmente reaccionaria. Pero no toda extrema derecha es neofascista. Es preciso evaluar con cuidado a nuestros enemigos.

El gobierno de Bolsonaro es un frente que articula distintas alas de la extrema derecha. No es un gobierno fascista. El régimen sigue siendo democrático-liberal, presidencialista, con división institucional de poderes. Dada la fuerte presencia de miles de militares en cargos de gestión, puede decirse

que se trata de un híbrido. Pero Bolsonaro sí es un neofascista. O un fascista de la etapa histórica en la que vivimos, luego de la restauración capitalista en la ex URSS y en China. Evidentemente, esta caracterización sería insuficiente sin las mediaciones correspondientes. Las mediaciones no son un recurso de “elegancia del hegeliano”. Por ejemplo, es necesario advertir que el partido fascista de combate todavía no existe. Pero se engañan quienes piensan que hay en todo esto algo exagerado. Bolsonaro es peligrosísimo. Y uno de los ejes de su estrategia es la fascistización.

Bolsonaro es un caudillo. Su liderazgo es la expresión de un movimiento de masas contrarrevolucionario de clase media, apoyado por

fracciones minoritarias de la burguesía, que surgió como respuesta a las ligeras —aunque niveladoras— reformas de los gobiernos liderados por el PT y que se fortaleció por la fobia a la experiencia venezolana y el retroceso económico de los últimos cuatro años.

Bolsonaro lidera un movimiento político real, aunque todavía no tenga un partido legalizado. El hecho de que no esté legalizado es un elemento relevante, pero no disminuye su influencia de masas. El bolsonarismo es, inequívocamente, una de las dos fuerzas más grandes de Brasil. La otra es el PT.

El bolsonarismo cuenta con el apoyo de una fracción de la burguesía brasileña. Pero el núcleo duro de su base social son los sectores enfurecidos de las capas medias. Alcanzó también algo de audiencia en franjas de las clases trabajadoras. Este movimiento responde a la demanda de un liderazgo fuerte frente a la corrupción y al agravamiento de la crisis de la seguridad pública; al resentimiento frente al aumento del peso de los impuestos; a la ruina de los pequeños comercios frente al retroceso económico; a la pauperización que produce la inflación de los costos en la educación, la salud y la seguridad privadas; a



las exigencias de orden frente a las huelgas y manifestaciones y de autoridad frente a los conflictos que produce la disputa de poder entre las instituciones; al orgullo nacional frente al retroceso económico de los últimos cuatro años.

La presencia de refugiados e inmigrantes venezolanos, haitianos y bolivianos ha servido de pretexto para alimentar actitudes xenófobas. También responde a la nostalgia fantaseada por las dos décadas de la dictadura, en especial entre los militares y los policías, entre quienes Bolsonaro tiene una gran autoridad. Y como si esto no fuese suficiente, Bolsonaro ganó visibilidad dando expresión al odio que ciertos entornos sociales retrógrados y arcaicos, especialmente en el seno de algunas iglesias neopentecostales, expresan por las luchas feministas, del movimiento negro y LGBT, e incluso por las luchas ecologistas.

La extrema derecha llegó al gobierno, y su ala neofascista está luchando por el poder. Hasta ahora, sus iniciativas fueron bloqueadas con éxito. Pero esto no implica que haya sido derrotada. En su disputa por el poder, ambiciona con subvertir el régimen o el equilibrio entre las instituciones. La ofensiva por la reforma previsional fue la primera etapa de un programa de contrarrevolución económico social que se propone garantizar privatizaciones y una reforma fiscal, entre muchas cosas más.

¿Es posible una contrarrevolución social que no implique la destrucción de las libertades? Debemos plantearnos esta pregunta sin prejuicios. Es un problema teórico e histórico. Todavía no tenemos respuestas. Pero esto no reduce la importancia de la cuestión estratégica. El proyecto de Bolsonaro

---

**El gobierno de Bolsonaro es un frente que articula distintas alas de la extrema derecha. No es un gobierno fascista. Pero Bolsonaro sí es un neofascista.**

---

consiste en destruir todas las conquistas de las últimas tres décadas. El gobierno dice sin pudor que el costo de la estabilidad del régimen democrático era demasiado alto, demasiado caro. Salario mínimo, contrato formal, jubilación, salud pública y universal, acceso creciente a la educación, subsidios para el transporte público eran demasiado caros. Al mismo tiempo, los impuestos eran demasiado altos. El gobierno no disimula a quién sirve.

La elección de Bolsonaro solo fue posible luego de un proceso ininterrumpido de acumulación de derrotas que consolidó una situación reaccionaria. Las derrotas deben ser llamadas por su nombre. Quienes piensan que reducir el significado de las derrotas favorece las luchas futuras son mercaderes de ilusiones. El autoengaño es un mundo de fantasía y alimenta, de forma peligrosa, al pensamiento mágico y a las teorías de la conspiración.

Pero decir simplemente que los trabajadores y el pueblo fueron derrotados porque nuestros enemigos eran más fuertes, tampoco explica nada. Hay responsabilidades.

Durante el giro de 2015 a 2016, la mayor parte de la burguesía rompió con el gobierno de Dilma Rousseff y apoyó las movilizaciones por el *impeachment*. Y el PT descubrió que ya no contaba con la fuerza social suficiente entre los trabajadores como para resistir la ofensiva. Después de trece años de colaboración con el gran capital -hasta el límite absurdo de haber aceptado un ministro de Hacienda, Joaquim Levy, nombrado por el capital financiero- el PT se había quedado impotente. Los límites dramáticos de la estrategia de un “reformismo casi sin reformas” se revelaron ineludibles.

El proyecto político del bolsonarismo consiste en imponer una derrota histórica a los trabajadores para llevar su programa hasta el final. Las derrotas históricas son distintas de las derrotas electorales y las derrotas político-sociales. De la misma forma en que hubo victorias históricas –los triunfos de las revoluciones anticapitalistas– también hubo derrotas históricas, como el golpe de 1964 en Brasil. Cuando una derrota histórica se produce, toda una generación pierde la esperanza de que pueda

transformarse la vida por medio de la movilización política colectiva. Entonces se vuelve necesario que una nueva generación alcance la vida adulta y que madure a través de la experiencia de la lucha social. Una derrota histórica establece una relación de fuerzas desfavorable en el largo plazo. Fue necesario el intervalo de toda una generación para que la clase trabajadora se ponga nuevamente en movimiento en 1978-79.

El bolsonarismo no podría ser igual al fascismo de la Alemania nazi. Para el marxismo, el fascismo fue mucho más que un nacionalismo exaltado. En cambio, esa fue la definición que el liberalismo dio del nazismo. La retórica nacionalista de la Gran Alemania, del Tercer Reich, era funcional para ganarse la adhesión de la clase media arruinada y, en parte, de los capitalistas. Pero el nazismo fue la forma política que tomó la contrarrevolución frente al peligro de la revolución europea, cuando la existencia de la URSS todavía inspiraba la lucha de los trabajadores.

Todos los partidos fascistas defendían la necesidad de un régimen totalitario para imponer una derrota histórica de la clase trabajadora como corolario de una contrarrevolución permanente. La eliminación de las libertades democráticas de los regímenes electorales era un instrumento para destruir las organizaciones de los trabajadores. Sin embargo, el fascismo italiano no era lo mismo que el nazismo alemán (con su obsesión racista antisemita y su eslavofobia), que el franquismo español (preservación formal de la monarquía), ni que el salazarismo portugués (fanatismo católico). Mussolini también tenía sus peculiaridades maniáticas, como la nostalgia simbólica por el

Imperio romano. Durante el mismo período histórico existieron movimientos fascistas en muchos otros países, incluso en Brasil, expresado en el integralismo brasileño. Dejando de lado los matices, todos estos movimientos pueden ser calificados como fascistas.

Pero actualmente no estamos en una etapa semejante a la de los años treinta del siglo pasado, que fue fruto de la catástrofe de la Primera Guerra Mundial, de la victoria de la Revolución rusa y de la crisis de 1929. No estamos, desde la crisis económica de 2008 frente a unos “años treinta en cámara lenta”. El neofascismo en un país dependiente como Brasil no podría ser igual al fascismo de las sociedades europeas de los años treinta. No existe el peligro de una nueva Revolución de Octubre. Aun así, el fantasma de Venezuela no ha dejado de perseguir a la neurosis política del bolsonarismo. Este responde a la experiencia de los sectores de la clase media, durante los trece años de gobiernos de colaboración de clases del PT, y al estancamiento económico y a la regresión social de los últimos cuatro años (la mayor de la historia contemporánea).

El antipetismo de los últimos cinco años es la forma brasilera del anticomunismo de los años treinta. A pesar de que el bolsonarismo no fue la apuesta del núcleo principal de la burguesía, fue asimilado como un mal menor. Los modelos teóricos para definir al neofascismo pueden variar. Aquí ofrezco un bosquejo con diez criterios que deben tenerse en cuenta.

## 1. Origen social

Bolsonaro pertenece a la pequeña burguesía plebeya. La búsqueda de un rápido ascenso social a través

de una carrera en el Ejército fue común a lo largo de muchas generaciones, especialmente entre descendientes de europeos. Exigía un desempeño escolar inferior al que requerían las carreras de medicina, derecho e ingeniería en las universidades públicas (además de garantizar un sueldo desde el comienzo) y ofrecía como recompensa estabilidad y una remuneración mucho más elevada que la de un profesor de educación física. Este origen de clase explica algunas de las obsesiones de Bolsonaro: racismo rencoroso, misoginia paranoica, homofobia primitiva, resentimiento social, anticomunismo feroz, militarismo radical, nostalgia por el mundo rural, antipatía por la ciencia, fascinación por el pensamiento mágico, referencias mesiánicas religiosas, nacionalismo suburbano, admiración del modo de consumo de la clase media norteamericana y antipatía hacia los intelectuales.

## 2. Trayectoria del movimiento

Durante los últimos cuarenta años, Bolsonaro fue un oficial delirante e insubordinado y un diputado corporativo folclórico y marginal,

---

**La extrema derecha llegó al gobierno, y su ala neofascista está luchando por el poder. Hasta ahora, sus iniciativas fueron bloqueadas con éxito. Pero esto no implica que haya sido derrotada.**

---

que ocupaba el último peldaño del “bajo clero” parlamentario. Lo que siempre distinguió al bolsonarismo fue su defensa incondicional de la dictadura militar y, especialmente, del uso de los métodos del terror contra el peligro de una revolución socialista. Siempre fue mediocre, tosco, desaforado e ignorante. Pero está presente en la arena política desde hace treinta años y acumula seis mandatos como diputado federal. Que haya llegado a donde se encuentra no es del todo un accidente.

## 3. Base social y magnitud electoral de su audiencia

Pero no se puede comprender el lugar cualitativamente diferente que ocupa hoy sin analizar el papel que desempeñó la operación Lava Jato desde 2014, y la forma en que sectores de la clase dominante se apropiaron de la bandera de la anticorrupción. Las fracciones de la burguesía brasilera ya habían recurrido a esa bandera para sus luchas intestinas: en 1954, para derrumbar a Getúlio Vargas; en 1960, para elegir a Jânio Quadros; en 1964, para legitimar el golpe militar; en 1989, para que gane



---

## El antipetismo de los últimos cinco años es la forma brasileña del anticomunismo de los años treinta.

---

Collor de Melo; y, en 2016, para fundamentar el *impeachment* de Dilma Rousseff.

Bolsonaro salió de las sombras durante las movilizaciones por el *impeachment*, de 2015-2016, cuando la demanda de intervención militar ganó audiencia entre decenas de miles de personas, que eran solo una parte de las cuatro millones que salieron a las calles en más de doscientas ciudades. El bolsonarismo expresa el repudio de sectores de la clase media a las conquistas sociales y democráticas de la Constitución de 1988. Sin embargo, no puede hacerse a un lado el apoyo de la mayoría de las autoridades de las Fuerzas Armadas y de las Policías Militares. Además, logró incorporar una base obrera y popular, sobre todo a través de la influencia de una parte de las iglesias neopentecostales ultraconservadoras.

### 4. Proyecto político

El proyecto político de Bolsonaro es un autogolpe para la instalación de un régimen bonapartista. Desde marzo, cuando el impacto de la pandemia empezó a ser devastador y se llegaron a proyectar alrededor de cien o doscientos mil muertos, este plan viene fracasando. Pero si bien Bolsonaro

retrocedió, todavía no fue derrotado. Su estrategia es la subversión del régimen semi-presidencialista híbrido establecido durante los últimos treinta y cinco años.

El bonapartismo es un régimen autoritario en el que la presidencia se eleva por encima de otras instituciones (como el Congreso o el poder judicial) y concentra poderes excepcionales en nombre de la defensa del orden. Esa es la importancia del eslogan “Brasil por encima de todo”. Existieron, históricamente, diferentes tipos de bonapartismo en los países periféricos. El proyecto de Bolsonaro, apoyado en la movilización de un movimiento de masas contrarrevolucionario, sigue el plan de un régimen autoritario que, según las condiciones de la lucha político-social, podría adquirir formas semi-fascistas.

### 5. Posición frente al régimen

Las relaciones de Bolsonaro con las Fuerzas Armadas y con las policías, y los choques permanentes con los Tribunales Superiores y con el Congreso, confirman la tentación bonapartista. Bolsonaro no es un Trump tropical. Tampoco es un simple líder autoritario, que podría ser neutralizado fácilmente por la

presión de la clase dominante. Desde que asumió el gobierno, se empezaron a aprobar enmiendas a la Constitución, como la reforma de la previsión social, con pleno apoyo del ejército. Avanza y retrocede, mide sus fuerzas, provoca y negocia, pero no interrumpe la ofensiva.

### 6. Relación con la clase dominante y con la clase trabajadora

Bolsonaro intentó construir una relación con la gran burguesía al nominar a Paulo Guedes como su superministro de Economía. Se trata de una improvisación que se acelera. El plan económico presentado es ultraliberal, con énfasis en las privatizaciones indiscriminadas, en el ajuste fiscal brutal y en un ataque frontal a los derechos de los trabajadores. Su estrategia es repositionar a Brasil en el mercado mundial del lado de EE. UU. contra China. Espera contar como resultado con inversiones de EE. UU. en Brasil que le permitan salir del estancamiento.

Esta estrategia es coherente con los planes de los núcleos más poderosos de la burguesía, pero no puede ser aplicada sin una fuerte confrontación social porque, hasta ahora, no hubo una derrota histórica de la clase trabajadora brasileña. Lo que sucedió a lo largo de los últimos cuatro años —comenzando con el golpe institucional que derribó al gobierno de Dilma Rousseff— no puede definirse como una derrota histórica. Lo que vivimos fue una inversión desfavorable de la relación de las fuerzas sociales: una derrota político-social que abrió una situación reaccionaria. Pero no estamos en una situación contrarrevolucionaria.



## 7. Características del partido

Bolsonaro todavía no se apoya en un partido fascista de combate. Usó como instrumento electoral un partido de alquiler, que luego descartó. Pero esta debilidad orgánica fue compensada por la movilización de una fuerza política de masas con gran presencia en las redes sociales. Contando con el poder del Estado, será capaz de construir un partido.

## 8. Relaciones y apoyos internacionales

Sería un error grave subestimar a Bolsonaro, o a la posibilidad de que su corriente se articule a nivel internacional. En este momento se está construyendo una internacional de extrema derecha con base en EE. UU., impulsada por Steve Bannon y algunas personalidades del gobierno de Trump, como Mike Pompeo. Sus formas todavía son embrionarias. Cuenta con el financiamiento vigoroso de algunos grandes grupos económicos, que responden al proyecto de una fracción del capitalismo norteamericano que busca resistir al ascenso de China como potencia proto-imperialista.

## 9. Fuentes de financiamiento

El origen del dinero que sostuvo la campaña electoral de Bolsonaro sigue siendo un misterio. La fuerza de su presencia en redes sociales -por lejos la más importante de Brasil- sugiere que hay grupos empresariales seriamente comprometidos. Algunos de estos grupos son bien conocidos y tienen fuerte presencia en la Federación de Industrias del Estado de São Paulo.

...

En la izquierda hay tres grandes narrativas sobre el significado del bolsonarismo. La primera, predominante en el PT, sostiene que las jornadas de junio de 2013 inauguraron una “ola conservadora” y abrieron el camino para una ofensiva que derribó al gobierno de Dilma Rousseff y puso tras las rejas a Lula. El bolsonarismo sería una reacción a las reformas progresivas de los gobiernos de coalición liderados por el PT, es decir, a sus aciertos.

La segunda, minoritaria en el PSOL, argumenta que junio de 2013 constituyó una movilización democrática progresiva; la dirección de las movilizaciones contra

la corrupción en 2015, impulsadas por la operación Lava Jato, estaba en disputa; y el gobierno de Bolsonaro fue fundamentalmente el resultado de una derrota electoral, causada por las traiciones de los gobiernos del PT. Sin embargo, no estamos atravesando una situación reaccionaria.

La tercera, mayoritaria en el PSOL, sostiene que mientras la dirección social de las jornadas de junio de 2013 estaba en disputa, las movilizaciones de la clase media de 2015-16 fueron reaccionarias. Argumenta que el giro del gobierno de Dilma Rousseff hacia el ajuste fiscal, que produjo una recesión económica catastrófica, provocó la desmoralización social entre los trabajadores; y concluye que el crecimiento del bolsonarismo solo fue posible como causa de los errores de la dirección del PT, pero que su significado histórico descansa sobre una reacción burguesa de escala continental, impulsada por el imperialismo.

Recordemos, por último, la metáfora de la curvatura de la vara utilizada por Lenin: cuando la vara está muy torcida hacia un lado, para encontrar el punto de equilibrio es preciso torcerla, primero, en la dirección opuesta. Este gobierno de ultraderecha, liderado por un ala neofascista, no es un accidente histórico. Pero tampoco es fruto de una derrota histórica. El proyecto contrarrevolucionario de Bolsonaro consiste en imponer esa derrota, recurriendo a la subversión institucional con apoyo de las Fuerzas Armadas y contando con el control de las Policías Militares, a pesar de que el peligro de autogolpe es menor luego del impacto de la pandemia. ●

# ¿El Nowhere Man al poder?

**En medio de una crisis global, los Estados Unidos se preparan para sus elecciones presidenciales.**

**¿Quién es Biden, el candidato demócrata desconocido hasta por el propio electorado estadounidense y que está a punto de ingresar a la Casa Blanca?**

Por un momento pareció que las primarias del Partido Demócrata servirían para construir una candidatura interesante. ¿Sería la de Bernie Sanders, el socialista de setenta y ocho años que prometía dirigir una revolución política nacional? ¿Sería la de Elizabeth Warren, la soldada anticorporaciones que prometió, cuando menos, comprometerse en una batalla que dejaría “muchas heridas y algunos dientes” en el suelo? ¿O triunfarían las candidaturas del centro que, a pesar de abogar por políticas comunes y corrientes, ofrecían —como mínimo— la semblanza de un hecho histórico, sea en la persona de Pete Buttigieg, candidato gay declarado, o en la de Kamala Harris, abogada negra?

Nada de esto. Las primarias sirvieron para consolidar la candidatura de Joe Biden.

Si se tienen en cuenta las candidaturas recientes, Biden es un espécimen excepcional: no parece ser el preferido de ninguno de los bandos del Partido Demócrata.

Sus políticas conservadoras le resultan odiosas al ala progresista del partido a la vez que, para el ala centrista y corporativa, representa el retorno a los días en que reinaban los viejos aburridos, blancos y heterosexuales. Hasta Hillary Clinton, quien no era querida por todo el mundo, contaba con un grupo de seguidores inflexibles. Pero Biden no tiene ninguna base apasionada, y hasta su esposa advirtió a sus votantes que la candidatura de su marido sería “un poco difícil de digerir”. En la previa a la confirmación de su nombramiento, Biden despertaba menos entusiasmo del que haya generado cualquier otra candidatura demócrata en los últimos veinte años. Todavía hoy, muchas encuestas muestran que la mayor parte del apoyo a Biden está motivado por el deseo de deshacerse de Trump.

Aun así, la pandemia de coronavirus y la depresión que la acompaña —o, para decirlo con más precisión, la torpe gestión que Trump está haciendo de ellas— parecen indicar

que Biden está cerca de convertirse en el próximo presidente de los Estados Unidos. Que esto sea algo bueno dependerá de si es capaz de desafiar, en el ocaso de su vida, todas las lecciones políticas e instintos que formaron su carácter a lo largo de los setenta y siete años que lleva en este mundo.

## Un hombre sin atributos


La vida y carrera política de Biden fueron moldeadas y definidas por el flujo y reflujo de las políticas liberales en los Estados Unidos.

Nacido a mediados del siglo veinte, en pleno “consenso liberal” (alrededor de cinco décadas de compromiso bipartidista con las ideas políticas sostenidas por el presidente Franklin Roosevelt y por quienes reclamaban su legado) y casi sin saberlo, Biden se benefició del rol prominente que empezó a jugar durante este período el gobierno federal en el *American way of life*. La típica seguridad de clase media de la que gozó durante su infancia temprana fue conquistada

con el trabajo de su padre como contratista en el sector de defensa durante la guerra, mientras que los idílicos paisajes suburbanos en los que transcurrieron sus años de formación fueron el fruto del *boom* inmobiliario y de la prosperidad económica garantizados por programas del New Deal como la G.I. Bill de 1944 en beneficio de los soldados desmovilizados y el seguro hipotecario federal.

Cuando Biden finalmente se postuló para ser senador en 1972, a sus tiernos 29 años (menos de los que la ley exige para desempeñar funciones en la Cámara), el consenso del New Deal, aunque todavía no se había agotado, estaba en su fase declinante. En ese entonces, Biden hizo una campaña que hoy parece una prefiguración irónica para cualquiera que haya prestado atención a su postulación de 2019-2020: una campaña populista financiada por las bases, impulsada por la juventud, en contra de quienes amasaban millones evadiendo impuestos y en contra también de la guerra de Vietnam, y exigiendo la creación de un departamento de gobierno que se encargue específicamente de proteger el consumo y de expandir la seguridad social. Asombrosamente, Biden ganó, derrotando a un viejo y querido estadista de Delaware. Lo hizo combinando los votos blancos del área suburbana con el apoyo de la mayoría de la comunidad negra. Esto último a pesar del importante historial de su oponente en materia de derechos civiles.

No obstante, Biden declaraba con tranquilidad frente a la prensa que era más conservador de lo que su campaña había sugerido, lo cual podía adivinarse a partir de sus frecuentes afirmaciones apuntando a infundir temor frente



## La combinación entre sus instintos trepadores y conservadores hizo de Biden una persona especialmente susceptible al realineamiento derechista.

a los horrores del crimen y de la droga en las áreas suburbanas. De hecho, Biden —independiente hasta 1969— había coqueteado inicialmente con unirse al Partido Republicano. A pesar de que en sus discursos sostenía que las tropas debían retirarse de Vietnam, como ciudadano común había apoyado las campañas a favor de la guerra. Mantuvo también, casi hasta su última campaña, una posición marcadamente antiabortista que durante mucho tiempo lo dejó fuera de lugar incluso al interior de su propio partido. Como si quisiese dejarlo en claro, luego de ganar las elecciones, Biden contrató como asistentes para el Senado a alumnos y alumnas de la corporación Du Pont, que tuvieron una gran influencia en sus políticas. La mayoría eran personas blancas, lo cual provocó una dura amonestación por parte de la sección local de la NAACP (Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color, por sus siglas en inglés).

Esta disposición a prometer casi cualquier cosa en su afán por ga-

narse el apoyo de todo el mundo le trajo algunos problemas durante la campaña, luego de que un antiguo asistente manifestó que Biden le había confesado que sus verdaderas ideas sobre Israel y Palestina estaban bastante a la izquierda del espectro político norteamericano, pero que planeaba adoptar y sostener una posición inquebrantable a favor de Israel durante el resto de su campaña electoral. Como suele suceder con las personas que triunfan en la política, el interés principal de Biden estaba puesto en su propia ambición (un hecho que no intentaba ocultar cuando, durante sus años de juventud, le decía a su familia que planeaba llegar a ser senador e incluso presidente).

La combinación entre sus instintos trepadores y conservadores hizo de Biden una persona especialmente susceptible al realineamiento derechista que empezó a definir la política norteamericana cuando se encontraba a la mitad de su mandato. La reelección de Biden coincidió con la “revuelta fiscal” de 1978, un movimiento



suburbano de derecha en contra de los impuestos, que comenzó en California y se propagó hacia el este. Biden se adecuó rápidamente a esta nueva realidad, presentándose como un candidato que estaba decididamente en contra de cualquier tipo de impuesto y del despilfarro del gasto público.

En 1977, argumentando a favor de una ley que forzaba prácticamente a que todos los programas federales sean reautorizados cada cuatro años, dándose de baja automáticamente en el caso contrario, Biden afirmó: “Recorre el país un espíritu creciente a favor de reducir el Estado, de convertirlo en un Estado menos costoso y más eficiente, a favor de reducir la intrusión del gobierno en la vida privada de las personas. Tal como yo lo veo, nuestra responsabilidad es acompañar este sentimiento con acciones concretas”.

Otra cuestión que aceleró su transformación política fue la furia que asaltó a Biden hacia la mitad de su primer mandato contra las políticas de transporte escolar que intentaban combatir la segregación racial en las escuelas. De cara a las multitudes blancas de Delaware que exigían el fin de estas políticas, Biden renació abruptamente como un fanático antitransporte, hecho que no pasó desapercibido para el periodismo local. En el proceso, debilitó el movimiento por la abolición de la segregación racial y, en términos generales, el movimiento por la igualdad: uno de sus proyectos de ley logró quebrar, por primera vez, a la mayoría del Senado que estaba a favor de estas políticas. La enmienda que finalmente se aprobó fue tan am-

plia que terminó frustrando por muchos años las políticas de integración escolar, incluso en casos en los que se trataba específicamente del transporte.

Todo esto funcionó bien: a pesar de desplazarse hacia la derecha, Biden mantuvo un apoyo inquebrantable tanto entre la población liberal blanca como entre la afroamericana y, al mismo tiempo, ganó más apoyo entre los grupos conservadores. Se definió así un patrón que se repitió a lo largo de su carrera, demostrando que siempre y cuando sus opositores se posicionaran suficientemente a la derecha y los sectores liberales no tuviesen donde ir, él podría dar un bandazo sin ningún problema para apropiarse de las ideas de sus oponentes. Resultó ser capaz, también, de recaudar fondos del sector privado sin encontrar casi ninguna resistencia.

La elección de Ronald Reagan consolidó todo lo aprendido durante este período de formación. A pesar de que Biden “hizo su tarea” durante la campaña y advirtió a la población acerca del futuro sombrío que deparaba la presidencia de Reagan, prudentemente saludó su victoria argumentando que era “más consistente con el impulso fiscal de lo que un tipo como yo [...] lo ha sido durante los últimos años”.

Luego pasó una parte significativa de los años ochenta reprendiendo a las distintas alas del Partido Demócrata para que cambiaran y se posicionaran más cerca del presidente republicano de extrema derecha. Dijo que era momento de dejar atrás la reticencia al uso de la fuerza militar en el extranjero. Ya era hora de que el partido dejara de consentir a “intereses

especiales” —un término cifrado, usado en la época para referirse a las minorías y a la gente pobre— y comenzara a atender a los intereses de la “clase media”, es decir, a grupos de votantes de las áreas suburbanas, blancos y conservadores, que el Partido Republicano había convertido en su base social y cuyas creencias se alineaban de forma curiosa con las de la gente más rica y poderosa del país.

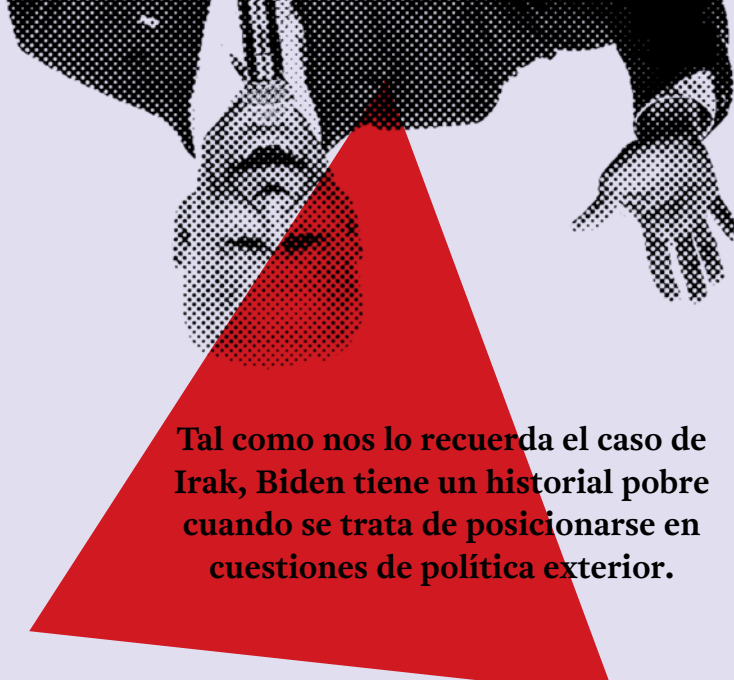
Oportunamente, Biden se pasó esa década y la siguiente corriendo detrás de objetivos republicanos, como dirigir la batuta en la creación del sistema norteamericano de encarcelamiento masivo o reducir el tamaño del Estado y revertir el New Deal.

“Clinton lo entendió”, dijo Biden en 2001, refiriéndose al enfoque de la tercera vía. “Es ahí donde está el pueblo norteamericano. Es ahí donde el Partido Demócrata debería haber estado. [...] En la actualidad gana credibilidad la idea de que la lucha de clases y el populismo deberían ser los ejes de la próxima elección. Si hacemos esto, George Bush tendrá asegurado su segundo mandato, independientemente de lo mala que sea su gestión.

### Un demócrata con currículo republicano

En medio de la crisis actual, con la evidente necesidad de apuntalar el entusiasmo progresista por su candidatura, Biden insiste en que ha visto la luz, en que de repente se comprometerá con las políticas de izquierda a cuyo ataque y desautorización dedicó su vida entera. No obstante, aun si quisiésemos creer que esto es verdad, hay muchos factores que lo tornan un cometido complejo.





**Tal como nos lo recuerda el caso de Irak, Biden tiene un historial pobre cuando se trata de posicionarse en cuestiones de política exterior.**

El primero es la falta de honestidad de Biden. Una de las características menos admirables del antiguo vicepresidente es su propensión a mentir descaradamente acerca de quién es y de cuáles son sus intenciones. Quizás el episodio más famoso en este sentido fue el colapso de su primera candidatura a la presidencia en 1987, cuando salió a la luz que no solo había plagiado muchos de sus discursos —incluyendo detalles de las vidas de otras personalidades políticas—, sino que también había mentido sobre su pasado como activista en contra de la guerra y a favor de los derechos civiles. También se supo que había exagerado sus logros académicos. Cualquier persona que se sienta animada por las directrices políticas que Biden adoptó recientemente debería recordar su declaración de 1995, cuando dijo que había pospuesto su retiro para bloquear la agenda de derecha de Newt Gingrich; luego de ganar la reelección, al año siguiente, Biden se convirtió rápidamente en un defensor a plena voz de la “reforma” del Estado de bienestar y de una enmienda a favor de un presupuesto equilibrado, dos de

los puntos principales de la agenda de su oponente.

También debe tenerse en cuenta su tendencia a quedar atrapado en los mayores temores de la derecha. Sin importar si se trata del recorte presupuestario, de las drogas, del crimen o del terrorismo, la histeria cocinada por el republicanismo, en general, lo ha llevado a redoblar su apuesta. Fue Biden quien aprobó un congelamiento del presupuesto aun mayor del que aprobó Reagan. Y fue también Biden quien presionó a este último y a George H. W. Bush para adoptar medidas extremas contra el crimen, quien se quejó de que la Ley Patriótica no haya sido más amplia, quien se convirtió en el demócrata que más apasionadamente apoyó la guerra de Irak para posicionarse como candidato al Senado en 2002.

Tal como nos lo recuerda el caso de Irak, Biden tiene un historial pobre cuando se trata de posicionarse en cuestiones de política exterior. Fue uno de los principales defensores de la expansión de la OTAN durante los años noventa

fomentando la traición y el nacionalismo rusos, lo que contribuyó a enturbiar las relaciones entre los dos países y alentó el ascenso de Vladimir Putin. Inventó el enfoque basado en los drones y en las fuerzas especiales que terminó por convertirse en la destructiva política exterior de Barack Obama. Sostiene su compromiso inquebrantable con Israel, lo cual lo llevó a decir una vez que “los árabes harán las paces con Israel solo cuando se den cuenta de que no pueden abrir una brecha entre EE. UU. e Israel”. Y tanto bajo las administraciones de Clinton como de Obama, Biden fue el responsable de las políticas que financiaron a las abusivas fuerzas de seguridad e impulsaron la adopción de programas económicos neoliberales en América Latina, un enfoque que promete retomar.

La búsqueda del Partido Republicano de vías por las que acechar a Biden con los mismos métodos utilizados durante cuatro años por el Partido Demócrata en contra de Trump no verá frustradas sus intenciones. La historia de la familia de Biden, enriquecida gracias a su carrera política, produjo dos escándalos perfectos para contribuir a tal misión. El hermano de Biden, James, ha sido recientemente demandado por fraude, acusado de usar el nombre de Biden para prometer inversiones inexistentes a una empresa a la que estaba conduciendo a la quiebra con el fin de apropiársela. Más conocido es el caso de la empresa ucraniana de gas natural Burisma, que contrató al hijo de Biden, Hunter, garantizándole un lugar en su directorio y un generoso salario mientras hacía *lobby* en los Estados Unidos.

Como vicepresidente, Biden presionó al presidente ucraniano para que despida al fiscal que en ese momento investigaba a la empresa por corrupción, y que luego fue reemplazado por uno mucho más corrupto que dio por terminadas las investigaciones.

Luego está el hecho del abiertamente corrupto sistema político de los Estados Unidos, en el que Biden ha estado nadando durante décadas. Como senador, luchó con firmeza para mantener el *statu quo* hacía de su Estado de origen un paraíso fiscal para las empresas. Tampoco le son extraños los elementos más crudos del pagar por jugar, sea que se trate de hacer todavía más dura la bancarrota de la clase media (a instancias de la empresa de tarjetas de crédito que fue su principal donante durante la campaña y que contrató a su hijo) o sea que se trate de oponerse al sistema sanitario de pagador único mientras recibe enormes sumas de dinero de las empresas de salud. La promesa de campaña sobre aprobar una ley que garantice una alternativa de atención sanitaria pública es difícil de conciliar con el hecho de que Biden ha sido, a todas luces, el candidato más favorecido por las donaciones de las farmacéuticas, las aseguradoras y otros sectores de la industria de la salud, los mismos que se movilizaron para dar por tierra con la alternativa pública cuando él era vicepresidente.

Y finalmente está su alarmante pero genuina creencia acerca de un posible acuerdo con el Partido Republicano. Biden comenzó su carrera defendiendo a Nixon contra Watergate, advirtiendo que

el colapso del gran partido sería negativo para el país. Décadas más tarde, como vicepresidente de Obama, era la figura ideal cada vez que el líder republicano Mitch McConnell necesitaba un felpudo demócrata para pisar, consciente de que Biden aceptaría cualquier trato desigual que implicara enormes gastos y reducción de la presión fiscal sin ningún aumento de impuestos. Tan débil era Biden, que el líder demócrata Harry Reid tuvo que pedirle a Obama que le prohibiera negociar con McConnell, quien cerraba de forma secreta unos tratos increíbles con el vicepresidente que llegaban a indignar al resto del partido.

### ¿Un tigre de papel en la Casa Blanca?

Todo esto debería, en teoría, hacer de Biden la peor opción posible en el Partido Demócrata para el cargo de presidente, especialmente desde el punto de vista de la izquierda. Y, sin embargo, tal vez hay motivos para ser optimistas en el hecho de que el aparato del partido se haya visto forzado a optar por Biden entre todas las candidaturas centristas posibles.

Mientras que Obama y Hillary Clinton eran figuras populares al interior de su propio partido, con una base de apoyo intransigente, Biden asumirá el nombramiento y —probablemente— la presidencia sin ninguna base electoral orgánica y con poco entusiasmo o lealtad por parte de sus votantes. Lo hará en un momento de crisis y de agitación popular sin precedentes. Pero puede que se trate de una figura especialmente maleable, no solo cuando se trata de las condiciones en las que recibe la presidencia, sino también cuando se trata de los movimientos de masas

y los levantamientos obreros, que no van a terminarse con la derrota de Trump.

También es probable que se trate de una figura con poca capacidad para llevar adelante la agenda de derecha que demócratas como Obama desarrollaron con éxito siguiendo el mandato de las corporaciones. Figuras como Buttigieg, Harris y, particularmente, Clinton, parecen mejor dotadas para cumplir dichos objetivos. Incapaz de reconciliar su amor por Obama con sus acciones reales, gran parte de las personas que lo votaron optó simplemente por ignorarlas —como en el caso de las deportaciones masivas y los recortes de la asistencia social— o terminó, en cambio, apoyándolas (como en el caso de la expansión de la “guerra contra el terror” de George W. Bush).

Pasados sus años mozos, Biden no tiene ni el carisma, ni el entusiasmo de las bases, ni los rasgos de identidad necesarios para vender un programa de estas características a una masa de votantes liberales reacia y escéptica, que solo lo apoyará para sacarse de encima a Trump. Basta mirar los debates presidenciales del año pasado, en los que Biden sirvió simplemente como blanco para que otras figuras del partido pudieran atacar las políticas de Obama sin atacar directamente al anterior presidente, que sigue siendo una figura popular.

Joe Biden es un hombre especialmente mal preparado para el momento histórico que le toca. Esto podría convertirlo en un presidente desastroso e ineficaz. Pero, para la izquierda, podría convertirlo también en la mejor alternativa dentro del abanico de “peores escenarios” que se presenta. ●

# Excedente

---

PARA LA REPRODUCCIÓN AMPLIADA

# ¿Crisis de hegemonía?

**La actual crisis debilitó los fundamentos hegemónicos de las relaciones de dominación. Sin embargo, los sectores dominantes mantienen la iniciativa porque todavía no irrumpen las clases subalternas.**

Sumergidos como estamos en la crisis pandémico-económica, apenas pueden entreverse sus implicancias políticas. Si bien, como sostenía Antonio Gramsci, sólo podemos prever el conflicto y no sus formas ni su desenlace, estamos no obstante en condiciones de reflexionar sobre las tendencias en curso. En particular, ante los indicios de una posible crisis orgánica o una crisis de hegemonía, cabe interrogarnos sobre sus elementos constitutivos, que el mismo Gramsci en sus *Cuadernos de la Cárcel* identificaba en el “fracaso” de las clases dominantes y la movilización de las clases subalternas. Sin embargo, inmediatamente después Gramsci advertía sobre la peligrosidad de la rápida reacción y capacidad de “reorganización” de la clase dominante, la cual “hace incluso sacrificios, se expone a un futuro oscuro con promesas demagógicas, pero conserva el poder, lo refuerza por

el momento, y se sirve de él para aniquilar al adversario y dispersar a su personal de dirección”.

Toda crisis se gesta, se define y se resuelve en función de la lógica y la dinámica de la correlación de fuerzas de los actores, los sujetos, las clases en lucha. Esto implica reconocer las señales de crisis en las alturas y los atisbos de capacidad crítica en el llano, así como sopesar el hiato entre ambos. En esta lógica, sostendré que si bien existen elementos de crisis orgánica en tanto se debilitaron, sin quebrarse, los fundamentos hegemónicos de las relaciones de dominación, las clases dominantes siguen teniendo la iniciativa porque todavía no aparece en escena, con la fuerza suficiente, un empuje contrahegemónico de las clases subalternas que oriente la resolución de la crisis por fuera del perímetro de los ajustes intrasistémicos actualmente en curso o en gestación.

...

Parece evidente que la crisis no ha sido producto directo o inmediato de la lucha de clases. Esto tiene consecuencias respecto del lugar y el papel del sujeto antagonista que, si bien existe —aunque aún poco cohesionado y consistente— no se ha manifestado, hasta ahora, como protagonista de la crisis. No es en la génesis de la crisis, sino en su desenlace, donde podrá manifestarse el peso histórico y la capacidad de incidencia contrahegemónica de las clases subalternas.

Por lo pronto, la crisis sistémica tiene su epicentro en el agrietamiento del orden establecido. En el trastocamiento de la forma de dominación capitalista, de los Estados y los poderes fácticos que rigen su andamiaje, y no en la emergencia de una alternativa en su seno, que podría gestarse eventualmente como consecuencia de la crisis.



El fracaso de las clases dominantes y la crisis de hegemonía tienen una de sus expresiones más evidentes en la emergencia de un difuso y transversal deseo de Estado, de una invocación del Leviatán, de la difusión de formas de *estadolatría* (para usar una expresión con la que Gramsci justamente designaba una tendencia al culto del Estado en ausencia de un substrato hegemónico fincado en la sociedad civil).

Es, en efecto, revelador que el Estado aparezca ahora como la retaguardia hegemónica de las clases dominantes, siendo reconocido como el único actor sistémico potencialmente capaz de tejer los desgarres entre lo económico, lo político y lo cultural. Aceptando que, sin iniciativa reguladora transversal, no hay recomposición hegemónica, el Estado ha sido invocado como *deus ex machina*, incluso por aquellos sectores más neoliberales que aparentemente

tendían a contener su injerencia. La razón de Estado se ensalza con todas sus implicaciones autoritarias, y la estadolatría aparece como recurso ideológico de emergencia, bajo cuyo paraguas se pretende abrigar la precaria comunidad imaginaria de clases dominantes y subalternas.

No es una novedad que el Estado sea concebido como garante de las relaciones de dominación, punto de condensación hegemónica, lugar de producción y mantenimiento del equilibrio entre consenso y coerción. La cuestión es que esta fórmula adquiere particular relevancia y visibilidad en ocasión de crisis orgánicas cuando, a diferencia de las crisis ordinarias, se vuelve necesario un ajuste o una transformación cuantitativa y cualitativa del papel y el lugar del Estado en relación con el mercado y la sociedad: no sólo cuánto Estado sino, sobre todo, qué Estado

y para qué. Siendo el reverso de la crisis, la apertura hacia una transformación de la forma estatal también refiere a una modificación de la correlación de fuerzas.

En la pandemia, el “fracaso” de las clases dominantes remite —más allá de las profundas desigualdades sociales y del dramático deterioro ambiental que también se visibilizaron— al incumplimiento de la promesa securitaria que le permitió articular un bloque conservador capaz de atraer a sectores de las clases subalternas. La pandemia puso en evidencia, detrás del ropaje ideológico, la fragilidad del paradigma securitario basado en la gestión del miedo y su dosificación. Pero la crisis sanitaria, por su naturaleza, lo afianza, lo legitima y lo proyecta hacia el futuro. Considerando además que la epidemia es presentada como exógena, como un cataclismo natural más que un acontecimiento sistémico, el fra-



---

**El fracaso de las clases dominantes y la crisis de hegemonía tienen una de sus expresiones más evidentes en la emergencia de un difuso y transversal deseo de Estado.**

---

caso es solo relativo y puntual y no desestabiliza el modelo.

Por otra parte, en la historia moderna y contemporánea las reformas al sistema sanitario fueron implementadas para proteger a las clases dominantes de los contagios que proliferaban entre los de abajo pero, al mismo tiempo, se entrelazaron con oleadas de protestas que contribuyeron a constituir subjetivamente a las clases populares. Este formato reactivo del reformismo desde arriba supone el aumento del grado de amenaza desde abajo, el cual, aun en ausencia de un movimiento político organizado, aparece bajo la forma del fantasma de las “clases peligrosas”. Peligrosas no tanto por su capacidad revolucionaria sino por su estigmatización como portadoras de virus y de vicios, irracionales y propensas a la delincuencia y la violencia social. Dicho sea de paso, esta noción basada en un enfoque de salud pública surgió en 1840 en oposición al creciente protagonismo popular en los levantamientos del siglo XIX en Francia, para forma-

lizarse hacia 1895 en la perspectiva de la llamada “Psicología de las masas”. Sorprende y consterna la persistencia en nuestros días de esta actitud reaccionaria que, al mismo tiempo, se ve obligada a hacer concesiones para garantizar la conservación del *statu quo*.

En este sentido, parece ser compatible la ampliación de la intervención estatal, en particular de formas asistenciales de lo que podríamos llamar “estado social paliativo”, con la centralidad estratégica de las medidas típicamente neoliberales del “estado nacional de competencia”. Un Estado que, en última instancia y por su naturaleza de clase, opera a favor de la acumulación capitalista a través de estímulos, garantías y rescates, y que garantiza la disciplina laboral, flexibiliza el trabajo y preserva un régimen fiscal regresivo o débilmente progresivo.

Bajo estas condiciones estructurales, heredadas de los cuarenta *ingloriosos* años neoliberales y con Estados supeditados a los mercados financieros, la salida típica y

predominante de la crisis se anuncia en clave de concentración de capital y de intensificación de la mercantilización, sea colonizando nuevos espacios o hipermercantilizando otros. Más allá de los costos ya pagados por los trabajadores en términos de salud, sobreexplotación, pauperización y disminución de salarios reales, la crisis puede traducirse en una renovada ofensiva contra el trabajo y contra la naturaleza a modo de huida hacia delante del capital. En este sentido, el deseo de más Estado no necesariamente pone en discusión su colocación subordinada al capital y es en este contexto que se abre la gama de posibles “fenómenos morbosos” sobre los cuales alertaba Gramsci respecto del “interregno” de una crisis que no encuentra “solución orgánica”, es decir, recomposición hegemónica duradera.

Sin embargo, la necesidad del cambio efectivamente abre a la posibilidad –aunque sea remota– de variaciones cualitativas al interior de la respuesta estatal a la crisis. Por una parte, debido a la posible agudización de los conflictos y la recomposición del bloque de poder en el campo de las clases dominantes; *grosso modo*, entre sectores que piden subsidios y proteccionismo y otros que piden condiciones de competitividad y estabilidad financiera. Por otra, debido a una mayor permeabilidad respecto de demandas e incluso de participación de fuerzas sociales y políticas progresistas en instancias de gobierno. Este es el caso, particularmente, de América Latina, en donde los ciclos de protesta de los noventa e inicios del nuevo milenio propiciaron márgenes más amplios para maniobras reformistas

que se plasmaron en una serie de gobiernos progresistas, los cuales, aun con sus límites y a pesar de sus crisis, instalaron algunas pautas de intervención estatal que pueden reactivarse o profundizarse en el nuevo contexto.

...

El fracaso —aunque sea relativo y parcial— de las clases dominantes es, como señalamos al principio, condición necesaria pero no suficiente para el despliegue de una crisis orgánica. Esta requiere, además, la contrapartida del antagonismo de las clases subalternas o, parafraseando a Gramsci, la organización de una voluntad política colectiva, es decir, un nivel de concreción subjetiva que rebase el simple estado gaseoso de luchas espontáneas y disgregadas, el grado de organización corporativa y la ordinaria gimnasia reivindicativa sindical. Es entonces indispensable el pasaje cualitativo desde una serie de luchas significativas y ejemplares, pero dispersas e intermitentes, hacia la articulación de un movimiento antisistémico plural pero interconectado, al interior del cual pueda tener peso e influencia un componente francamente anticapitalista.

En ausencia de una irrupción contundente, consistente y tendencialmente autónoma de las clases subalternas, o esperando que se generen las condiciones para que ello ocurra, parecería que la única opción progresista —en el mejor de los casos— corresponde a un escenario bonapartista, de revolución pasiva o, según una fórmula más actual, de “populismo de izquierda” en el cual se reflejen algunas

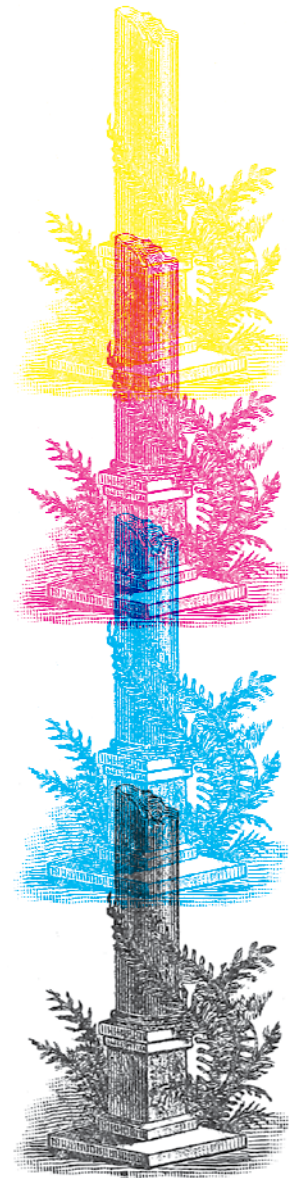
demandas populares. El escenario de la crisis orgánica bien se presta a esta salida, en particular por el papel estratégico del Estado, la iniciativa desde arriba, la conciliación de clases, el cesarismo, el transformismo, es decir, el descazamiento de los movimientos populares por medio de la asimilación de sus grupos dirigentes al Estado y al bloque de poder.

Tal salida progresista estatalista puede ser objetivamente el mal menor, lo cual no es despreciable considerando lo siniestro de las opciones derechistas que circulan. Pero no puede asumirse como una opción deseable o estratégica ya que tiende a obstruir el camino de la conformación subjetiva que permitiría abrir opciones y derroteros socialistas, sobre todo a través de la lógica de control social y de pasivización típicas de estos fenómenos.

Cualquier proceso de acumulación de fuerzas transita por la configuración antagonista de las clases subalternas, por su rearticulación sociopolítica al calor del conflicto. Las luchas, por confusas y contradictorias que resulten, son el único mecanismo y recurso disponible en un contexto en el cual no se ha revertido el peso de la derrota histórica sufrida en el siglo pasado.

En tiempos donde impera el catastrofismo y el pensamiento distópico prima sobre el utópico, la “imagen del pasado” que puede relampaguear como “chispa de la esperanza” es la de la irreducible capacidad antagonista y de construcción de instancias de contrapoder de clases peligrosas que pueden volverse subversivas. ●

**La crisis puede traducirse en una renovada ofensiva contra el trabajo y contra la naturaleza a modo de huida hacia delante del capital.**



# La peste que abrió paso al mundo moderno

**La peste negra fue la mayor calamidad que jamás haya golpeado a Europa. Fue, por lejos, más letal que las destructivas guerras del siglo XX. En pocos años aniquiló a más de un tercio de la población europea. Sin embargo, tuvo el efecto perverso de mejorar las condiciones sociales de las clases que constituían el grueso de la población.**

La ciencia histórica acuñó el término “peste negra” mucho tiempo después de que menguaron los efectos de la catástrofe. Aunque en la actualidad sigue siendo motivo de debate, el campo académico tiende a estar de acuerdo en que se trató de una variedad de la peste bubónica. Pero cualquiera haya sido el agente biológico que originó la pandemia, lo cierto es que se propagó rápidamente desde Asia Central hasta Europa y Medio Oriente durante la década de 1340, potenciada por la gigantesca zona mercantil que las conquistas mongolas habían forjado durante el siglo previo (una forma precoz de globalización microbiana).

El maremoto de contagios impactó sobre una población ya debilitada por la hambruna de 1315-22, la peor de todas las que Europa había conocido a lo largo de un milenio. La enfermedad resurgió en numerosas oportunidades luego de

la plaga inicial de 1347-51: solo en Inglaterra, se registran alrededor de 31 rebrotes entre 1348 y 1485. La peste negra afectó a cada rincón del continente, desde las ciudades más grandes hasta los poblados rurales aislados. Incluso las colonias nórdicas de Groenlandia fueron víctimas de esta letal propagación.

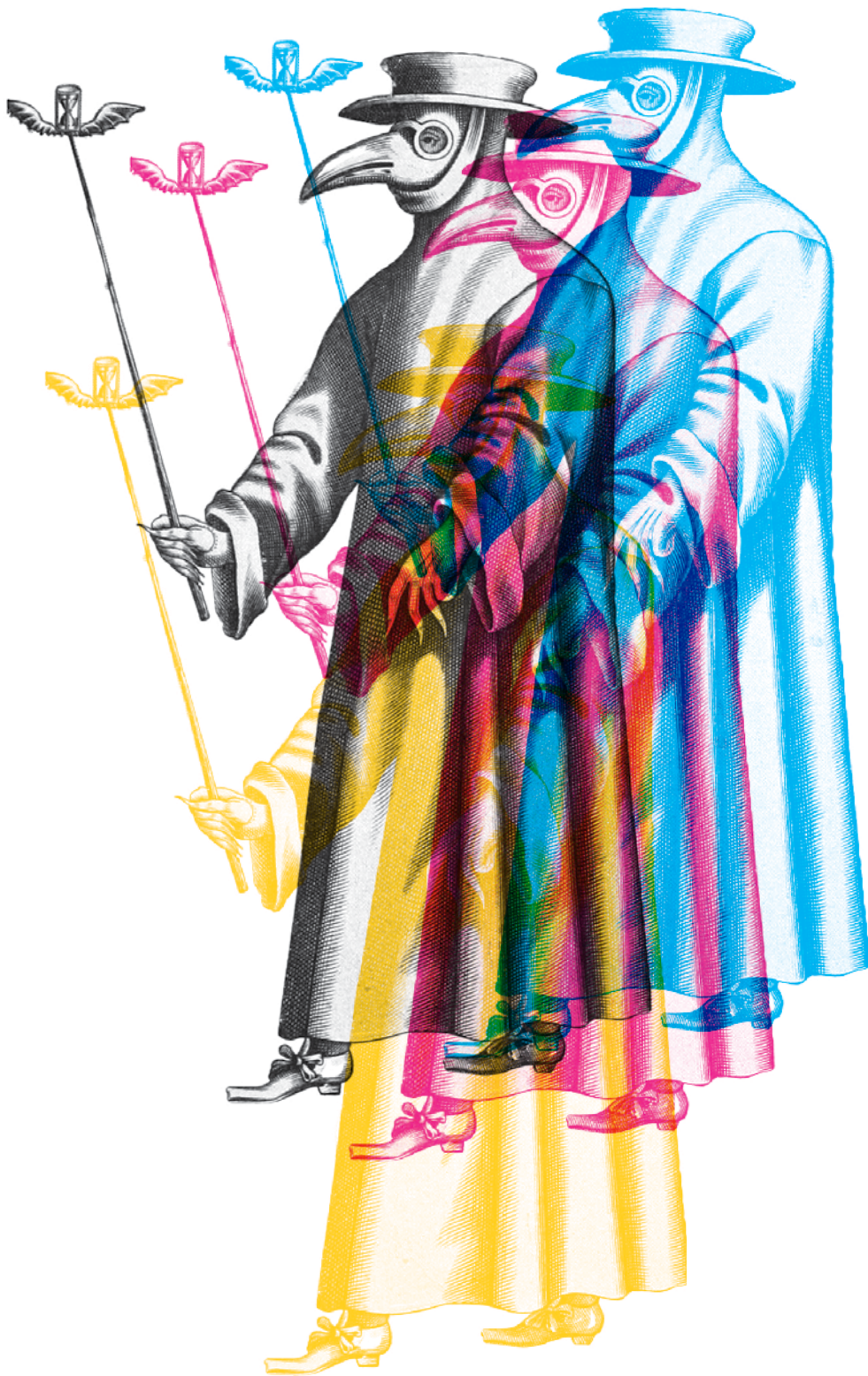
## De la muerte masiva a la lucha de clases

Los niveles de población tardaron siglos en recuperarse. De acuerdo a una estimación, Inglaterra y Gales tenían una población de 5,75 millones de habitantes en 1300. Un siglo después esta se había reducido a solo 3 millones. La población de Italia descendió de 12,5 a 8 millones de habitantes durante el mismo período, y en 1500 solo se había recuperado parcialmente, alcanzando apenas los 9 millones.

Comprensiblemente, muchas per-

sonas que vivieron la peste negra sin contar con las ventajas del conocimiento científico moderno temieron que se tratara del fin del mundo. Era ciertamente el fin del mundo como lo habían conocido: tal como escribió William Chester Jordan, la gran plaga parecía ser “la sentencia de muerte de la civilización europea medieval”.

Pero quienes tuvieron la suerte de sobrevivir, comprobaron que la peste negra tuvo el efecto perverso de mejorar las condiciones sociales de las clases que constituían el grueso de la población europea, y que realizaban labores agrícolas o se desempeñaban en algún oficio. Los salarios eran más altos, las rentas eran más bajas y los señores se vieron obligados a competir por los servicios del trabajo en lugar de imponer sus condiciones. El recrudecimiento de las revueltas sociales a fines del siglo catorce superó cualquier fenómeno de este





---

**Había un nuevo sentimiento de confianza entre las órdenes inferiores, la sensación de que “la plebe podía cambiar su mundo social, económico y político, su aquí y ahora, en términos prácticos y concretos”.**

---

tipo del que se haya tenido noticia antes de la plaga. La aristocracia que dominaba la sociedad europea debió haber sentido entonces que el mundo se terminaba por segunda vez.

Esta es ciertamente la impresión que dejan los registros escritos de la época, colmados de reclamos por las actitudes perezosas e insubordinadas de la gente cuya labor sostenía a la aristocracia europea.

Un cronista inglés sugirió que quienes debían trabajar para sobrevivir estaban explotando un nuevo poder de negociación, que descubrieron luego del fuerte descenso de la población: “La escasez de trabajadores y trabajadoras tuvo como consecuencia que la gente humilde metiera sus narices en la producción y apenas era posible persuadirla para servir a las personas eminentes triplicando sus pagas habituales”. El historiador italiano Matteo Villani describía una situación similar en su Florencia natal: “La gente

común, en virtud de la abundancia y de la superfluidad con la que se encontró, no estaba dispuesta a trabajar más en sus negocios habituales; quería de ahora en adelante las comidas más caras y delicadas”.

El poeta John Gower, amigo de Geoffrey Chaucer, elevó estos reclamos típicos de las clases altas al estatus de forma artística:

Las cosas van de mal en peor ahora que quienes se encargan de que las ovejas y los pastores se mantengan en su lugar exigen mayor remuneración por su labor de la que solía pagarse por la bailía. Y puede verse además que, sea cual sea el trabajo a realizar, el precio es tal que quien necesita algo debe pagar cinco o seis chelines por lo que antes costaba dos.

Gower miraba con nostalgia los días de antaño, en los que las personas socialmente inferiores aceptaban el lugar que les había tocado:

Antaño quienes trabajaban no tenían la costumbre de comer pan de trigo; su pan estaba hecho de frijoles y otros granos, y su bebida era el agua. En ese entonces la leche y el queso eran un banquete para esta gente, puesto que raramente podían gozar de un banquete distinto. Sus ropas eran gris claro. Aquel era un mundo en el que cada estamento respetaba su lugar.

De acuerdo al historiador medieval John Hatcher, las quejas de Gower, a pesar de ser inusualmente elocuentes, son “ampliamente representativas de las observaciones que pueden encontrarse en la literatura, las crónicas y los sermones de su tiempo”.

Hatcher cita un decreto inglés de 1363 que apuntaba contra la extravagancia sartorial de las órdenes inferiores, cuya “vestimenta estrafalaria y excesiva” era inapropiada para la gente de su “riqueza y su nivel”. El cronista Henry Knighton creía que era tiempo de que el poder central interviniera en este terreno, dado que “una persona no puede ser distinguida de otra según el esplendor de su vestimenta o según sus pertenencias”.

**“No obedecían las órdenes del rey”**

Esta no fue ni mucho menos la única vez que las clases altas de Europa occidental intentaron utilizar la ley en defensa de la jerarquía social. El ejemplo más famoso es el de la Ordenanza de Trabajadores, aprobada por la corona inglesa en 1349. Esta obligaba a todo hombre y mujer que estuviese por debajo de los sesenta años, y que no po-



seyera tierra ni comercio propios, a aceptar cualquier empleo que se le ofreciera a cambio de un salario que no excediera al promedio corriente en 1346: “Si alguien pide más, se le condenará a prisión”.

Dos años después vino otro estatuto, que protestaba porque quienes debían ponerse a trabajar todavía demostraban una “codicia excepcional” y se rehusaban a hacerlo “a menos que se les adelanta o se les pague salario por el doble o el triple de lo que acostumbraban recibir” antes de la plaga (una actitud que implicaba “un gran daño para los grandes hombres”).

Una ley francesa similar de 1354 afirmaba que la gente solo trabajaba cuando tenía ganas, “gastando el resto del tiempo en las tabernas, jugando y pasándola bien”. De acuerdo con un decreto florentino de 1348, se necesitaba tomar algún tipo de medida porque “en las ciudades, mucha gente rica había caído repentinamente en la pobreza, pero la gente pobre se había vuelto más rica”.

El contenido de estas leyes variaba de un país o ciudad al otro, pero un tema común las atravesaba a todas: el deseo de controlar los contratos de trabajo, de forma tal que beneficiaran a los “grandes hombres”. Tal como notó Samuel Cohn en un compendio de la legislación laboral posterior a la plaga: “Con pocas excepciones y al parecer de forma independiente en cada caso, la plaga instó a los gobiernos de toda Europa a tomar nota repentinamente de la necesidad de regular los salarios y de fijar los precios con un afán y una meticulosidad que estuvo ausente de cualquier



legislación feudal anterior a 1348”.

Henry Knighton se quejó algunos años después porque estos esfuerzos, al menos en Inglaterra, fueron en vano:

La terquedad de quienes debían trabajar era tal que no obedecían las órdenes del rey. Si alguien deseaba contratarlos tenía que someterse a sus demandas porque, o bien consentía a su arrogancia y avaricia, o bien perdería su fruta y su maíz.

### Esparciendo la riqueza por doquier

Por supuesto que estos reclamos no deben ser tomados al pie de la letra. La historia de los lamentos de la gente rica, que se queja por las escandalosas demandas de los trabajadores y de las trabajadoras, es larga. Esto es así por más modestas que sean las demandas. Cuando sus fortunas estaban en juego, los señores feudales eran tan susceptibles a complacerse en

la autocompasión como lo son las clases capitalistas en la actualidad. Cohn argumenta que el lote inicial de leyes laborales coercitivas vino antes de cualquier incremento significativo en los salarios, en momentos en que quienes se veían en la obligación de trabajar para garantizar su subsistencia y habían sobrevivido a la plaga, se encontraban todavía peleando por mitigar la inflación de los precios.

Sin embargo, hubo un cambio real durante las décadas que siguieron a la pandemia. Apoyándose en los últimos descubrimientos de la historiografía económica, Walter Scheidel describe en su libro *El gran nivelador* un escenario caracterizado por la disminución de la desigualdad en Europa occidental:

La nobleza hacía frente a una crisis, ya que el valor de los productos agrícolas de sus fincas decreció y los salarios de quienes los cosechaban aumentaron. A medida que los arrendatarios desaparecían a causa

---

**La posibilidad de tomar el poder por un tiempo más prolongado e imponer una transformación radical de la sociedad europea estaba más allá de la capacidad del campesinado y del artesanado.**

---

de la enfermedad, los terratenientes tenían que contratar a más trabajadores a cambio de mejores salarios. Los que seguían empleados como arrendatarios gozaban de contratos más prolongados y alquileres más bajos. La sociedad experimentó una inversión generalizada de la tendencia anterior, que hacía al propietario más fuerte y rico y a la mayoría de la gente más pobre: ahora la situación era la inversa, ya que la élite se adueñaba de menos excedente y otros recibieron más durante aproximadamente un siglo y medio.

John Hatcher estudió el impacto de la peste negra en Inglaterra y descubrió que la legislación del rey fue en gran medida impotente frente a las demandas por mayores salarios: “En Knightsbridge, incluso el carpintero que hacía los cepos con que se apresaba a quienes se negaban a jurar obediencia al Estatuto de los Trabajadores obtenía una retribución ilegal de alrededor de cinco peniques y medio por

día”. Una de las formas mediante las cuales se intentaba sortear estas leyes era realizando los pagos en especie en lugar de usar dinero.

### Ola de revueltas

En general estas luchas por la distribución de la riqueza no eran peleadas por colectivos. La gente “votaba con sus pies” cuando intentaba cerrar el mejor trato posible. Sin embargo, una vez que la plaga menguó también hubo una ola de revueltas sociales en Europa occidental. En su libro *Lust for Liberty*, Samuel Cohn siguió el desarrollo de esta ola e hizo tres observaciones importantes.

En primer lugar, el autor observa que, luego de la peste negra, las revueltas se hicieron mucho más comunes de lo que habían sido antes de ella. Durante los primeros años de la epidemia casi no hubo ejemplos de protestas sociales. La gente, traumatizada por la cantidad de víctimas, era más proclive a unirse a sectas religiosas extremistas —como el movimiento de los

Flagelantes, que se volvió habitual en varias ciudades europeas— o a encontrar chivos expiatorios entre quienes se encontraban en una situación de mayor vulnerabilidad, como era el caso de la población judía. Pero esto empezó a cambiar a mediados de la década de 1350.

En una muestra que tomó de Francia, Italia y Flandes, Cohn documentó 470 revueltas entre 1200 y 1348, o 2,7 por año. En cambio, desde 1348 hasta 1425 hubo 621 revueltas, es decir, ocho por año: “Si se comparan los años 1354-1383 con el período anterior a la plaga, el incremento es mayor: 300 revueltas, o 10 por año”. El libro de Cohn no analiza en detalle el caso inglés, pero a fines del siglo XIV se produjo el mayor desafío al poder aristocrático de la Inglaterra medieval: el Gran Levantamiento de 1381.

En segundo lugar, mientras la mayoría de las revueltas antes de 1348 eran religiosas, o al menos tenían fuertes tonos religiosos, durante el siglo siguiente estas motivaciones estuvieron en gran medida ausentes y los grupos eclesiásticos jugaron un rol mucho menor.

En tercer lugar, con posterioridad a la plaga hubo una confluencia entre movimientos al norte y al sur de los Alpes, que hasta aquel momento se habían desarrollado siguiendo líneas muy diferentes. Cohn no encontró evidencia alguna que probara la existencia de una “organización conjunta ni comunicación que vinculara a insurgentes tan distantes”, lo cual ciertamente era muy difícil antes de que la producción masiva de

libros, panfletos y periódicos fuese posible. Sin embargo, las consecuencias sociales de la plaga provocaron reacciones asombrosamente similares entre gente que no pudo haberse comunicado directamente una con otra.

Es como si la peste negra hubiese jugado en la Europa medieval un rol análogo al de las grandes crisis del capitalismo moderno. Es cierto que la economía europea de la Baja Edad Media estaba más interconectada y era mucho más compleja que algunos siglos atrás. Sin embargo, todavía estaba dominada por la agricultura de subsistencia y carecía de los mecanismos de retroalimentación del comercio y de la inversión, que en la actualidad pueden propagar una recesión por todo el mundo en cuestión de meses, semanas o incluso días. Fue necesaria una crisis biológica para que en la sociedad europea se dispararan una serie de rebeliones populares, desde la Jacquerie francesa de 1358 hasta la revuelta florentina de los Ciompi veinte años después, cuando el gremio textil de la ciudad tomó brevemente el poder.

De acuerdo a Cohn, sin importar cuanto hayan pesado la escasez de trabajo y los intentos de las clases dominantes de Europa de exigir nuevos impuestos, estas revueltas no pueden ser vistas como un mero resultado de estos factores:

En 1355 un nuevo espíritu de cambio social y un cierto deseo de libertad habían echado raíces hondas que se extendían por debajo de la burguesía o el popolo, clase que, junto con la nobleza, había definido desde la Alta



Edad Media a las libertades como un privilegio corporativo especial.

Había un nuevo sentimiento de confianza entre las órdenes inferiores, la sensación de que “la plebe podía cambiar su mundo social, económico y político, su aquí y ahora, en términos prácticos y concretos”.

El monje francés Michel Pintoin describió el espíritu de la época desde la perspectiva fuertemente hostil desde la cual lo percibía: “El apetito de libertad era ardiente [...] el deseo de nuevas cosas, incesante”. Algo de este espíritu ha llegado hasta nosotros en el dicho atribuido a John Ball, uno de los líderes de la Revuelta de los campesinos ingleses: “Cuando Adán araba y Eva hilaba, ¿quién mandaba?”.

## Nuevos y viejos mundos

Las clases dominantes de la Europa bajomedieval pusieron fin a las revueltas de fines del siglo XIV

dando pruebas, en muchos casos, de una brutalidad despiadada. La nobleza francesa respondió a la Jacquerie de 1358 con una masacre sangrienta que se cobró la vida de al menos veinte mil campesinos y campesinas. En Inglaterra, las personas como John Ball fueron ahorcadas, ahogadas y descuartizadas por desafiar al orden aristocrático.

La revuelta de los Tuchins en el sur de Francia duró dos décadas hasta que las autoridades reales lograron controlarla. La condonación de una enorme multa a los pueblos de Toulouse, Carcassonne y Beaucaire, sirve para hacerse una idea de lo problemático que fue este levantamiento para la monarquía francesa. El texto de la condonación acusaba a quienes habitaban estos poblados de

formar sindicatos, conspirar, planear, asesorar, formar células, sublevarse, comportarse abusivamente, comprometerse en actos de traición, asesinar, apresar, ahogar y ahorcar a oficiales reales, soldados y otros



**Parece como si la peste negra hubiese jugado en la Europa medieval un rol análogo al que juegan las grandes crisis modernas del capitalismo.**

de nuestros súbditos, quebrar y aplastar sus extremidades, participar de bloqueos, comprometerse en la guerra, invadir, tomar castillos, poblados y nuestros fuertes.

El miedo de provocar otra rebelión probablemente disuadió a los reyes y señores de imponer nuevos tributos o cargas feudales al campesinado. Pero la posibilidad de tomar el poder por un tiempo más prolongado e imponer una transformación radical de la sociedad europea estaba más allá de la capacidad del campesinado y del artesanado. Pasaron siglos hasta Europa experimentó una revolución de ese tipo.

Esta experiencia de Europa occidental tampoco fue una experiencia universal. Más al este, en territorios como los de Polonia, Hungría y Prusia, la nobleza respondió a la crisis del feudalismo adoptando medidas drásticas contra el campesinado, en lo que sería conocido como la “segunda servidumbre”. Walter Scheidel da

cuenta de una situación similar en el caso de Egipto, donde los salarios inicialmente se elevaron antes de que el sultanato de los mamelucos restaurara por la fuerza el equilibrio de la explotación:

[N]i siquiera las epidemias más devastadoras pueden igualar por sí solas la distribución de riqueza o ingresos. Las disposiciones institucionales eran capaces de contener la fuerza de las sacudidas demográficas, manipulando los mercados laborales por medios coercitivos. Una forma de violencia podía verse compensada por otra: si los ataques microbianos eran recibidos con suficiente fuerza humana como para eliminar la capacidad de negociación, las élites podían mantener o restablecer rápidamente unos elevados niveles de desigualdad.

La influencia que tuvo la peste negra en la larga transición del feudalismo al capitalismo en Europa occidental es todavía objeto de debate. Independientemente de si

aceleró tendencias que ya estaban en movimiento o si cambió completamente el rumbo del desarrollo, lo cierto es que la pandemia formó parte de la matriz social a partir de la cual emergió el capitalismo moderno, particularmente en la campaña inglesa.

David Herlihy argumentó que la escasez impulsó innovaciones tecnológicas que permitieron ahorrar trabajo, desde la imprenta hasta los grandes navíos que requerían menos marineros. Para fines del siglo catorce, las monarquías de Europa occidental habían comenzado a retroceder. La conquista de las Américas abrió un nuevo campo para la explotación: los colonizadores europeos trajeron consigo una panoplia de enfermedades que fueron todavía más devastadoras para los pueblos indígenas que la peste negra para Europa. E incluso en Europa, la Reforma dio comienzo a una nueva época de conflictos religiosos que eclipsó a las revueltas sociales de la Alta Edad Media.

La tarea de redescubrir esta historia como una fuente de inspiración quedó en manos de nuevas generaciones de activistas radicales, que habitaban un mundo que se había transformado a tal punto que resultaba irreconocible. En 1880 el gran socialista victoriano William Morris redactó su obra *A Dream of John Ball*, en la cual imaginaba un encuentro con el más elocuente de los portavoces del Gran Levantamiento de 1381. Morris, apesadumbrado, le explicaba a Ball que Inglaterra era aún gobernada por una clase que vivía del trabajo ajeno, a pesar de que habían transcurrido cinco siglos: “El poder dispone de muchas formas para mantenerse vivo en este mundo”. ●



**FUNDACIÓN  
ROSA LUXEMBURGO**  
OFICINA CONO SUR



**Democracia**  
**Feminismos**  
**Sindicalismo**  
**Ecosocialismo**

Más información en [rosalux-ba.org](http://rosalux-ba.org)



[/RosaLuxConoSur](https://www.facebook.com/RosaLuxConoSur)



[@rosalux\\_conosur](https://twitter.com/rosalux_conosur)



[@rosalux\\_conosur](https://www.instagram.com/rosalux_conosur)





# “El marxismo es el virus”

Manifestante anticuarentena,  
Buenos Aires, agosto de 2020

ISSN: 2718- 6466



7 798362 370017 >